

NEWMANIANA

AÑO XII- NUMERO 36-37

DICIEMBRE 2002



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina



LIFT - VAN **INTERNATIONAL CO. S.A.**

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m2 cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

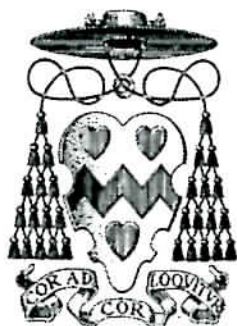
- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 4445-0230/0282 • 4741-7447/7236/7286 Fax: 4741-7211

NEWMANIANA



Año XII - N° 36-37

Diciembre 2002

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Placid Murray OSB

Dr. Jorge Ferro

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Calle 24 N° 1630 (1900) La Plata -

Pcia. Buenos Aires República Argentina

Sumario

Editorial

Oremos por la pronta beatificación de Newman 2

Noticias

XIII° Encuentro Newmaniano 2

Sermón

Dos sermones sobre los Apóstoles 3

▪ El peligro de las riquezas (festividad de San Mateo) 3

▪ El peligro de los talentos (festividad de San Lucas) 10

Traducción del P. Fernando M. Cavaller

Cultivos

Oración y ministerio 14

por Placid Murray OSB (traducción del P. Fernando M. Cavaller

Antología

Meditaciones y Devociones 20

I. Esperanza en Dios Creador 21

II. Comunión de los Santos 23

Sermón

Cristo, oculto del mundo 26

Traducción del P. Fernando M. Cavaller

Poesía

El poder de la oración 31

Traducción de Jorge Ferro

Históricos

San Juan Crisóstomo 32

Tercera Parte: El exilio 32

Cuarta Parte: La muerte 41

Traducción de Inés de Cassagne

Bibliográficos

Recensiones 49

Bibliografía sobre Newman (International Centre of Newman Friends) 51

ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.



EDITORIAL

OREMOS POR LA PRONTA BEATIFICACIÓN DE NEWMAN

Las noticias que nos llegan desde Birmingham del Postulador de la Causa, Padre Paul Chavasse, quien es asimismo el Superior del Oratorio que Newman fundó, son siempre alentadoras por las innumerables gracias concedidas por intercesión del Cardenal. Pero, como todos sabemos, es necesario que ocurra un milagro de curación como requisito a la beatificación. Newman es aquí en la Argentina un nombre conocido, admirado en círculos teológicos y filosóficos de la Iglesia, y por supuesto, tiene Amigos, que componemos esta Asociación que cumple ya 12 años. Pero no es quizá concebido como Venerable, como posible intercesor ante Dios, y por ello, no se le pide en oración de súplica alguna gracia, especialmente la curación de enfermos graves. Por ello, les pedimos que se acuerden de él también en este sentido. El mismo Prefecto para las Causas de los Santos, una de las Congregaciones Romanas, cuya misión es el seguimiento e investigación de los casos que como el de Newman van camino de la canonización, ha hablado en el último gran Congreso Newmaniano de Roma, que se realizó el año pasado, y del cual damos noticia en la sección bibliográfica. Allí ha expresado la expectativa de la Iglesia para que la santidad de John Henry Newman sea reconocida y proclamada solemnemente por el Papa, y puesto en el calendario de los Santos. Pero es necesario el milagro. De nuestra oración depende. Maravilloso sería que la Providencia quisiera otorgarlo aquí en la Argentina. Recémosle a Newman.

NEWMANIANA EN NUMERO DOBLE

Razones ajenas a nuestra voluntad nos han obligado a presentar el material disponible para los dos números faltantes de este año 2002 en uno solo. De todos modos, entendemos que nuestros lectores recibirán la calidad y cantidad de siempre al lograr casi duplicar la cantidad de páginas que habitualmente publicamos en este número doble N°36-37 que esperamos esté en sus hogares durante el mes de diciembre 2002. También confiamos con la ayuda de Dios y del cardenal Newman poder regularizar la entrega de tres números para el próximo año 2003. Nuestras disculpas si es que les hemos ocasionado algún inconveniente, y les deseamos una muy Feliz Navidad.

XIII° ENCUENTRO NEWMANIANO

26 de noviembre de 2002 - Parroquia Mater Admirabilis - Buenos Aires

El Encuentro comenzó con una misa celebrada por la beatificación de Newman y en acción de gracias de nuestra Asociación Amigos de Newman.

Continuó con un Encuentro coloquial: *Dialogando con Newman*, que consistió en tres breves exposiciones:

- Newman y la oración de intercesión, a cargo del P.Fernando María Cavaller.
- Newman y los Historical Sketches sobre los Santos Padres, a cargo de Inés de Cassagne.
- Newman como fuente de varios conversos ingleses literatos, a cargo de Jorge Ferro.

Dos sermones sobre los Apóstoles

Parochial and Plain Sermons, vol II, 28, pp 342-357
Predicado el 1º de febrero de 1835

EL PELIGRO DE LAS RIQUEZAS

Festividad del Apostol San Mateo

*¡Hay de vosotros los ricos! Porque ya recibisteis vuestro consuelo
(Lc 6, 24)*

A menos que estemos acostumbrados a leer el Nuevo Testamento desde la niñez, pienso que deberíamos estar muy impresionados con las advertencias que contiene, no sólo contra el amor a las riquezas, sino también respecto a su misma posesión. Deberíamos preguntarnos con algo de aquel asombro que sintieron al principio los Apóstoles, que habían sido educados en la idea de que las riquezas eran una gran recompensa que Dios concedía a los que amaba. Como están las cosas, por escuchar continuamente afirmaciones solemnísimas, hemos dejado de darles un significado claro, o bien, si en algún momento les prestamos más atención, pronto hablamos del asunto con cierta vaga imaginación, diciendo que la Escritura hace referencia a los tiempos cuando vino Cristo, sin intentar aplicarla precisamente a nosotros, o si realmente tiene esa aplicación, como

si el hecho de requerir una interpretación cuidadosa y pensada, fuera una excusa para no hacerla.

Pero, aunque hayamos estado tan poco involucrados en las denuncias de la Escritura contra los ricos y el amor a las riquezas, el mismo carácter tremendo de las mismas debería haber sido suficiente como para no desatenderlas. Así como los cristianos meditan todavía con solemne atención en el diluvio, y el juicio sobre Sodoma y Gomorra, aún cuando tengamos la promesa de que el primero no va a volver a ocurrir, y la confianza de que nunca seremos abandonados de la gracia de Dios como para que caiga sobre nosotros el segundo. Y esta consideración puede llevar a alguien a sospechar que la negligencia en cuestión no brota enteramente de la despreocupación, sino de una suerte de duda acerca del asunto de las riquezas, como algo que no pudiera ser tratado por el mundo cris-

tiano de hoy, segura y fácilmente. Es decir, un asunto del que no puede hablarse sin traer a la memoria la Ley de Dios y el orgullo de la vida en visible y perpleja oposición.

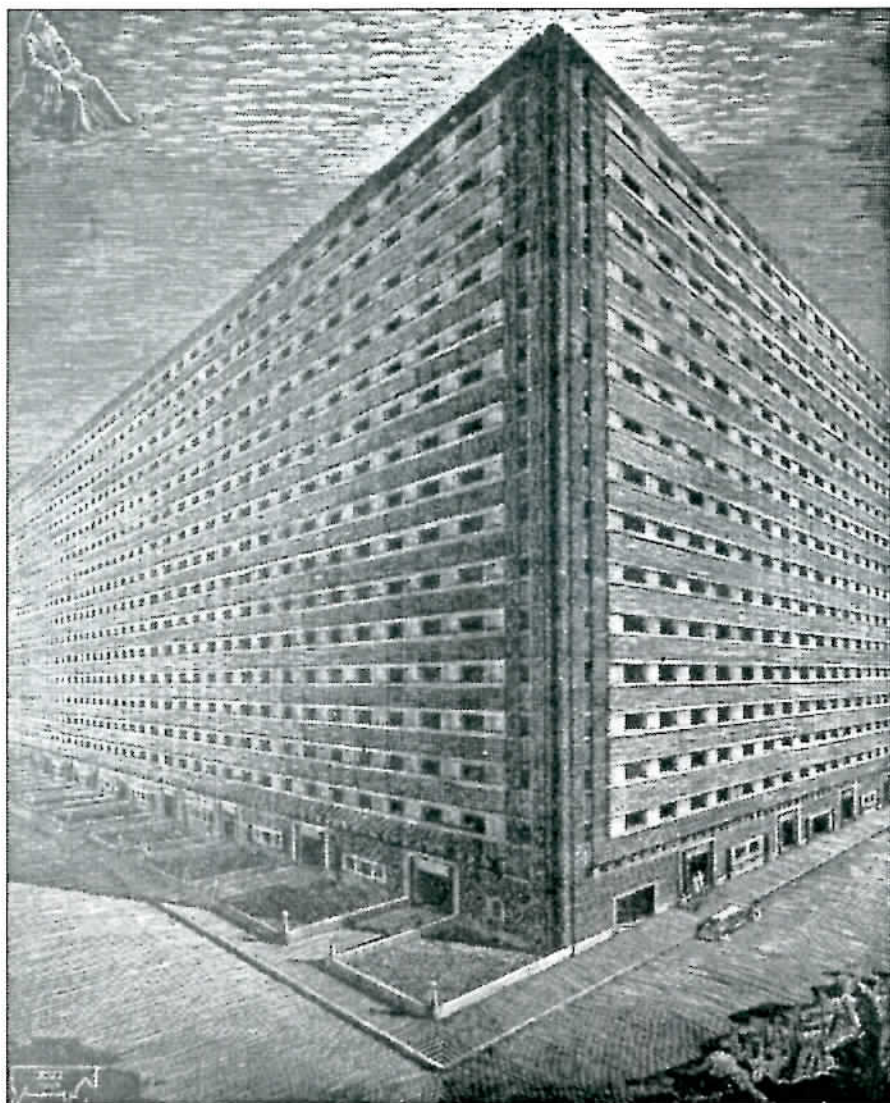
Veamos, entonces, lo que dice la Escritura sobre el tema. Considerad, por ejemplo, el texto ¡Hay de vosotros los ricos! Porque ya recibisteis vuestro consuelo. Las palabras son suficientemente claras. No se podrá negar que hablan de las personas ricas del tiempo de Nuestro Salvador. Observemos toda la fuerza de la palabra consuelo. Se usa a modo de contraste con el consuelo que se promete a los cristianos en las Bienaventuranzas (Mt 5,4). Consuelo, en la plenitud de esa palabra, incluyendo ayuda, guía, estímulo, apoyo, es la promesa peculiar del Evangelio. El Espíritu prometido, que ha tomado el lugar de Cristo, fue llamado el Consolador. Hay, pues, algo verdaderamente terrible en el texto al indicar que los que tienen riquezas, por eso mismo, reciben su parte, tal como es, íntegra, en vez del Don celestial del Evangelio. La misma doctrina está implícita en las palabras del Señor en la parábola del pobre Lázaro y Epulón: Acuérdate, hijo, que tú recibiste *tus* bienes durante tu vida, y así también Lázaro los males. *Ahora él es consolado* aquí, y tú sufres (Lc 16,25). En otra ocasión dijo a Sus discípulos: ¡Cuán difícilmente los que tienen riquezas entran en el reino de Dios! Es más, fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios (Lc 18, 24-25).

Ahora bien, es usual disolver tales pasajes con el comentario de que están dirigidos, no contra aquellos que tienen riquezas, sino contra los que confían en ellas, como si en verdad no implicaran una *conexión* entre el tener y el confiar, como si no previnieran sobre la posesión *para que no lleve* a la confianza idolátrica, como si los poseedores no tuvieran necesidad de temor y ansiedad por miedo a naufragar. Y se supone que esta irrelevante distinción encuentra aprobación en el propio lenguaje de Nuestro Señor en una de las ocasiones referida más arriba, en la cual primero dice "cuán difícilmente los que *tienen* riquezas", luego, "cuán difícilmente los que *confían* en las riquezas entrarán en el reino de Dios". Pero seguramente sólo estaba quitando de Sus discípulos la falsa impresión de que la mera circunstancia de poseer riqueza era inconsistente con un estado de salvación, y antes hace esencial el *confiar* al *tener* que interpretar el *tener* por el *confiar*. Conecta los dos sin

identificar, sin explicar. La simple cuestión para determinar es esta: si considerar probable que aquellos que tenían riquezas en la época de Cristo según Su juicio confiaban idolátricamente en ellas, es o no es razón para pensar que esta probabilidad varíe materialmente en diferentes épocas. Y, de acuerdo a la solución de esta cuestión, debemos determinar la aplicación a estos tiempos del mal anunciado en el texto. De cualquier modo, hay que señalar que son aquellos que dan a entender que estos pasajes no tienen aplicación hoy, quienes deben dar razones de su opinión. Ellos deben cargar con la prueba. Hasta que formulen distinciones claras y razonables entre el siglo primero y el nuestro, la censura pende sobre el mundo, es decir, tanto como sobre los fariseos y saduceos cuando llegó Nuestro Señor.

En verdad, que Nuestro Señor quiso hablar de las riquezas como una calamidad para los cristianos, queda claro no sólo por tales textos como los anteriores, sino, por otro lado, en sus frases y recomendaciones sobre la pobreza. Por ejemplo: Vended aquello que poseéis y dad limosna; hacedos bolsas que no se envejecen (Lc 12, 33). Si quieres ser perfecto, vete a vender lo que posees y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo (Mt 19, 21). Dichosos los que sois pobres, porque es vuestro el reino de Dios (Lc 6, 20). Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos...sino...convida a los pobres, a los lisiados, a los cojos, y a los ciegos (Lc 14, 12-13). Y de igual manera habla Santiago: ¿No ha escogido Dios a los que son pobres para el mundo, ricos en fe y herederos del reino que tiene prometido a los que le aman? (St 2,5). Cito estos textos a modo de doctrina, no de precepto. Cualquiera sea la línea de conducta que prescriben a tal o cual individuo (con lo que nada tengo que ver por el momento), queda muy claro que de acuerdo a la regla del Evangelio la ausencia de riquezas es, como tal, un estado más bendito y más cristiano que la posesión de las mismas.

El peligro más obvio que presentan para nuestro bien espiritual las posesiones mundanas es que llegan a ser, prácticamente, un sustituto en nuestros corazones de aquel único Objeto al que debemos nuestra devoción suprema. Ellas están presentes. Dios es invisible. Ellas son medios a la mano para lograr lo que queremos, pero si Dios escuchará nuestras peticiones de tales deseos es incier-



El pobre Lázaro y el rico Epulón, xilografía de Víctor Delhez, de los Cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1956.

"No toda pobreza es santa, dice san Ambrosio, ni toda riqueza criminal. Así como la lujuria infama las riquezas, así la santidad honra la pobreza". La parábola del Evangelio está reproducida en el ángulo izquierdo superior, donde aparece la imagen de Abrahán teniendo la figura del pobre Lázaro. En el ángulo derecho inferior, se debate entre llamas el rico Epulón. Los separa la mole del moderno edificio hecho para infamar las riquezas; porque todo él obedece a la lujuria. El edificio representa las habitaciones modernas, confortables, colectivas, idénticas, amuebladas, higiénicas, calefaccionadas, aireacondicionadas, económicas y sobre todo, sin las vicisitudes morales del hogar. A la puerta de la mansión hecha para facilitar el uso lujurioso de la riqueza, corre la escena del ricoque, como Epulón, usa de su poder exclusivamente para su regalo, sin tener en cuenta que delante de Dios su riqueza lo hace administrador de los pobres; no tiene, por ser rico, primordialmente derechos sino deberes. El pobre Lázaro yace a la entrada pidiendo para calmar una necesidad, lo que al rico le sobra para su saciedad (del comentario explicativo del presbítero Juan A. Sepich).

to, o mejor debería decir, cierto en la negativa. Por eso, las riquezas contribuyen a las inclinaciones corrompidas de nuestra naturaleza, prometen y pueden ser dioses para nosotros, y dioses tales que no requieren culto pero, como ídolos mudos, exaltan al fiel, le impresionan con la noción de su propio poder y seguridad. Y en esto consiste su principal y más sutil malicia. Los hombres religiosos son capaces de reprimir, más aún, de extirpar deseos pecaminosos, la lujuria de la carne y de los ojos, la glotonería, la embriaguez, y cosas por el estilo, el amor a la diversión, a los placeres frívolos y a la ostentación, a ser indulgentes con lujos de cualquier clase. Pero respecto a la riqueza no pueden librarse fácilmente del secreto sentimiento

de que les da pie para elevarse, importancia, superioridad, y por consecuencia quedan atados a este mundo, pierden de vista la obligación de llevar la cruz, se vuelven sombríos y de visión turbia, y perdida su delicadeza y precisión de tacto se les entumecen la punta de los dedos (por así decir) respecto de los intereses y porvenir religiosos. Arriesgarlo todo por la palabra de Cristo les parece algo antinatural, extravagante, que evidencia una mórbida excitación. Y la muerte, en vez de ser una amable, aunque tremenda, liberación, no es un asunto bienvenido para pensar. Se contentan con quedar como son, y no contemplan cambio alguno. Desean e intentan servir a Dios, y en verdad lo hacen en su medida, pero no con intensa sensi-

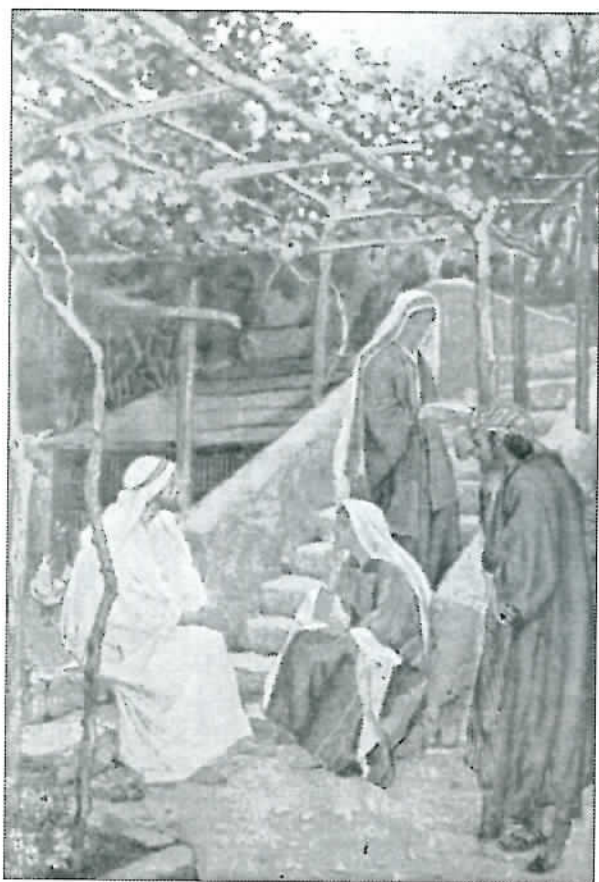
bilidad, con el noble entusiasmo, la grandeza y elevación de alma, la sumisión y afección hacia Cristo que hace al cristiano, sino como los judíos pueden obedecer, que no tienen imagen de Dios que les haya sido dada excepto la de este mundo creado, comiendo gozoso su pan, y bebiendo con alegre corazón su vino, cuidando que estén sus vestidos en todo tiempo blancos, y no falte en su cabeza el perfume, gozando de la vida con su amada esposa todos los días de su vida fugaz, y alegrándose del fruto de su trabajo (Eccles 9,7-9; 5,18). No es, por supuesto, que el recto uso de los dones temporales de Dios esté mal, pero hacer de ellos el objeto de nuestros afectos, permitir que nos seduzcan y separen del Único Esposo con quien estamos desposados, es confundir el Evangelio con el judaísmo.

Esto era parte, si podemos arriesgarnos a decirlo, de lo que quería expresar. Nuestro Señor cuando ponía juntos el tener y el confiar en las riquezas, y es especialmente apropiado considerarlo este día en que conmemoramos a un Apóstol y Evangelista cuya historia es un ejemplo y un estímulo para todos los que tienen, y temen que puedan confiar. Pero San Mateo estuvo expuesto a una tentación más, que voy a considerar, ya que no solamente poseyó riquezas sino que estaba ocupado también en buscarlas. Nuestro Señor parece advertirnos contra este peligro ulterior en su descripción de las espinas en la parábola del sembrador, que son los afanes del mundo y el engaño de las riquezas (Mt 13,22), y más claramente en la parábola del gran banquete, donde los invitados se excusan, uno de comprar un campo, otro cinco yuntas de bueyes (Lc 14,18-19). San Pablo habla aún más abiertamente en su primera carta a Timoteo: los que quieren ser ricos caen en la tentación y en el lazo y en muchas codicias necias y perniciosas, que precipitan a los hombres en ruina y perdición. Pues raíz de todos los males es el amor al dinero; por desearlo, algunos se desviaron de la fe y se torturaron ellos mismos con muchos dolores (1 Tim 6, 9-10).

El peligro de *poseer* riquezas es la seguridad carnal a la que llevan; el de *desearlas* y *buscarlas* es que se está poniendo ante nosotros un objeto de este mundo como el propósito y la finalidad de la vida. Parece ser voluntad de Cristo que sus seguidores no tengan propósito o fin, búsqueda o negocio, que sea meramente de este mundo. Aquí, nuevamente, hablo como antes, no a manera de precepto sino de doctrina. Estoy mirando hacia Su

santa religión como a distancia, determinando cuál es su carácter y espíritu general, no lo que pudiera ser el deber de este o aquel individuo que la abraza. Es su voluntad que todo lo que hacemos lo hagamos, no para los hombres, o para el mundo, sino para Su gloria, y cuanto más capaces seamos de hacerlo simplemente así, más favorecidos seremos. Cuantas veces actuamos con referencia a un objeto de este mundo, aun cuando sea puro, estamos expuestos a la tentación (no irresistible, ¡Dios no lo permita!), de poner nuestros corazones en obtenerlo. De allí que llamemos a tales objetos *excitaciones*, que nos estimulan de modo incongruente, apartándonos de la serenidad y la estabilidad de la fe celestial, atrayéndonos por su proximidad fuera de nuestra armoniosa rutina de deberes, y convirtiendo nuestros pensamientos hacia algo desprovisto de aquello que es infinitamente elevado y eterno. Tales excitaciones ocurren siempre, y el sólo hecho de sufrirlas, lejos de involucrar culpa por el mismo acto o sus resultados, es el gran negocio de la vida y la disciplina de nuestros corazones. Es frecuentemente un pecado apartarse de ellas, como ha sido el caso de algunos que han ido a los monasterios para servir a Dios más enteramente. Por otro lado, es el verdadero deber del director espiritual trabajar por el rebaño a él confiado, sufrir y arriesgar. San Pablo fue rodeado de excitaciones que brotaban de aquí, y sus escritos muestran el efecto de las mismas agitando su mente. Era como David, un hombre de guerra y sangre, y todo por nuestra causa. Aun así, bien dice que el espíritu esencial del Evangelio es serenidad y confianza, y que poseerlas es el don más alto, y ganarlas perfectamente nuestro principal propósito.

En consecuencia, por mucho que sea un deber sufrir estas excitaciones cuando vienen sobre nosotros, es claramente anticristiano, manifiestamente necio y un pecado, buscarlas por sí, sean seculares o religiosas. De aquí que el juego sea una ofensa tan grande, por crear presuntuosamente de nuestra parte una seria, o más bien, una arrolladora tentación de fijar nuestro corazón en un objeto mundano. De aquí el engaño de muchas diversiones, de lo que se suele llamar la moda del momento, que están inventados con el verdadero propósito de captar los pensamientos y hacer pasar el tiempo. Muy contrario es el temperamento cristiano, que está ocupado en ese ordinario e invariable curso de obligaciones que Dios manda, y que el mundo llama aburridas y fastidiosas. Emplearse día tras



Betania: Jesús con Lázaro, Marta y María.

día en lo mismo y sentir felicidad en ello, es la gran enseñanza del Evangelio, y cuando queda demostrado en aquellos que son conscientes de la tentación de estar ocupados, implica un corazón apartado del amor de este mundo. Si bien es verdad que la enfermedad del cuerpo, como el cansancio de la mente, pueden ocasionalmente representar una carga para una vida tal, es también verdad que la indolencia, el egoísmo, la timidez, y otros malos hábitos similares, pueden adoptarse y preferirse como pretexto para descartar deberes más activos. Los hombres de mentes enérgicas y talentosas para la acción están llamados a una vida de aflicción. Son compensadores y antagonistas de los males del mundo, que nunca les hacen olvidar su lugar. Son hombres de lucha, y luchamos para obtener la paz. Son hombres de lucha, honrados ciertamente por la elección divina, que, en lugar de excitaciones momentáneas, descansan en la profundidad de sus corazones sobre la única visión verdadera de la fe cristiana. Son, después de todo, soldados en campo abierto, no constructores del Templo, no habitantes de aquellos Tabernáculos apacibles y especial-

mente benditos donde el fiel vive en alabanza e intercesión, y milita entre los deberes no ostentosos de la vida ordinaria. Marta, Marta, tú te afanas y te agitas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María eligió la buena parte, que no le será quitada (Lc 10, 41-42). Tal es el juicio de Nuestro Señor, mostrando que nuestra verdadera felicidad consiste en estar desocupado para servir a Dios sin excitaciones. Rezamos especialmente por este don en una de nuestras oraciones Colecta: Concédenos, Oh Señor, que el acontecer de este mundo sea pacíficamente ordenados por Tu gobierno, de modo que Tu Iglesia pueda servirte gozosamente en piadosa serenidad (Cf. 1 Tim 2, 2). Persecución, cambios civiles y cosas por el estilo, rompen la calma de la Iglesia. El privilegio más grande de un cristiano es no tener que ver con políticas mundanas, sino ser gobernado y someterse obedientemente, y aunque aquí nuevamente el egoísmo puede entrar sin ser sentido y llevar a un hombre a desatender asuntos públicos en los que se le pide participar, después de todo, tal participación debe considerarse como un deber, apenas como un privilegio, como el cumplimiento de la confianza depositada en él por el bien de otros, no como el disfrute de derechos (según hablan los hombres en estos tiempos de engaño), no como si el poder político fuese en sí mismo un bien.

Volviendo al asunto inmediato que nos ocupa, digo, pues, que es parte de la precaución cristiana ver que nuestras ocupaciones no se conviertan en persecución. Las ocupaciones son nuestra herencia, pero perseguirlas queda mayormente a nuestra elección. Podemos ocuparnos en los negocios del mundo sin perseguir fines mundanos, no perezosos en los negocios pero sirviendo al Señor. En esto consiste entonces el peligro de perseguir ganancias, como el comercio y cosas semejantes. Es la más común y la más ampliamente extendida de todas las excitaciones. Es la que casi todos pueden consentir, más aún, por hacerlo serán alabados por el mundo. Y dura toda la vida, en lo cual difiere de las diversiones y placeres del mundo que tienen corta vida y se suceden unos a otros. La disipación de la mente que estas diversiones crean es en sí, por cierto, suficientemente miserable, pero mucho peor que esta disipación es la concentración de la mente en algún

fin mundano que admite ser constantemente perseguido, y tal es la búsqueda de las ganancias. Y no es agravante de poca importancia que la ansiedad acompañe casi seguro a este mal. Una vida para obtener dinero es una vida de inquietud. Desde el principio existe una temible anticipación de pérdida que de varios modos deprimen y desestabilizan la mente, más aún, que la obsesionan hasta que el hombre encuentra que no puede pensar en otra cosa, y es incapaz de aplicar su mente a la religión por el constante torbellino de negocios en los que está envuelto. Es bueno que esto sea entendido.

Oiréis hombres que hablan como si el perseguir las riquezas fuera el negocio de la vida. Argüirán que por ley natural un hombre está atado a ganar un sustento para su familia, y que halla una recompensa en hacerlo, una inocente y honorable satisfacción que siente en la medida que añade una suma a otra y cuenta sus ganancias. Y quizás continuarán argumentando que es la verdadera obligación desde la caída de Adán comer el pan con el sudor de su frente con esfuerzo y ansiedad. ¡Qué extraño es que no recuerden la misericordiosa promesa de Cristo revocando esa maldición original y eliminando la necesidad de cualquier búsqueda real detrás de la carne que perece! En orden a que pudiésemos ser liberados de la esclavitud de la corrupción nos ha dicho expresamente que lo necesario para la vida nunca faltará a su fiel seguidor, igual que el alimento y el aceite de la viuda de Sarepta, que mientras que está atado a trabajar por su familia no necesita estar absorbido por el esfuerzo, que mientras está ocupado su corazón puede estar desocupado para su Señor. No os preocupéis diciendo: '¿Qué tendremos para comer? ¿Qué tendremos para beber? ¿Qué tendremos para vestirnos?' Porque todas estas cosas las codician los paganos. Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo eso. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. (Mt 6, 31-34). Aquí se nos revela a la vez nuestro privilegio y nuestro deber, la dote cristiana de tener ocupaciones de este mundo sin perseguir fines mundanos. Y de acuerdo con el Divino Maestro están las palabras del Apóstol, que introducen un pasaje ya citado: Nada trajimos al mundo, ni tampoco podemos llevarnos cosa alguna de él. Teniendo pues qué comer y con qué cubrirnos, estemos contentos con eso (1 Tim 6, 7-8). No hay excusa entonces para esa absorbente persecución de la riqueza que muchos hombres se permiten como si fuera una virtud, y que analizan

como si fuera una ciencia. Todas estas cosas las codician los paganos. Considerad cuán diferente es la regla de vida que nos dejaron los Apóstoles. Dice San Pablo: Lo que quiero decir, hermanos, es esto: el tiempo es limitado; resta, pues, que los que tienen mujeres vivan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, como si no se regocijasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan del mundo, como si no lo usasen, porque la apariencia de este mundo pasa (1 Cor 7, 29-31). No os inquietéis por cosa alguna, sino que en todo vuestras peticiones se den a conocer a Dios mediante la oración y la súplica, acompañadas de acción de gracias (Filip 4,6). Y San Pedro dice: Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones, porque Él mismo se preocupa de vosotros (1 Pe 5,7).

He dado la principal razón por la que perseguir las riquezas, sea de modo grande o pequeño, es perjudicial a nuestros intereses espirituales, y que fija la mente sobre un objeto de este mundo, pero quedan otras detrás. El dinero es una suerte de creación, y da al que lo adquiere, aún más que al que lo posee, una imagen de su propio poder, y tiende a hacer que se idolatre. Nuevamente, lo que hemos ganado duramente no somos deseosos de entregarlo, de manera que un hombre que ha hecho él mismo su riqueza será comúnmente miserable, o al menos no se desprenderá de ella excepto en intercambio por algo que le de crédito o aumente su importancia. Aún cuando su conducta sea lo más desinteresada y afable, como gastarla para la comodidad de aquellos que dependen de él, aún así se insinúa su complacencia en sí mismo, su orgullo y mundaneidad. Es muy poco probable, pues, que sea liberal hacia Dios, pues las ofrendas religiosas son un desembolso sin retorno sensible, y en pos de fines que para los cuales la misma persecución de la riqueza le ha indispuerto. Más aun, si puede añadirse, existe una tendencia considerable en las ocupaciones conectadas con las ganancias a hacer a un hombre sucio en sus actos, esto es, de modo sutil. Hay tantas mentiras convencionales y prevaricaciones en los detalles del mundo de los negocios, tanta complejidad intrincada en el manejo de las cuentas, tantas preguntas perplejas acerca de la justicia y la equidad, tantos plausibles subterfugios y ficciones de la ley, tanta confusión entre las nociones distintas aunque aproximadas de honestidad y quehacer civil, que se requiere una mente muy honrada para mantenerse firmemente asido a la estricta conciencia, al honor, y a la ver-



*El sermón de la montaña. Fra
Angélico, San Marcos, Florencia.*

dad, y mirar los asuntos que le ocupan como si los tuviera que observar suponiendo que los descubriera de golpe como un extraño.

Y si tal es el efecto de perseguir ganancias en un individuo, sin duda será el mismo en una nación. Si el peligro es tan grande en un caso, ¿por qué va a ser menor en el otro? Más bien, considerando que las tendencias de las cosas es que salgan a relucir, cuando el tiempo y los números les den libre curso, ¿no es cierto que cualquier multitud, cualquier sociedad humana, cuyo objeto sea las ganancias, actuará por regla general según aquellos sentimientos y se formará en ese carácter que ha sido descrito antes? Con este pensamiento ante nosotros, es una consideración temible que pertenezcamos a una nación que en buena medida subsiste haciendo dinero. No voy a seguir la pista ni indagar si los males políticos especiales del momento tienen su raíz en ese principio, que San Pablo llama la raíz de todos los males, el amor al dinero. Solamente consideremos el hecho de que *somos* gente que hace dinero, poniendo delante las

afirmaciones de Nuestro Salvador contra las riquezas y contra la confianza en las riquezas, y tendremos abundante materia para una seria meditación.

Por último, con esta triste visión ante nosotros de nuestra condición y perspectiva como nación, el ejemplo de San Mateo es nuestro consuelo, pues sugiere que nosotros, los ministros de Cristo, podemos tener gran libertad de palabra y manifestar sin reservas el peligro de riquezas y ganancias, sin nada de aspereza o falta de caridad hacia individuos que están expuestos al mismo. Ellos pueden ser hermanos del Evangelista, que dejó todo por causa de Cristo. Más aún, los ha habido en todas las épocas, ¡bendito sea Dios!, y en proporción a la fuerza de la tentación que los rodeaba está su beatitud y su alabanza, por ser capaces en medio de las mercancías de los mares y de la gran sabiduría de su tráfico, de escuchar la voz de Cristo, cargar con su cruz y seguirle.

Traducción P. Fernando María Cavaller

Parochial and Plain Sermons Vol II, 30, pp 368-378.
 Predicado el 18 de octubre de 1831

EL PELIGRO DE LOS TALENTOS

Fiesta de San Lucas Evangelista

*He infundido sabiduría en el corazón de todos los hombres hábiles
 (Éxodo 31,6)*

San Lucas difiere de sus compañeros evangelistas y discípulos por haber recibido las ventajas de lo que se llama una educación liberal. En este sentido recuerda a San Pablo, quien, con iguales talentos parece haber tenido aún más educación. Se dice que Lucas era nativo de Antioquía, una ciudad célebre por los hábitos refinados y la cultura intelectual de sus habitantes, y que su profesión era la de físico o médico, lo cual muestra que estaba en cuanto a educación por encima de la generalidad. Esto está confirmado por el carácter de sus escritos, que son superiores en composición a cualquier otra parte del Nuevo Testamento, con excepción de las cartas de San Pablo.

Existen personas que dudan si lo que llamamos talentos, sea en literatura o en las bellas artes, puede ser compatible con una profundidad y seriedad práctica de pensamiento. Creen que prestar atención a los mismos habla de una mente ligera, y, cuando menos lleva un tiempo que podría emplearse mejor. Confieso que, a primera vista, parecen capaces de decir mucho en defensa de su opinión. Sin embargo, San Lucas y San Pablo fueron hombres talentosos, y evidentemente se complacían en sus habilidades.

No estoy hablando del *saber* humano. Muchos piensan que es también inconsistente con la simple fe incorrupta. Suponen que aprender debe hacer orgulloso al hombre. Esto es, por supuesto, un error. Pero no estoy hablando de ello, sino del demasiado celo por los *talentos*, las artes y estudios elegantes, tales como la poesía, la composición literaria, la pintura, la música, y cosas semejantes, que son consideradas no por cierto haciendo a un hombre *orgulloso* pero sí *frívolo*. Cuán verdadera

sea esta opinión y cuánto no lo sea, es algo de lo que voy a hablar, y lo hago por el hecho sabido de que San Lucas fue un escritor culto y fino, y sin embargo un evangelista.

Ahora bien, que los talentos de los que hablo tienen *tendencia* a hacernos frívolos y afeminados, y por ende deben ser vistos por nosotros con sospecha por lo que se refiera a cada uno, estoy dispuesto a admitirlo, y ahora lo aclararé. Concedo que de hecho el refinamiento y el lujo, la elegancia y el afeminamiento, van juntos. Antioquía, la ciudad más refinada, era la más voluptuosa de Asia. Pero el *abuso* de las cosas buenas no es argumento contra las cosas mismas. El cultivo de la mente *puede* ser un don divino aunque se abuse de él. Todos los dones de Dios están pervertidos por el hombre: la salud, la fuerza, el poder intelectual, son torcidos por los pecadores hacia propósitos malos, aunque no son en sí mismos un mal. Entonces, el conocimiento de las bellas artes puede ser un don y un bien, con el propósito de ser un instrumento para la gloria de Dios, aunque para muchos que lo tengan represente indolencia, lujo y debilidad.

Pero el relato de la construcción del tabernáculo en el desierto, del cual está tomado el texto, es decisivo en este punto. Es demasiado largo para que os lo lea, pero unos pocos versículos os recordarán la naturaleza del mismo. "Hablarás con todos los hombres ingeniosos, que Yo he dotado de espíritu de sabiduría, y ellos harán las vestiduras de Aarón, para santificarle, a fin de que sea sacerdote mío" (Ex 28, 3). "Mira que he llamado por su nombre a Besalel...y le he llenado de espíritu divino, de sabiduría, inteligencia y maestría en to-

da clase de trabajos. Para inventar diseños y labrar el oro, la plata y el bronce; para grabar piedras de engaste, para tallar la madera y ejecutar cualquier obra" (Ex 31, 2-5). "Tomad de lo que poseéis una ofrenda para el Señor. Todos den generosamente un tributo para el Señor: oro, plata y bronce, jacinto, púrpura escarlata y carmesí, lino fino, pelo de cabra, pieles de carnero teñidas de rojo, pieles de tejón, madera de acacia, aceite para el candelabro, aromas para el óleo de unción y para el incienso aromático, piedras de ónice, y piedras de engaste para el efod y el pectoral. Y vengan los artífices hábiles de entre vosotros a fabricar todo cuanto el Señor ha ordenado" (Ex 35, 5-10).

¿Cómo es que lo que en sí mismo es tan excelente y, diría, tan divinamente natural, está sin embargo tan comúnmente pervertido? Procedo a establecer cuál es, según me parece, el peligro de ser talentoso o habilidoso, con vistas a responder esta pregunta.

El *peligro* de una educación elegante y cortés es que separa el sentimiento de la acción, enseñándonos a pensar, a hablar y a conmovernos correctamente, sin forzarnos a practicar los que es correcto. Daré un ejemplo de esto, aunque algo familiar, que es el efecto producido en la mente al leer lo que comúnmente se llama un romance o novela, que entra bajo la descripción de literatura elegante, de lo cual estoy hablando. Tales obras contienen muchos buenos sentimientos (tomo los mejores de ellos), se presentan personajes virtuosos, nobles, pacientes en el sufrimiento, triunfando al final sobre el infortunio. Supongamos que se hacen valer y se defienden las grandes verdades de la religión, y nuestros afectos son excitados e interesados en lo que es verdadero y bueno. Pero es todo ficción. No existe fuera de un libro que contiene el principio y el fin de todo eso. *Nosotros* no tenemos nada que *hacer*. Leemos, nos sentimos conmovidos, suavizados o entusiasmados, y eso es todo. Nos enfriamos nuevamente, y nada pasa. Ahora, observemos el efecto de esto. Dios nos ha hecho sentir para que podamos *actuar* en consecuencia del sentimiento, pero si permitimos excitar nuestros sentimientos sin actuar según ellos dañamos el sistema moral dentro nuestro, como si estropeáramos un reloj u otra pieza mecánica jugando con sus engranajes. Debilitamos sus resortes y dejan de funcionar bien. Así, cuando hemos contraído el hábito de distraernos con estas obras de ficción llegamos finalmente a sentir la excitación sin el menor pensamiento o tendencia a actuar de

acuerdo, y como es muy difícil empezar cualquier deber *sin* alguna que otra emoción, es decir, empezar sobre meros principios de frío razonamiento, surge una grave pregunta: ¿cómo haremos para actuar cuando las circunstancias nos obliguen a hacerlo, después de haber destruido la conexión entre sentir y actuar? Por ejemplo, diremos que hemos leído una y otra vez acerca del heroísmo de enfrentar el peligro y hemos ardido vivamente con el pensamiento de su nobleza, hemos sentido qué grande es soportar el dolor y someterse a las indignidades antes que herir nuestra conciencia, y todo esto, una y otra vez, cuando no teníamos oportunidad de llevar nuestros sentimientos buenos a la práctica. Ahora, suponed que al fin nos llega realmente la tribulación, y digamos que nuestros sentimientos llegan a ser entusiastas como antes ante el pensamiento de resistir audazmente las tentaciones de cobardía, ¿cumpliremos entonces nuestro deber como hombres?, ¡ya lo creo!, probablemente hemos de hablar en voz alta, y luego huir del peligro. ¿Por qué? Preguntemos más bien ¿por qué *no*? ¿Qué cosa debe impedir que nos rindamos? ¿El que *sintamos* correctamente? No, hemos sentido así y pensado así una y otra vez sin acostumbrarnos a actuar correctamente, y aunque hubo una conexión original en nuestras mentes entre sentir y obrar, ahora no hay ninguna. Los cables dentro nuestro, como podrían llamarse, están sueltos y sin fuerza.

Lo que aquí está citado como ejemplo de fortaleza es verdad en todos los casos de alguna obligación. El refinamiento que da la literatura es el de pensar, sentir, conocer y hablar bien, no el de obrar bien, y por eso, mientras hace cordiales los modales y decorosa y agradable la conversación, no tiende a hacer *virtuosa* la conducta práctica del hombre.

Observad que he supuesto que las obras de ficción de que hablo inculcan sentimientos rectos, aunque tales obras son a veces viciosas e inmorales. Pero en el mejor de los casos, suponiéndolas bien fundadas, después de todo son peligrosas en sí mismas, es decir, si dejamos que el refinamiento tome el lugar de la obediencia fuerte y de mano dura. Por ello me opongo a ciertas novelas *religiosas* que algunas personas piensan tan útiles. Que a veces hacen bien no lo niego, pero hacen más daño que bien. Hacen daño en general, llevan al hombre a cultivar los afectos religiosos separados de la práctica religiosa. Y aquí debo hablar de ese completo sistema religioso, mal llamado religioso, que

hace consistir la fe cristiana no en la práctica honesta y simple de lo bueno sino en el lujo del sentimiento religioso excitante, en un mero meditar sobre Nuestro Señor, como en un ensueño sobre lo que ha hecho por nosotros. Semejante contemplación indolente no santificará *de hecho* a nadie, más que la lectura de un poema o escuchar un canto o el tono de un salmo.

El caso es el mismo con las artes aludidas, la poesía y la música. Si no estamos en guardia probablemente nos harán cobardes al excitar emociones sin asegurar la práctica correspondiente, destruyendo así la conexión entre sentir y obrar. Entiendo aquí por cobardía la incapacidad de hacer lo que queremos, decir cosas refinadas y yacer perezosamente en el sofá, como si no pudiéramos levantarnos a pesar de que siempre lo hemos deseado tanto.

Y aquí debo señalar algo más acerca de los talentos elegantes que nos hacen demasiado refinados, fastidiosos y falsamente delicados. En los libros todo es bello de este modo. Los cuadros están pintados de virtud *total*; se dice poco acerca de fracasos y poco o nada del trabajo ordinario de la obediencia de cada día, que no es ni poético ni interesante. La verdadera fe nos enseña a realizar innumerables cosas desagradables por la causa de Cristo, soportar pequeñas contrariedades, que no encontramos escritas en ningún libro. Muchos libros cristianos hacen a la conducta imponente, elevada y espléndida, de modo que cualquiera que solamente conoce la verdadera religión por los libros y no por la real tentativa de ser religioso, es seguro que tomará a mal la religión cuando realmente la encuentre, por la dureza y humillación de sus obligaciones y la necesaria deficiencia suya para cumplirlas. Es hermoso lavar los pies de los discípulos en un cuadro, pero las arenas del desierto real no tienen brillo que compense por la naturaleza servil de tal ocupación.

Más aún, debe señalarse que el arte de la composición, que es un talento principal, tiene en sí la tendencia a hacernos artificiales e insinceros, porque estar siempre atentos a la precisión y propiedad de nuestras palabras es, o al menos existe el riesgo que sea, una tipo de actuación, y conocer lo que puede decirse de ambos lados de un asunto es un paso importante para pensar que uno es tan bueno como el otro. De aquí que los hombres de los tiempos antiguos que cultivaban la literatura cortés se llamaban sofistas, es decir, que escribían elegantemente y hablaban elocuentemente de cual-

quier tema, recta o equivocadamente. San Lucas acaso hubiera sido un sofista de no haber sido cristiano.

Tales son algunos de los peligros de los talentos elegantes, y acosan más o menos a todas las personas educadas, y entre ellas no poco quizá a mujeres que no tienen obligaciones directas y están por encima del trabajo de la vida común, y por eso son aptas para hacerse fastidiosas y refinadas, amar el lujo fácil y divertirse con propósitos meramente elegantes, mientras admiran y hacen profesión de fe en lo que es religioso y virtuoso, pensando que poseen realmente el modo de ser que estiman.

Con estos pensamientos ante nosotros es necesario mirar atrás a los ejemplos de la Escritura que puse al principio para llegar a la conclusión de que los talentos son positivamente peligrosos e indignos de un cristiano. Pero San Lucas y San Pablo nos muestran que debemos ser trabajadores tenaces al servicio del Señor y llevar nuestra cruz virilmente, aunque estemos adornados con todo el saber de los egipcios, o más bien, que los recursos de la literatura y las bondades de una mente cultivada pueden ser una fuente legítima de gozo para quien los posee, y medios de introducir y recomendar la Verdad a otros, así como la historia del tabernáculo muestra que todas las artes ingeniosas y los bienes preciosos de este mundo pueden ser consagrados al servicio religioso, y hablar del mundo venidero.

Concluyo con las siguientes cautelas que devienen de los comentarios precedentes. No debemos dar demasiado tiempo a ocupaciones ligeras y no debemos permitirnos leer obras de ficción o poesía, o interesarnos en las bellas artes por la mera razón de las cosas mismas, sino recordar siempre que somos cristianos y seres responsables que tenemos principios fijados de lo bueno y de lo malo, desde los cuales deben ser tratadas todas las cosas, y que tenemos hábitos religiosos en los que debemos madurar y a los cuales todas las cosas deben subordinarse. Nada es más común entre gente talentosa que el hábito de leer libros por el hecho de leerlos, así como alabar y culpar acciones y personas allí descriptas de modo irreflexivo, de acuerdo a su fantasía, sin considerar si son realmente buenas o malas de acuerdo a la verdad moral. No quisiera ser austero, pero cuando esto se hace habitualmente es ciertamente peligroso. Tal es también el abuso del talento poético, ese don sagrado. Nada es más común que caer en la práctica de finos

sentimientos, sobre todo al escribir cartas, por rutina o por cierto tipo de manifestación elegante. Nada más común al cantar que usar palabras que tienen un significado vacío o malo. Todas estas cosas son dañinas para la seriedad de carácter. Por esta razón, dejando otras de lado, es que la profesión de los actores y oradores es peligrosa. Aprenden a decir cosas buenas y a excitar en ellos vehementes sentimientos acerca de nada.

Si hablamos seriamente, no dejaremos que pase de largo nada que pueda hacernos bien, ni seremos frívolos con asuntos tan sagrados como los deberes morales y religiosos. Nos aplicaremos todo lo que leemos, y casi sin intentarlo, por la sola sinceridad y honestidad de nuestro deseo de agradar a Dios. Seremos suspicaces de esos pensamientos y deseos buenos y nos abstendremos de exhibir nuestros principios y quedar cortos en nuestro obrar. Aspiraremos a hacer el bien y glorificar así a nuestro Padre, y exhortaremos e impulsaremos a otros a hacerlo también, pero en cuanto a hablar sobre los temas apropiados de la meditación religiosa, y *tratar* de mostrar piedad y excitar sentimientos semejantes en otro, aunque sea nuestro amigo más cercano, lo consideraremos un engaño y un daño. Sin embargo, esto es lo que muchas personas consideran lo más elevado de la religión, y lo llaman conversación espiritual, la prueba de una mente espiritual, mientras que, dejando a un lado la hipocresía incipiente y ocasional, y la falta de modestia, yo llamo a toda expresión de emociones religiosas formal e intencional y a todo discurso estudiadamente apasionado, *disipación*, de la misma naturaleza aunque diferente en su objeto de la que llamamos así comúnmente, porque es una pérdida y un despilfarro de nuestra fuerza religiosa y moral, un debilitamiento general de nuestras fuerzas espirituales, como he dicho ya. ¿Y todo para qué? Por el placer de la emoción inmediata. ¿Quién podrá negar que este desorden religioso es un caso paralelo al sensual? Es precisamente el mismo, del cual los religiosos en cuestión piensan estar muy lejos, del mundo elegante que lee obras de ficción, frecuente espectáculos públicos, está siempre buscando las novedades, ostenta orgullo de modales y modo de andar afectado (Is 3,16), y está pronto para toda clase de buenos pensamientos e intensas emociones en toda ocasión.

¿Qué diría un profeta de Dios de tales abusos de la decencia y elegancia de la verdad moral convertidas en medio de placer lujoso? Escuchad las palabras del santo Ezequiel, ese severo hombre de Dios,



El profeta
Ezequiel

un verdadero santo en medio de un pueblo autoindulgente y tan religioso: En cuanto a ti, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo chismean de ti, junto a las paredes y a las entradas de las casas. Hablan entre sí cada uno con su compañero, diciendo: ¡Ea, vamos a oír cuál es la palabra que ha salido del Señor! Y vienen a ti como a reuniones del pueblo, y se sienta delante de ti mi pueblo para oír tus palabras, pero no las ponen en práctica, porque con su boca te alaban, mientras su corazón va tras su avaricia. Pues he aquí que eres para ellos como un cantor de amores que tiene hermosa voz y toca bien; porque escuchan tus palabras mas no las cumplen (Ez 33, 30-32).

O considerad las palabras de San Pablo, que son aún más impresionantes porque él mismo era un hombre de saber y talentos, y se complacía de modo apropiado en los propósitos que ello hacía surgir: Predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo, reprende, censura, exhorta con toda longanimidad y doctrina. Porque vendrá el tiempo en que no soportarán más la sana doctrina, antes bien con prurito de oír se amontonarán maestros con arreglo a sus concupiscencias. Apartarán de la verdad el oído, pero se volverán a las fábulas (2 Tim 4, 2-4). Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente; sed fuertes (1 Cor 16, 13).

Traducción P. Fernando María Cavaller

Capítulo 4* de Newman Oratoriano

Oración y ministerio

por Placid Murray O.S.B.

El núcleo más profundo de la continuidad en la vida sacerdotal de Newman, como anglicano y como católico, fue indudablemente un hábito íntimo de oración, cultivado desde su temprana juventud y mantenido a lo largo de todas las vicisitudes de su larga vida. Este hábito de oración tiene particular importancia para una comprensión de su ministerio anglicano, pues fue en gran medida la norma de su fe evangélica primera, tal como la asumió hasta su ordenación y por algún tiempo después. Su práctica de oración precede su fe sacramental plena, y se une con ella una vez que llega a su fundamento del dogma [1].

Cuando fue a Oxford con apenas dos meses para cumplir dieciséis años, no estaba destinado a la Iglesia sino al bar. Sin embargo podemos ver en su diario personal y otras notas privadas que como estudiante laico llevaba una vida verdaderamente real de oración. Esto continuó después de su decisión de acceder a las órdenes anglicanas. Y más importante aún para nuestro propósito, podemos mostrar que como sacerdote católico mantuvo el tipo de oración de intercesión que había compuesto para su uso propio como anglicano. Ya oratoriano mantuvo este modelo de oración, que había practicado como ministro anglicano, aun dentro del mismo memento de la Misa. Debemos señalar, sin embargo, que no era un formulario de la Iglesia

de Inglaterra como tal, sino una forma de oración privada que congeniaba con él mismo.

Esta profunda y establecida continuidad en la oración se hace absolutamente clara cuando comparamos algunas de su memorias entre 1817 y 1845 con tres pequeños cuadernos de notas que tuvo en su vida posterior. El modelo de algunas de estas oraciones puede encontrarse en el manual de *Private Devotions and Meditations* (Oraciones personales y meditaciones) del obispo anglicano de Winchester, Lancelot Andrewes (1555-1626), compuesto originalmente en griego, y que Newman tradujo siendo anglicano y las publicó como el Tract n° 88 [2].

Una oración, datada el día de su primera comunión en la Iglesia anglicana, el 17 de noviembre de 1817, la copió nuevamente años después en uno de estos tres pequeños cuadernos de Misa. Dice así:

Señor, te alabo por llamarme a la luz de Tu Evangelio, por haber nacido en un país donde se halla Tu verdadera religión, y por Tu bondad en iluminar mi alma con el conocimiento de tu verdad, de modo que, considerando que yo era orgulloso, farisaico, impuro, abominable, Te dignaste cambiarme de ese estado de oscuridad e irreligión con una misericordia que es muy hermoso para mí, y me hizo caer a Tus pies humilde y abajado. Oh, haz que corra la carrera que se me presenta de manera que pueda alcanzar la vida eterna, y especialmente concédeme hacer de Ti, Oh Santísimo Jesús, mi modelo aquí durante mi peregrinación, para que sea Tú la herencia de mi alma por toda la eternidad [3]

* Los tres capítulos precedentes fueron traducidos, y están publicados en los números 15 (1995), 21 (1997) y 29 (2000) de Newmaniana.

Sesenta años después, la memoria de aquella primera comunión anglicana estaba aún viva en el viejo oratorio, que era ahora un sacerdote católico desde hacía treinta años. En noviembre de 1877 apuntaba en un Memorandum:

¿Amas o no amas, mi querido Yo, el tiempo pasado que permaneciste activo en la Iglesia de Inglaterra? Por ejemplo, tienes una fotografía de la capilla de Trinity College ante tus ojos diariamente, y amas mirarla. Sí, y es en gran medida un resumen, aunque no es la Iglesia de Inglaterra que amo, pero es esa verdadera reunión de tiempos y lugares, escenas, acontecimientos, mis propios pensamientos, sentimientos y acciones, que tan bien recuerdo en su individualidad específica. Miro esa mesa de la comunión y me acuerdo con qué sentimientos fui hacia ella en noviembre de 1817 para mi primera comunión...pero la Iglesia de Inglaterra como tal no entra en mis memorias tiernas. [4]

Según él mismo admite a su querido Yo, su memoria había reposado, casi diariamente, en su pasado anglicano, pero no en la Iglesia de Inglaterra como tal. Había continuidad psicológica pero no

Newman trabajando en su escritorio poco antes de su muerte.



La capilla privada de Newman

lealtad fuera de lugar. Tenía una memoria tenazmente retentiva, extendida sin rupturas hacia sus propios pensamientos, sentimientos y acciones de años que habían pasado ya.

Existen en los archivos del Oratorio, como ya ha sido mencionado, tres pequeños cuadernos de notas que él usó como sacerdote para Oraciones ante et post Misam. Uno de ellos contiene oraciones compiladas de fuentes católicas típicas como preparación a la Misa y la acción de gracias después de la misma, con la sorprendente inclusión del Dies Irae. Las copió de propia mano y debe haber usado el cuaderno por muchos años pues las páginas llevan la marca del pulgar como los Breviarios después de un uso constante.

Junto con la oración del día de su primera comunión anglicana, ya mencionada, copió nuevamente una lista de intenciones dispuestas para cada día de la semana que él había compuesto entre junio y septiembre de 1824, es decir, en los meses inmediatamente siguientes a su ordenación diaconal anglicana. Copió esta lista abreviada en el cuaderno de sus intenciones de Misa en alguna fecha posterior (quizás alrededor de 1875, como un apunte que bajo esta fecha sigue con la misma letra firme). Debemos concluir que la copió para usarla, no sólo como un recuerdo, ya que este pequeño libro negro

de notas lleva los signos de un uso familiar diario. Las intenciones se establecen según un modelo idéntico para cada día de la semana:

Orar por....
Orar contra...
Interceder...

Podemos señalar la oración para el viernes:

Viernes
Orar por el celo.

Orar en la iglesia firmeza del corazón 1 Cor 10,31; 2 Cor 3,5; Gal 6,14, Fil 4,13 *visión de la gloria de Dios simple dependencia de la gracia de Cristo considerándome como un instrumento; por una oración viva y fervorosa; por un profundo sentido de la temible naturaleza de mi oficio sagrado considerándome como la voz del pueblo de Dios, y del Dios del pueblo; por el espíritu de devoción, afecto hacia mi gente amor, fe, temor, confianza en Dios; por el vigor corporal, nervios, voz, respiración; seriedad de los modales, pronunciación clara.* [5]

Esto es marcadamente afín con el último pasaje en sus *Meditations and Devotions* donde la frase recurrente pidiendo fervor penetra a fondo su oración hasta el último pedido:

Señor, al pedir el fervor estoy pidiéndote a Ti mismo...Tú eres la llama viva...entra en mí y enciéndeme según Tu modelo y semejanza. [6]

El último apunte en el cuaderno es casi un garabato ilegible datado el 7 de enero de 1889 con algunos nombres de personas para rezar por ellas. De modo que aquí, dentro de las tapas del mismo cuaderno de notas, encontramos oraciones compuestas por el muchacho inglés de dieciséis años, el joven diácono anglicano de veintitrés y el anciano Cardenal oratoriano de casi ochenta y ocho. Aquí, y en todas partes, podemos encontrar esa continuidad interior e identidad que hacen del Vicario de la iglesia Saint Mary de Oxford, del padre del Oratorio y del Cardenal de la Iglesia Romana, uno sólo y el mismo hombre.

El segundo cuaderno de notas es aún más revelador, conteniendo listas de nombres de personas para rezar por ellas, con fechas que van desde 1850 hasta 1864 y llegan hasta 1882. Los nombres están apuntados bajo cortos encabezamientos:

Tiempos de antaño

Protestantes (1864)

Míos queridos; amables conmigo; fríos conmigo; de ninguna manera conmigo; ahijados; primos; de Saint Mary y Littlemore; fieles mujeres; viejos y católicos; viejos y protestantes (cancelada); los que me reclaman; los leales; católicos 1, católicos 2, católicos 3; benefactores a la Congregación; amigos irlandeses; sobre el Oratorio; eclesiásticos; conversos; difuntos.

Lo interesante acerca de estos Mementos es que tenemos listas similares de oración por personas fechadas desde 1839 y 1840, también clasificadas bajo encabezamientos (en lápiz, en griego) junto con listas fechadas marzo 15, 1840 y Marzo 21, 1845 Viernes Santo. En la página 6 del último legajo hay una nota reveladora: hasta aquí pasado y escrito de nuevo en el diario personal 1846 el 27 de agosto, saliendo al extranjero. [7]

Hay aquí otro hilo, ligero como de telaraña por cierto, pero de lo más valioso por ser muy privado y personal como el rótulo en el cuaderno lo indica. En el mismo momento de partida para el continente camino a Roma, conservó en la oración después en su vida católica en 1846 a todos sus amigos anglicanos y relaciones que habían sido el objeto de su oración en 1840 y 1845. Estaba aún orando del mismo modo y a menudo por las mismas personas.

Newman no tuvo que aprender nada sobre la oración de intercesión cuando pasó de la Iglesia de Inglaterra a la Iglesia Católica, tanto más porque esta vida de oración, después de su primera conversión en el otoño de 1816, estaba basada sobre la doctrina genuina de la Santísima Trinidad y su inhabitación a través de la acción del Espíritu Santo en el alma. [8]

Todas estas eran auténticas gracias en su alma bautizada, igualmente válidas después de su paso al catolicismo, aunque habían llegado a él sin mucho contacto con católicos: Los católicos no nos hicieron católicos; Oxford nos hizo católicos. [9]

La práctica de la oración de intercesión, comenzada antes de recibir las Ordenes anglicanas, fue reforzada como consecuencia de ellas. Newman trata de este tipo de oración en algunos de los *Parochial and Plain Sermons*, de los cuales aquellos sobre *El ministerio cristiano* y sobre *La intercesión* nos ilustran con su pensamiento más característico sobre el papel de la oración de intercesión en el ministerio cristiano. Dice que el oficio de in-

tercesión...aunque no es una particularidad, es siempre característico del orden sacerdotal, y se habla de él en la Escritura como una suerte de prerrogativa del ministerio evangélico [10], y procede a ejemplificar esto con el ministerio mencionado en Hechos 13, 1-2 (la preparación de Saulo y Bernabé para el trabajo), así como el pasaje de Santiago 5, 14-15, que parece revestir a los ancianos de la Iglesia con los mismos privilegios del sacerdocio. [11]

Sin embargo, es el sermón sobre *La intercesión* la enseñanza más explícita de Newman sobre este tipo de oración como característica del culto cristiano, el privilegio de la adopción celestial, el pensamiento perfecto y espiritual. [12]

En su estructura este sermón se parece a toda la serie *Parochial and Plain*. Primero de todo hay una *catena* de textos del Nuevo Testamento, tomados en este caso de San Pablo. Luego sigue una referencia a los ejemplos de oración recogidos en el libro de los Hechos que son del mismo tipo, casi enteramente de naturaleza intercesora, ofrecidos para ordenaciones, confirmaciones, curaciones, misiones y cosas parecidas. [13]

Luego siguen sus propias reflexiones sobre la enseñanza del Nuevo Testamento:

Tal es la enseñanza para nosotros de las palabras y hechos de los Apóstoles...No podía ser de otra manera si el cristianismo iba a ser una religión social, como lo es preminentemente. Si los cristianos tienen que vivir unidos, deben orar unidos, y la oración de unión es necesariamente de carácter intercesor, al ser ofrecida por cada uno y por todos, y por uno mismo como uno de todos...La intercesión viene a ser una señal de la existencia de la Iglesia Católica. [14]

Su pensamiento prosigue luego mostrando que donde la Escritura recoge las oraciones de hombres buenos, no todavía cristianos como Cornelio, allí no eran de intercesión sino oraciones por ellos mismos solamente. Concluye diciendo que *la intercesión* es la clase de oración que distingue a un cristiano de los que no son cristianos. [15]

Al llegar aquí, llega más allá para mostrar que los pecadores deben primero orar para estar libres de sus pecados, antes de presumir ocuparse acerca de la salvación de otros hombres. La naturaleza nos dice que Dios no escucha a los pecadores pero nadie excepto Dios mismo podía decirnos que oíría y respondería a aquellos que no son pecadores. El predicador se vuelve hacia las propias palabras de nuestro Señor en el discurso de la última cena y

encuentra que esa obediencia consistente...se hace allí condición del poder de intercesión. [16]

Es típico del sentido que tiene Newman de la Escritura y de la unidad de la Revelación, el salir aquí a considerar ejemplos del Antiguo Testamento, y particularmente de Abraham, para ilustrar la verdad bíblica de que recompensas distintas acompañan a gracias distintas, y que, de acuerdo a esta ley de las acciones de Dios para con los hombres, la intercesión es una prerrogativa de los obedientes y santos.

Como un águila de la montaña, habiendo volado en círculo sobre el terreno familiar de la Escritura, mira ahora firmemente la plena luz del misterio y ve en la muerte de Cristo el supremo significado del mandato cristiano de intercesión:

El murió para concederle ese privilegio que implica o incluye todos los otros, y le acerca más a parecerse a El, el privilegio de la intercesión...El [el cristiano] está hecho según el modelo y en la plenitud de Cristo: es lo que Cristo es. Cristo intercede arriba y él intercede abajo. [17]

Luego sigue la apremiante lección sobre la necesidad de usar este don. Y vemos incidentalmente que su pensamiento hasta el fin es sobre la oración común, el ministerio de oración de la Iglesia. ¿Cómo podemos quejarnos de las dificultades...si hemos usado ligeramente la intercesión elevada en las Letanías, en los Salmos y en la Santa Comunión? [18]

Un sermón como este es un punto de referencia del papel del ministerio de la intercesión, válido bajo la dispensación cristiana de cualquier época. Newman no hace referencia en él a su propia práctica. De hecho, los *Parochial and Plain Sermons* editados contienen en conjunto pocas referencias personales, en comparación a los aún inéditos sermones anglicanos, conservados manuscritos en los archivos del Oratorio. Esto hace muy valiosa la alusión del sermón *El servicio diario*, en el que Newman se refiere a la introducción del Servicio [celebración] matutino diario en la iglesia de Saint Mary en 1834. No era una celebración eucarística, como queda claro por su carta del 21 de junio de 1834 en la cual la menciona como no factible aún, hablando también de una celebración semanal de la Cena del Señor.

Newman desea dar a sus fieles las razones de porqué había iniciado la celebración diaria:

Esto, pues, es lo que sentí y siento: se dice comúnmente cuando se habla de las oraciones de los días de semana No conseguirás reunir a los fieles o

bien sólo unos pocos. Pero aquellos a quienes Cristo ha acercado a Sí para ser administradores de sus misterios no dependen de ningún hombre...El es el único intercesor eficiente por los pecadores a la derecha de Dios. Y lo que El es realmente lo somos nosotros en figura, lo que El es meritoriamente lo somos nosotros instrumentalmente...permitiéndonos depender de El y no de nuestro pueblo, derivando nuestra encargo de El y no de ellos... [19]

Aquí está Newman entreviendo la posibilidad de no tener congregación de fieles alguna, mientras celebra solo la Oración Común [Common Prayer] de la Iglesia, y justifica esta acción por el hecho de que el ministro cristiano en virtud de su sacerdocio es el vocero de los santos, lejos y cerca. [20]

Si el sermón sobre *La intercesión* hablaba del don de la misma como un privilegio de todos los cristianos obedientes dentro de la Iglesia, aquí le vemos presentado como un encargo dado por Cristo a sus sacerdotes: se les permite ser centros alrededor de los cuales puede crecer la Iglesia y alrededor de los cuales ella existe realmente, sea grande o pequeña. [21]

En el sermón no publicado nº 191, donde deja claro que la predicación pública no es un sustituto adecuado a lo que llamaríamos ahora contactos personales, continúa expresando su pesar ante la tendencia de hacer privada, no pública, la oración de la Iglesia:

...Así como el uso ha hecho que la enseñanza sea meramente pública, no privada, así existe también una tendencia en estos tiempos a hacer privadas las oraciones de la Iglesia, cuando deberían ser públicas. De aquí que las personas deseen tan frecuentemente que sus hijos sean bautizados en la casa, cuando no puede alegarse ninguna razón para semejante alejamiento de la práctica recibida, o no quieran...que sus hijos sean bautizados ante la vista de la congregación de los fieles (como manda la Iglesia) cuando tienen la oportunidad y ninguna razón lo impide... [22]

Ambas desviaciones de las normas verdaderas de la Iglesia, enseñanza pública en vez de privada, y uso privado de la Oración Común en vez de público, Newman los refiere a la misma raíz:

"Una falta de voluntad que existe en las ciudades de conformarse al sistema parroquial, es decir, ese sistema que asocia personas reuniéndolas como un cuerpo o pequeña Iglesia de Cristo, bajo la supervisión e instrucción de uno o más de Sus ministros". [23]

Es asombroso darse cuenta que Newman pudiera haber tenido tan clara comprensión de los principios principales de la pastoral litúrgica: la primacía de la oración litúrgica, la subordinación de la predicación a la oración, la importancia de la parroquia como un grupo de fieles alrededor de sus sacerdotes en una *ecclesiola* [pequeña Iglesia], y la dificultad peculiar de realizar todo esto en una parroquia de ciudad. Y asombra que pudiera haber visto todo esto tan claramente antes de 1840, cuando debemos admitir que sólo desde 1940 o alrededor de ese tiempo han quedado claros los mismos principios básicos en los círculos litúrgicos católicos. Newman no tomó los caminos equivocados hacia el callejón sin salida del ritualismo, como muchos de los liturgistas anglicanos hicieron después.

Desde que el criterio a establecer en este estudio es que el ministerio anglicano de Newman fue la matriz espiritual de su vocación oratoriana ulterior, puede ser bueno recapitular aquí los principales rasgos de este retrato espiritual de Newman como sacerdote anglicano, tal como surgen de las cuatro áreas de investigación elegidas: el cuidado de las almas, el legado de la predicación litúrgica, el ministerio eucarístico, y oración y ministerio.

Su ordenación anglicana imprimió en Newman su responsabilidad por las almas, si bien al momento de la ordenación su posición doctrinal era más evangélica que sacramental. Aunque se abocó al trabajo parroquial con asiduidad, su ministerio real descansaba en un apostolado del intelecto, que encontró su primer ejercicio característico durante su tutoría en Oriel. En los últimos años de su vida anglicana practicó en Littlemore una forma de vida en comunidad, con un rigor ascético considerable. Esto, sin embargo, no sirvió de modelo directo para su ideal oratoriano. Más bien, volvió deliberadamente su pensamiento hacia un College de Oxford al proponer una analogía en los tiempos modernos con la idea de San Felipe Neri sobre el Oratorio. La mutua caridad que se esforzó en perseguir como ideal oratoriano, la vió encarnada en el ideal inglés del comportamiento del gentleman.

Aunque ejerció el ministerio de la Palabra con gran regularidad y éxito singular, tanto en el discurso oral como en la composición escrita, veía la predicación pública subordinada a la oración pública, y consideraba los contactos personales entre el sacerdote y la gente más saludables que los sermones. Hemos visto también que una nueva selec-

ción de los *Parochial and Plain Sermons* sobre una base estrictamente litúrgica revela una sorprendente afinidad entre el punto de vista doctrinal de Newman y el de la nueva Constitución sobre Sagrada Liturgia.

Su teología sacramental experimentó una completa transformación durante la década 1823-1833 desde una orientación evangélica no sacramental a una plena fe sacramental, primero en la regeneración bautismal y luego en la presencia eucarística y muy probablemente en su carácter sacrificial. Como católico llegó gradualmente a dudar de la validez de las órdenes anglicanas, y desde que sostuvo que no podía haber verdadera eucaristía donde no había verdaderas órdenes sagradas, impugnó la realidad sacramental de la santa comunión anglicana [Holy Comunión]. Newman explica la presencia de tales gracias como ex opere operantis [por obra del que actúa].

En su vida sacerdotal personal como anglicano, Newman nunca se casó, aunque el celibato clerical no era práctica común entre los anglicanos de su tiempo. Muy temprano en su vida abrazó el celibato como una opción positiva, pero conciente del sacrificio que involucraba.

El hábito de la oración, practicado desde su juventud, permaneció constantemente en él, y a juzgar por sus manuscritos personales y los cuadernos de oraciones, parece haber continuado a lo largo de las mismas líneas, sin ruptura alguna, des-

de la vida anglicana a la católica. Esta oración fue predominantemente de intercesión. Veía en ella no solamente la semejanza más grande del cristiano con el papel mediador de Cristo, sino la más próxima imitación de Cristo en el sacerdote: Lo que El es meritoriamente lo somos nosotros instrumentalmente... [24] Esto no excluye, más bien incluye, el ministerio de la eucaristía. [25]

Debemos completar este retrato espiritual con un corto poema suyo, fechado Oxford 1834, y escrito por tanto antes de su adhesión al ministerio anglicano, no muestra ninguna vacilación:

El oficio sacerdotal de San Gregorio Nazianzeno. [26]

Estoy celebrando la mística Fiesta; limpio Tu rebaño-víctima, y los traigo cerca, en la más santa sabiduría, y por el rito incruento. ¡Oh fuego de Amor! ¡Oh efusiva Fuente de Luz! (Tanto como sé, conozco quien necesita Tu mano compasiva) Temible oficio este, limpiar almas enlodadas de su corrupción, y hacerlas brillar otra vez.

[In service oer the Mystic Feast I stand; I cleanse Thy victim-flock, and bring them near, In holiest wise, and by a bloodless rite. O fire of Love! O gushing Fount of Light! (As best I know, who need Thy pitying Hand). Dread office this, bemired souls to clear Of their defilement, ad again make bright]

Traducción del P. Fernando María Cavaller

NOTAS

[1] Apo, p.49

[2] Tracts for the Times, nº 88, The Greek Devotions of Bishop Andrewes (Las devociones griegas del obispo Andrewes), publicadas el 25 de marzo de 1840.

[NT: Luego formarán parte de la edición que después de la muerte de Newman integraría todas sus Meditations and Devotions.]

[3] Oratory Archives, C.5.12 (copiado de A.10.4)

[4] Oratory Archives, Sundries A.46.3., pp.111,112.

[5] Oratory Archives, C.5.12

[6] Meditations adn Devotions (2ª edición, 1893), IIIa Parte: Meditations on Christian Doctrine, p.599.

[7] Oratory Archives, C.5.12

[8] Cf. C.S.Dessain, Cardinal Newman and the Doctrine of Uncreated Grace, The Clergy Review, vol XLVII, 1962, pp.207-225 y pp 269-288.

[9] Carta de Newman al canónigo Estcourt, del 2 de junio de 1860, citada por Wilfred Ward en The Life of John Henry Cardinal Newman (ed. 1927), II, p.57. Esta afirmación suscita toda la cuestión de la actitud de Newman hacia el ecumenismo, particularmente como católico, y su relevancia para la labor ecuménica hoy. Un estudio excelente y completo de esto se puede ha-

llar en C.S.Dessain, Cardinal Newman and Ecumenism, The Clergy Review, vol L, 1965, pp. 119-37 y pp.189-206. También en John Coulson, A.M.Allchin, Meriol Trevor, Newman: A Portrait Resotored. An Ecumenical Revaluation. Londres, 1965.

[10] PPS, II, sermón XXV, pp.312, 313, del 14 de diciembre de 1834.

[11] ib, p.313.

[12] PPS, III, sermón XXIV, pp.350, 351, del 22 de febrero de 1835.

[13] ib, p.352

[14] ib, p.352

[15] ib, p.353

[16] ib, p.356

[17] ib, p.362

[18] ib. P.365

[19] PPS, III, sermón XXI, p.314, del 2 d e noviembre de 1834

[20] ib, p.313

[21] ib. P.314

[22] Oratory Archives, A.50.5

[23] ib.

[24] PPS, III, serón XXI, p.314

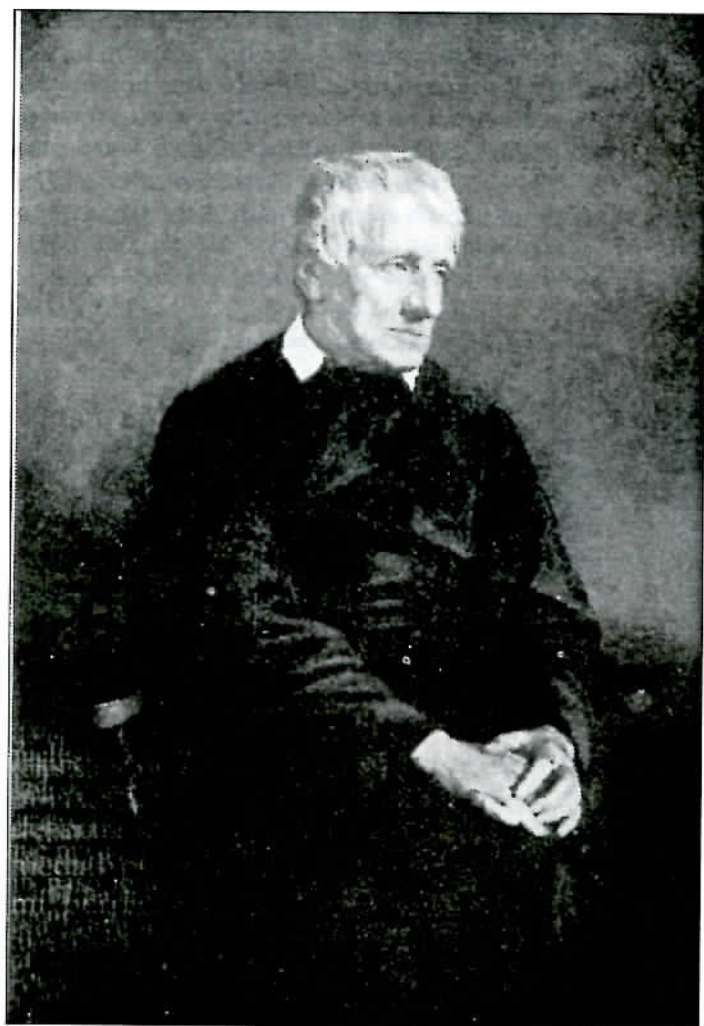
[25] cf. The Via Media II (3ª.ed., 1877), p.204, citando a Bramhall sobre la eucaristía.

[26] Verses on Various Occasions (ed. 1874), p.193

De "El Misterio de la Iglesia"

Antología publicada por el "International Newman's Friends" de Roma

Meditaciones y Devociones



(introducción)

Recordamos que estas Meditaciones y Devociones son consideradas por los estudiosos de Newman como el paralelo en su vida católica de sus sermones anglicanos, tanto por su estilo como por su teología. Estaban dirigidas a la gente simple que era la mayoría de la feligresía de la parroquia del Oratorio en Birmingham, así como a los muchachos de la Escuela del Oratorio. Son un verdadero testamento espiritual de Newman, que gracias al Padre Neville fueron recopiladas y dadas a la imprenta inmediatamente a su muerte. Ya hemos publicado varias en números anteriores (cf. nº3, 8, 9-10, 11, 14, 17, 18, 19, 20, 23, 26 y 31), y seguimos adelante con la esperanza de darlas a conocer íntegramente. La primera parte está integrada por las "Meditaciones sobre la doctrina cristiana", es decir, sobre la verdades de la fe.

I. ESPERANZA EN DIOS CREADOR

1. (6 de marzo de 1848)

1. Dios ha creado todas las cosas para el bien, para su mayor bien, cada cosa para su propio bien. Lo que es el bien de uno no es el bien de otro. Lo que hace feliz a un hombre podría hacer infeliz a otro. Dios ha determinado, a menos que yo interfiera con Su plan, que deba alcanzar aquello que será mi felicidad mayor. El me ve individualmente, me llama por mi nombre, sabe lo que puedo hacer y lo mejor que puedo ser, sabe lo que es mi mayor felicidad y se propone dármele.

2. Dios conoce lo que es mi mayor felicidad, pero yo no. No hay regla acerca de lo que es feliz y bueno. Lo que es adecuado para uno podría no serlo para otro, y los caminos por los que se alcanza la perfección varían muchísimo. Las medicinas necesarias para nuestras almas son muy diferentes para cada uno. Por eso Dios nos lleva por caminos extraños. Sabemos que quiere nuestra felicidad pero ni sabemos qué es nuestra felicidad ni tampoco el camino. Somos ciegos. Dejados a nosotros mismos tomaríamos el camino equivocado. Debemos dejar que El decida.

3. Pongámonos en Sus manos, y no nos sorprendamos aunque nos lleve por un camino extraño, una mirabilis via, como dice la Iglesia. Estemos seguros que nos llevará derecho, que nos conducirá no ciertamente hacia lo que nosotros pensamos que es lo mejor, ni hacia lo que es

mejor para otro, sino hacia lo que es mejor para nosotros.

Coloquio. "Oh mi Dios, me pongo sin reservas en Tus manos. Riqueza o infortunio, gozo o aflicción, tener amigos o perderlos, honor o humillación, buena fama o mala fama, consuelo o desconsuelo, Tu presencia o el ocultamiento de Tu rostro, todo es bueno si viene de Ti. Tú eres la sabiduría y eres el amor, ¿qué más puedo desear? Me has dirigido con Tu consejo y me has recibido con gloria. ¿Qué tengo en el cielo, y aparte de Ti que quiero en la tierra? Mi carne y mi corazón desfallecen, pero Dios es el Dios de mi corazón, y mi herencia para siempre.

2. (7 de marzo de 1848)

1. Dios era del todo pleno y bendito en Sí mismo, pero fue Su voluntad crear un mundo para Su gloria. Es Todopoderoso y pudo haber hecho todas las cosas El mismo, pero ha sido Su voluntad realizar sus propósitos por medio de los seres que ha creado. Estamos creados para Su gloria y para hacer Su voluntad. Yo estoy creado para hacer o para ser algo, para lo cual nadie más ha sido creado. Tengo un lugar en los designios de Dios, en el mundo de Dios, que nadie más tiene. Sea rico o pobre, depreciado o estimado por los hombres, Dios me conoce y me llama por mi nombre.

2. Dios me ha creado para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado al-

guna obra que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión. Nunca podrá conocerla en esta vida, pero me será revelada en la otra. De algún modo soy necesario para Sus propósitos, tan necesario en mi lugar como un arcángel en el suyo. Si fallo, ciertamente El puede suscitar otro, como

que está más allá de nosotros. El no hace nada en vano. Puede prolongar mi vida, y puede acortarla. El sabe lo que hace. Puede llevarse mis

amigos. Puede lanzarme entre extraños.

Puede hacerme sentir desolado.

Puede hacer que mi ánimo se hunda. Puede ocultarme el futuro. Pero además El sabe lo que hace.

puede hacer de las piedras hijos de Abraham. Pero tengo una parte en esta gran obra: soy un eslabón en la cadena, un vínculo de unión entre las personas. No me ha creado para nada. Haré el bien, haré mi obra. Seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en mi propio lugar, sin pretenderlo, si guardo Sus mandamientos y le sirvo en mi vocación.

3. Por lo tanto, confiaré en El. Sea lo que sea y esté donde esté, nunca puedo ser desechado. Si estoy enfermo, mi enfermedad puede servirle. Si estoy perplejo, mi perplejidad puede servirle. Si estoy apenado, mi pena puede servirle. Mi enfermedad, perplejidad o pena pueden ser causas necesarias de algún fin grande

Coloquio. Oh Adonai, Oh Soberano de Israel, Tú que guías a José como a un rebaño, Oh Emmanuel, Oh Sabiduría, me entrego a Ti. Confío en Ti totalmente. Tú eres más sabio que yo. Tú me amas más que yo mismo. Dígnate llevar a término en mí Tus elevados propósitos, cualesquiera sean. Obra en mí y a través mío. He nacido para servirte, para ser Tuyo, para ser Tu instrumento. Déjame ser Tu ciego instrumento. No pido ver, no pido saber, pido simplemente ser usado.

3.

1. ¿Qué mente humana puede imaginar el amor que el Padre Eterno tiene para con el Hijo Unigénito? Ha sido desde toda la

eternidad y es infinito. Tan grande es que los teólogos llaman al Espíritu Santo con el nombre de ese amor, como para expresar su infinitud y perfección. Pero, reflexiona alma mía, e inclínate ante el misterio tremendo, pues como el Padre ama al Hijo, así el Hijo te ama a ti, si eres uno de Sus elegidos. Pues El dice expresamente, "Como el Padre me ha amado, así también os he amado Yo. Permaneced en mi amor". ¿Qué misterio entre todas las verdades reveladas es más grande que éste?

2. El amor que el Hijo tiene por ti, que eres una creatura, es como el que el Padre tiene por el Hijo increado. ¡Oh maravilloso misterio! Esta es, entonces, la historia de lo que es más extraño: que El haya tomado mi carne y muerto por mí. El primer misterio anticipa este último, y éste lleva a plenitud el primero. Si El no me hubiera amado tan inexpresablemente, no habría sufrido por mí. Ahora entiendo por qué murió por mí: porque me amó como un padre ama a su hijo, no meramente como un padre humano sino como el Padre Eterno ama al Hijo Eterno. Ahora veo el significado de otra inexpli-

cable humillación: prefirió recobrarme antes que crear nuevos mundos.

3. ¡Qué constante es El en Su afecto! Nos ha amado desde el tiempo de Adán. Ha dicho desde el principio, "Nunca te dejaré ni te abandonaré". No nos abandonó en nuestro pecado. No me abandonó. Se dio cuenta de mí y me rescató. Insistió en ello. Resolvió restaurarme, a pesar mío, en aquella beatitud a la que yo me opuse tan obstinadamente. Y ahora lo que me pide es que, así como El me ha amado con amor eterno, yo le ame en la pobre medida que pueda.

Coloquio. ¡Oh misterio de los misterios: que el inefable amor del Padre al Hijo sea el amor del Hijo por nosotros! ¿Por qué fue así, Señor? ¿Qué viste de bueno en mí que soy un pecador? ¿Por qué te empeñas en mí? "¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que Tú le visites?" Has puesto Tu amor en esta pobre carne mía, esta débil alma pecadora, que no tiene vida excepto por Tu gracia. Completa tu obra, Señor, y así como Tú me has amado desde el principio, haz que yo te ame hasta el fin.

II. LA COMUNION DE LOS SANTOS

Siendo la intercesión un primer principio de la vida de la Iglesia, es igualmente cierto, de nuevo, que la fuerza vital de tal intercesión, como poder que lleva utilidad, está (de acuerdo con la voluntad de Dios) la santidad.

Diff. II 71 (7.12.1865).

Esta [santidad como el poder de intercesión que tenemos a la mano] parece ser

sugerida por un pasaje de San Pablo, en el cual el Supremo Intercesor es el Espíritu: "El mismo Espíritu intercede por nosotros; El intercede por los santos de acuerdo al plan de Dios". [Cfr. Rm 8, 26-27]. Y por supuesto la verdad implicada aquí expresamente nos la indican otras partes de la Escritura, tanto en forma doctrinal como de ejemplo. Las palabras del ciego de nacimiento hablan según el sentido

común de la naturaleza: "Cualquier hombre que adore a Dios será escuchado" [Jn 9, 31]. Y los Apóstoles lo confirman: "La oración del justo tiene mucho poder", "cualquier cosa que Le pidamos, la recibiremos, si observamos Sus mandamientos" [I Jn 3, 22].

Diff. II 71-72 (7.12.1865).

Para un pagano ingenuo, debió ser uno de los puntos más notables del Cristianismo, en su primera aparición, el observar que la oración formaba una parte vital de su organización; y esto, aun cuando sus miembros estaban dispersos por todo el mundo y sus guías y sujetos tenían tan poca oportunidad para actuar en conjunto, sin embargo ellos, todos y cada uno, encontraban el solaz de una relación espiritual y un lazo real de unión, en la práctica de la intercesión mutua.

Diff. II 68 (7.12.1865)

Solamente puede ser fiel a la Iglesia de Dios no quien solo habla de ella, o quien la defiende, o quien la contempla, sino quien la ama. Este ama la invisible compañía de los fieles, si es que ama a aquéllos a quienes ve. La prueba de que estamos unidos con Cristo es el amor; la prueba del amor a Cristo y a Su Iglesia es el amar a aquéllos a quienes vemos. "Quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve" (I Jn 4, 20)

P.S. IV 184 (14.5.1837)

Como entonces seremos dignos de mantener la comunión de todos los creyentes de todos los tiempos y lugares, comencemos por mantener la comunión seriamente con aquellos hermanos de hoy que viven cerca de nosotros. Oremos a Dios que nos enseña nuestras deficiencias y

nos libre de usar palabras y acariciar pensamientos que nos avergonzarían si los pusiésemos en práctica.

P.S. IV 172 (14.5.1837)

La Iglesia, pues, considerada en sentido propio, es la gran compañía de los elegidos, que ha sido escogida por la libre gracia de Dios, y sobre la que trabaja el Espíritu a su debido tiempo, separada del mundo pecador, regenerada, y a la que se concede la perseverancia hasta la vida eterna... es un cuerpo invisible, o casi tal, formado no solamente de los pocos que aún viven en la prueba, sino también de la multitud de los que duermen en el Señor.

P.S. IV 172 (14.5.1837)

Los Santos son el ejemplo feliz y completo de la nueva creación que nuestro Señor ha hecho desarrollar en el mundo moral, y así como 'los cielos proclaman la gloria del Señor' su Creador, así los Santos son la propia y verdadera evidencia del Dios del Cristianismo, y proclaman en toda la tierra el poder y la gracia de Aquél que los ha hecho.

L.D. XII 399 (Otoño de 1848)

Solo la fe prolonga la existencia del hombre, y lo hace vivir, en sus propios sentimientos, el pasado y el futuro. Los hombres de este mundo están llenos de planes para el hoy. Aun en la religión solamente ambicionan resultados inmediatos, y no hacen nada si no sienten que pueden hacerlo todo, o sea si no pueden hacerlo a su manera, escoger sus métodos, y ver sus fines. Pero el cristiano se entrega confiadamente al futuro, porque cree en Aquél que es, y que era, y que será. Puede aceptar la compañía eterna, tanto en este mundo como en el futuro.

Se contenta con empezar y dar el primer paso; con hacer lo que está de su parte, y no más; con proyectar aquello que otros habrán de realizar; con sembrar lo que otros cosecharán. Ninguno puede terminar su propia obra, e interrumpirla con justicia, sino Aquel que es Uno.

P.S. VI 274-275 (13.11.1836)

Mas hay otros que al mundo parecen ser como todos los demás, pero que en su corazón son totalmente diversos; no muestran grandes cosas, proceden de la misma manera oculta que los demás, pero en realidad se están entrenando a ser santos en el cielo. Hacen todo lo que pueden para cambiar dentro de sí, para hacerse semejantes a Dios, para obedecerlo, para disciplinarse, para renunciar al mundo... la verdadera religión es una vida oculta en el corazón; y aunque no puede existir sin hechos, sin embargo estos son en su mayoría ocultos, como la secreta caridad, la oración secreta, la secreta negación de sí mismo, las luchas secretas, y también las secretas victorias.

P.S. IV 243 (25.12.1837)

...Aunque no tenemos el derecho de juzgar a los demás, sino que debemos dejar todo juicio a Dios, es también cierto que un hombre verdaderamente santo, aun cuando parezca semejante a todos los hombres, aún tiene un cierto poder secreto en sí mismo para atraer a otros a sí cuando estos tienen un espíritu semejante al suyo, y para influenciar a todos aquellos que tengan en sí cualquier cosa semejante a sí. Y así, con frecuencia se convierte en la prueba de si tenemos un espíritu semejante al de los Santos de Dios, o de si ellos tienen sobre nosotros alguna influencia.

P.S. IV 244 (25.12.1837)

Muy diversos son los Santos. Esta misma variedad es una prueba de que se trata de un trabajo de Dios; pero aunque sean tan diversos, y sean cuáles fuesen las especiales líneas que han seguido, todos han sido héroes...

Mix 101 (1849)

Hace algunos siglos había demasiadas fiestas de Santos; y estos se convirtieron en una excusa para la ociosidad. Y lo que es peor aún, por una grande y casi increíble perversidad, en lugar de glorificar a Dios en Sus Santos, los Cristianos les rendían un honor semejante a la adoración de Dios... Ahora la gente se ha ido al extremo opuesto. Estos días de fiesta, aunque queden pocos, no se observan debidamente. Así procede la humanidad, que se esfuerza siempre por rehuir el deber, y cae en uno u otro error extremo. Ocio u ocupación, cuando son extremos son igualmente erróneos: el ocioso descuida sus deberes para con los hombres; el ocupado los descuida para con Dios... Muchos hombres consideran una pérdida de tiempo el seguir el curso del año cristiano; ...y salen perdiendo al descuidar los Memoriales de la religión. Realmente se trata de una pérdida; porque pierden esos reglamentos que en determinados tiempos ofrecen a sus mentes la preocupación por la otra vida... Por ello nos amenazan años de hambre espiritual, con el triunfo de los enemigos de la verdad, con el sofocamiento o al menos debilitamiento de la voz de la verdad; y ¿por qué? Solo porque hemos descuidado esas observancias religiosas durante el año...

P.S. II 395-397-398 (30.11.1831)

Parochial and Plain Sermons vol IV, 16, pp. 239-252
 Predicado el día de Navidad, 25 de diciembre de 1837

Cristo, oculto del mundo

*La luz brilló en las tinieblas,
 y las tinieblas no la recibieron (Jn 1,5)*

De todos los pensamientos que surgen en la mente cuando contempla la morada de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra, quizás ninguno es más conmovedor y dominante que la oscuridad que la acompaña. No hablo de Su condición oscura en el sentido de ser humilde, sino de la oscuridad que lo envolvía y el secreto que guardó. Esta característica de su primer advenimiento está referida muy frecuentemente en la Escritura, como en el texto la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron, y en contraste con lo que se dice sobre Su segundo advenimiento. Entonces todo ojo le verá, lo cual implica que todos le reconocerán, mientras que cuando vino por primera vez, aunque muchos le vieron, pocos ciertamente percibieron quién era. Había sido profetizado que no tiene apariencia ni belleza para atraer nuestras miradas, ni aspecto para que nos agrade (Is 53,2), y El dijo a uno de sus doce amigos elegidos en el mismo final de Su ministerio: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú no me has conocido, Felipe? (Jn 14,9).

Les propongo uno o dos pensamientos que brotan de esta misma circunstancia solemne, y que, con la bendición de Dios, pueden ser provechosos.

I. Primero revisemos algunas de las circunstancias que señalaron su permanencia en la tierra. Su condescendencia al bajar del cielo, al dejar la gloria de Su Padre y asumir la carne, está tanto más allá del poder de las palabras y del pensamiento que uno debería considerar a primera vista que

importa poco si vino como un príncipe o como un mendigo. Pero, después de todo, es mucho más maravilloso que haya venido en un estado de abajamiento por esta razón: porque se podría haber pensado de antemano que aunque condescendía a venir a la tierra no se iba a someter a ser pasado por alto y despreciado. Los ricos no son despreciados por el mundo, y los pobres sí. Si hubiera venido como un gran príncipe o noble, el mundo, sin saber nada que era Dios, le habría mirado y honrado al menos por ser un príncipe. Pero al venir en un estado de abajamiento cargó sobre Sí una humillación adicional: el desprecio, ser despreciado, desdeñado, pasado por alto rudamente, profanado por Sus creaturas brutalmente.

¿Cuáles fueron las verdaderas circunstancias de Su venida? Su Madre es una mujer pobre, que llega a Belén para ser censada, viajando, cuando su deseo hubiera sido quedarse en su casa. No encuentra lugar en la posada, y es obligada a ubicarse en un establo. Da a luz su primogénito y lo acuesta en un pesebre. Ese niño pequeño, así nacido, así ubicado, no es otro que el Creador de cielos y tierra, el Hijo Eterno de Dios.

Pues bien, nació de una mujer pobre, yació en un pesebre, criado para el bajo oficio de carpintero, cuando comenzó a predicar el Evangelio no tenía dónde reclinar su cabeza, y por último fue condenado a muerte, una infame y terrible muerte, la que sufrían los criminales.

Predicó el Evangelio durante los últimos años de Su vida, como leemos en la Escritura, pero no

comenzó a hacerlo hasta que tuvo treinta años. Durante esos treinta años parece haber vivido como vive hoy un hombre pobre. Día tras día, una estación tras otra, invierno y verano, un año después de otro, pasaron como nos ocurre a cualquiera de nosotros. De ser un bebé en brazos se convirtió en niño y luego en un muchacho, y así creció como una tierna planta en estatura y sabiduría. Y entonces parece haber seguido el trabajo de José, su padre adoptivo, continuando de forma ordinaria sin ningún gran acontecimiento hasta que tuvo treinta años. ¡Qué magnífico es todo esto!, que viviera aquí, sin hacer nada importante durante tanto tiempo, viviendo como si fuera por el mismo hecho de vivir, sin predicar o reunir discípulos, sin adelantar de alguna manera la causa que le hizo descender del cielo. Hubieron, sin duda, razones profundas y sabias del consejo divino para que continuara tanto tiempo en la oscuridad. Sólo quiero decir que nosotros no las conocemos.

Es notable que aquellos que le rodeaban parecen haberle tratado como uno de sus iguales. Sus hermanos, es decir, sus parientes, sus primos, no creyeron en Él. Y también se ve, por lo que se nos dice en la Escritura, que cuando comenzó a predicar y reunir multitudes, al oírlo los suyos, salieron para apoderarse de Él, porque decían: Ha perdido el juicio (Mc 3,21). Lo trataron como hubiéramos decidido tratar nosotros, y con razón, a cualquier persona hoy que comenzara a predicar en la calle. Digo con razón porque tales personas generalmente predicar un nuevo Evangelio, y entonces debe estar equivocado. Además, predicar sin ser enviados, y contra la autoridad, todo lo cual es malo también. Por eso estamos a menudo tentados de decir, y no injustamente, que tales personas están fuera de sí o son locos. Es caritativo hablar así a veces, pues es mejor ser loco que desobediente. Pues bien, lo que diríamos de semejantes personas es lo que los amigos de nuestro Señor dijeron de él. Habían vivido tanto tiempo con Él y sin embargo no lo conocían, no entendían lo que era. No veían nada que marcara una diferencia entre ellos y Él. Se vestía como otros, comía y bebía como todos, iba y venía, hablaba, caminaba, y dormía como los demás. Era en todos los aspectos un hombre, excepto en no tener pecado, pero esta gran diferencia la mayoría no la detectaba, porque ninguno de nosotros comprende a quienes son mucho mejores que uno. De modo que Cristo, el Hijo de Dios sin pecado, podría estar viviendo junto a nosotros y no lo descubriríamos.

Nacimiento
(Liber
Horarum, de
los Zúñiga).



2. Digo que Cristo, el Hijo de Dios sin pecado, podría estar viviendo ahora en el mundo como nuestro vecino de la casa de al lado, y quizás no lo descubriríamos. Y este es un pensamiento en el que deberíamos extendernos. No quiero decir que no haya un número de personas que podrían estar seguras que no fuera Cristo. Desde luego, serían personas que no llevarían una vida mala e irreligiosa. Pero existen otras que no son de ningún modo irreligiosas o seriamente culpables, que son muy parecidas a cualquier otra a primera vista, pero que a los ojos de Dios son muy distintas. Me refiero a la gran masa a la que se llama hombres respetables, que varía muchísimo, siendo algunos meramente decentes y personas externamente correctas, sin tener gran sentido de la religión, sin negarse a sí mismas, sin un ardiente amor a Dios, sino al mundo. Y mientras su interés reside en ser regulares y ordenados, o no tener pasiones fuertes, o entrar tempranamente por el camino de una vida constante y formar sus hábitos en consecuencia, son lo que son, decentes y correctos, pero muy poco más.

Sin embargo, hay otros que al mundo le parecen iguales, pero que son muy diferentes en sus corazones. No hacen gran exhibición, continúan en el mismo camino tranquilo y ordinario de los demás, pero en realidad se están entrenando para ser san-

tos en el cielo. Hacen todo lo que pueden para cambiar, para llegar a ser semejantes a Dios, para obedecerle, para disciplinarse, para renunciar al mundo. Pero lo hacen en secreto, tanto porque Dios les dice que lo hagan así como porque no les gusta que se sepa. Más aún, existen otros entre estos dos tipos con más o menos mundaneidad y más o menos fe. Pero todos parecen casi iguales a los ojos comunes, pues la verdadera religión es una vida escondida en el corazón, y si bien no existe sin obras, éstas son en su mayor parte obras secretas, secretas caridades, secretas oraciones, secretas negaciones de sí, secretas luchas, secretas victorias.

Por supuesto, en la medida en que las personas nacen a la vida pública son vistas y escrutadas, y, en cierto sentido, más conocidas. Pero estoy hablando de la condición ordinaria de la gente en la vida privada, como fue la de nuestro Salvador por treinta años, y ésta se parece mucho a cualquier otra. Y existen muchas de ellas que, a menos que estemos muy cerca de ellas, no podemos hacer ninguna distinción entre una y otra, no tenemos los medios para hacerlo, y no es asunto nuestro. Y sin embargo, aunque no tenemos derecho a juzgar a otros, sino dejar esto a Dios, es muy cierto que un hombre realmente santo, un verdadero santo, aunque parece como cualquier otro hombre tiene una suerte de poder secreto que atrae a los que son de igual parecer e influencia a todos lo que tienen algo semejante a él. Y por eso llega a ser una prueba si somos de igual parecer que los santos de Dios, si tienen influencia sobre nosotros. Y aunque rara vez tenemos medios de saber en el momento quiénes son los santos propios de Dios, después de todo es demasiado lo que tenemos. Y entonces al mirar atrás lo que pasó, quizás después que ha muerto, si les conocimos podemos preguntarnos qué poder tuvieron sobre nosotros, si nos atrajeron, nos influenciaron, nos humillaron, si hicieron arder dentro nuestro los corazones. ¡Ay!, demasiado frecuentemente hallamos que nos hemos cerrado a ellos por largo tiempo, y que habiendo tenido los medios de conocerlos no los conocimos, lo cual es una pesada condenación, ciertamente.

Ahora bien, esto se ve ejemplificado singularmente en la historia de nuestro Salvador al haber sido tan verdaderamente santo. Cuanto más santo un hombre es, menos comprendido es por los hombres del mundo. Todos los que tienen alguna chispa de fe viva le comprenderán en cierta medida, y cuanto más santo sea serán más atraídos, en

su mayor parte. Pero aquellos que sirven al mundo estarán ciegos para reconocerle, o le despreciarán y les resultará antipático, cuanto más santo sea. Esto, digo, es lo que le pasó a nuestro Señor. Era santísimo, pero la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron. Sus parientes no creyeron en Él. Y si esto fue realmente así y por la razón que he dicho, seguramente viene la pregunta de si nosotros le hubiéramos comprendido mejor que ellos, de si habiendo sido nuestro vecino de al lado, o uno de nuestra familia, le hubiésemos distinguido de cualquier otro que fuese correcto y calmo en su porte, o mejor dicho, si no hubiésemos pensado, aún respetándole (¡Oh, qué expresión, qué lenguaje hacia el Dios Altísimo!) aún yendo tan lejos como esto, si no hubiésemos pensado de Él como extraño, excéntrico, extravagante e imaginativo. Mucho menos si hubiésemos detectado alguna chispa de esa gloria que Él tenía con el Padre antes que el mundo fuese, y que estaba meramente escondida, no apagada, en Su tabernáculo terrenal. Esto, verdaderamente, es un pensamiento muy temible, porque si estuvo cerca nuestro por largo tiempo y no vimos nada maravilloso en Él, deberíamos tomarlo como una prueba clara de que no somos suyos, pues Sus ovejas conocen Su voz y le siguen, deberíamos tomarlo como una prueba clara de que no le conoceríamos, o admiraríamos Su grandeza, o adoraríamos Su gloria, o amaríamos Su excelencia, si fuéramos admitidos en Su presencia en el cielo.

3. Y esto nos lleva a otro pensamiento más serio al que me referiré. Somos muy dados a desear haber nacido en los tiempos de Cristo, y excusarnos de esta manera nuestra mala conducta, cuando la conciencia nos reprocha. Decimos que si hubiéramos tenido la ventaja de estar con Cristo hubiésemos tenido motivos y restricciones más fuertes contra el pecado. Respondo que lejos de ser reformados nuestros hábitos pecaminosos por la presencia de Cristo, lo probable es que esos mismos hábitos nos estorbarían para reconocerle. No hubiésemos sabido que estaba presente, y si nos hubiera dicho quién era Él no le hubiésemos creído. Más aún, si hubiéramos visto sus milagros, aunque pueda parecer increíble, aún ellos no nos habrían hecho ninguna impresión duradera. Sin entrar en esta materia, considerad solamente la posibilidad de que Cristo esté cerca nuestro, aún sin hacer ningún milagro, y nosotros sin saberlo. Creo que este habría sido literalmente el caso de muchos hombres. Pero ya es suficiente sobre este asunto.

Lo que vengo a decir es esto: quiero que observéis qué pavorosa luz arroja esto sobre nuestra expectativa del mundo venidero. Pensamos que el cielo debe ser un lugar de alegría para nosotros, si conseguimos estar allí, pero la gran posibilidad es, si juzgamos por lo que ocurre aquí abajo, que un mal hombre llevado al cielo no sabría que está en el cielo. No sigo con la cuestión ulterior de si, por el contrario, el mismo hecho de estar en el cielo con toda su falta de santidad no sería literalmente un tormento para él, encendiendo las llamas del infierno dentro suyo. Esto sería, ciertamente, el modo más espantoso de descubrir dónde está. Pero supongamos el caso más liviano: que él pudiera permanecer en el cielo sin ser condenado, pero que al menos no supiera que está allí. No vería nada maravilloso allí. ¿Pudieron los hombres estar más cerca de Dios que cuando lo prendieron, lo golpearon, lo escupieron, lo llevaron a toda prisa, lo desvistieron, le extendieron sus miembros sobre la cruz, lo clavaron en ella, lo levantaron en alto, contemplándolo, insultándolo, dándole vinagre, mirando de cerca si estaba muerto, y traspasándole después con una espada? ¡Oh terrible pensamiento, que las aproximaciones más cercanas que el hombre ha hecho a Dios sobre la tierra haya sido en la blasfemia! ¿Cuál de los dos tipos de personas estuvo más cerca de Él, Santo Tomás a quien se le permitió alargar la mano y toda reverentemente Sus llagas, y San Juan que descansó en Su pecho, o los brutales soldados que le profanaron miembro por miembro y le torturaron nervio por nervio? Su bendita Madre, por cierto, estuvo más cerca aún de Él. Y nosotros, si somos verdaderos creyentes, más cerca aún, al tenerle realmente, aunque espiritualmente, dentro nuestro. Pero esta es otra cosa, una suerte de aproximación interior.

De aquellos que se acercaron a Él externamente, llegaron más cerca los que no sabían nada de ello. Así es con los pecadores: podrían caminar junto al trono de Dios, podrían mirarlo estúpidamente, podrían introducirse y curiosar, sin ver nada malo en ello pero con una suerte de bruta curiosidad, hasta que los relámpagos vengadores los destruyan. Todo porque no tienen sentidos que los guíen en la materia. Nuestros sentidos corporales nos advierten de la cercanía del bien o del mal en la tierra. Por el sonido, por el olfato, por la sensación sabemos lo que nos está sucediendo. Sabemos cuándo estamos expuestos a la intemperie, cuándo nos esforzamos demasiado. Tenemos advertencias y sentimos que no debemos rechazarlas. Ahora

bien, los pecadores no tienen sentidos espirituales, no pueden presagiar nada, no saben lo que les va a pasar al momento siguiente, y entonces, van sin miedo más y más lejos entre precipicios, hasta que caen de golpe, o son golpeados y mueren. ¡Seres miserables!, ¡y esto es lo que hace el pecado por las almas inmortales, que deban ser degolladas como el ganado en la carnicería, aún tocando y oliendo las mismas armas que las van a destruir!

4. Pero diréis ¿en qué nos concierne esto a nosotros? Cristo no está aquí, por lo cual nosotros no podemos de ningún modo insultar a Su Majestad. ¿Estamos tan seguros de esto? Ciertamente no podemos cometer abiertamente semejantes blasfemias. Pero es otro asunto si no podemos cometerlas tan grandes, porque a menudo los pecados son mayores cuando son menos llamativos, los insultos más penetrantes cuando no en voz alta, los males más profundos cuando más sutiles. ¿No recordamos un pasaje verdaderamente terrible? Si alguno habla contra el Hijo del hombre, se le perdonará, pero al que hablare contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero (Mt 12,32). No estoy decidiendo si esta denuncia puede o no ser cumplida en el caso de los cristianos ahora, aunque cuando recordamos que estamos en el presente bajo el ministerio de ese mismo Espíritu del que habla nuestro Salvador, esto es una cuestión muy seria. Pero lo cito para mostrar que puede haber pecados más grandes aún que el insulto y la injuria inferida a la persona de Cristo, aunque pensemos que eso es imposible y que no podrían ser tan flagrantes o descubiertos. Consideremos con esta idea lo siguiente:

Primero, que Cristo está aún en la tierra. Él dijo expresamente que volvería otra vez. La venida del Espíritu Santo es tan realmente Su venida, que tanto podríamos decir que no estaba aquí durante Su vida terrena cuando era visible en este mundo, como negar que esté ahora, cuando está aquí por Su divino Espíritu. Esto es ciertamente un misterio, cómo Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, dos personas, pueden ser uno, cómo Él puede estar en el Espíritu y el Espíritu en Él. Pero así es.

Segundo, si Él está aún en la tierra, aunque no visible, lo cual no puede negarse, es claro que se mantiene aún en la condición que eligió en los días terrenales. Quiero decir que Él es un Salvador escondido, al cual podemos acercarnos sin la debida reverencia y temor, a menos que seamos cuidadosos. Dondequiera esté, lo cual es una cuestión ulterior, Él está aún aquí, y nuevamente en secreto. Y

cualesquiera sean las señales de Su presencia, deben ser sin embargo de tal naturaleza que admitan personas que duden dónde está, que si argumentan y son perspicaces y sutiles puedan quedar perplejos o dejar perplejos a otros, como hicieron los judíos aún durante la vida terrena de Jesús, de modo que les parezca que no está presente en ningún lugar sobre la tierra. Y cuando llegan a pensar que está lejos, por supuesto sienten que es imposible insultarle como hicieron los judíos antiguamente, pero si, no obstante, Él está aquí, están acaso acercándose e insultándole, aunque sientan así. Y este fue precisamente el caso de los judíos, pues ellos también eran no sabían lo que estaban haciendo. Es probable, pues, que podamos ahora cometer cuando menos una blasfemia grande hacia Él como primero hicieron los judíos, porque estamos bajo la dispensación de ese Espíritu Santo, contra el cual pueden cometerse aún pecados más nefandos, y porque Su presencia es tan poco manifestativa de sí e impresionante para la mayoría, como también lo fue Su presencia corporal antes.

Vemos una razón más para esta aprehensión cuando consideramos cuáles son las señales de Su presencia ahora, pues resultarán ser de una naturaleza tal que lleven a los hombres a la irreverencia, a menos que sean humildes y vigilantes. Por ejemplo, a la Iglesia se la llama Su Cuerpo. Lo que era el Cuerpo material de Cristo cuando Él era visible en la tierra, tal es la Iglesia ahora. Es el instrumento de Su poder divino. Es eso a lo que debemos aproximarnos para obtener el bien que viene de Él. Es eso que al insultar despertamos el enojo de Cristo. Ahora bien, ¿qué es la Iglesia sino un cuerpo de humillación, casi provocando el insulto y la profanación, cuando los hombres no viven de la fe? Es un vaso terrenal más aún que Su Cuerpo de carne, pues al menos éste era puro y libre de todo pecado y la Iglesia está manchada en todos sus miembros. Sabemos que sus ministros son, en el mejor de los casos, imperfectos y pecadores, y de pasiones semejantes a las de sus hermanos, aunque de ellos El ha dicho, hablando no sólo a los Apóstoles sino a los setenta discípulos. "Quien a vosotros escucha a Mí me escucha, y quien a vosotros rechaza a Mí me rechaza, y rechaza a Aquel que me envió" (Lc 10, 16).

Él ha hecho de los pobres, débiles y afligidos, indicios e instrumentos de Su presencia, y aquí también se ve claramente, sale a nuestro encuentro la misma tentación de rechazar o profanar. Lo que El fue, eso son Sus elegidos seguidores en este

mundo, y así como Su estado oscuro e indefenso llevó a los hombres a insultarlo y maltratarlo, así también las mismas peculiaridades en los indicios de Su presencia llevan a los hombres a insultarle ahora. Que esos son Sus señales o indicios queda claro en muchos pasajes de la Escritura. Por ejemplo, dice de los niños, "quien recibe en mi nombre a un niño como éste, a Mí me recibe" (Mt 18, 5). Dijo a Saulo, que perseguía a Sus seguidores: "¿Por qué me persigues?" (Hech 9, 4). No se advierte que en el último día dirá a los justos: "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; estaba enfermo y me visitasteis; estaba preso y me vinisteis a ver". Y agrega: "En cuanto lo hicisteis al más pequeño de mis hermanos, a Mí me lo hicisteis" (Mt 25, 35-40). Establece la misma conexión entre Sí mismo y Sus seguidores en Sus palabras a los malvados. Lo que hace más temible y antagónico este pasaje es lo que ya ha sido señalado antes (ver Pensamientos de Pascal): que ni los justos ni los réprobos sabían lo que estaban haciendo. Aún los justos aparecen como inconscientes de haberse aproximado a Cristo, diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, o sediento, y te dimos de beber?". En todo tiempo, pues, Cristo está también en el mundo, y, aunque no públicamente, más que en aquel tiempo de su aparición terrena.

Y se aplica una observación similar a Sus mandatos, que son al mismo tiempo muy simples pero muy íntimamente conectados con El. San Pablo, en su carta a los Corintios, muestra tanto lo fácil como lo temible que es profanar la Cena del Señor *, mientras que manifiesta qué grande había sido el exceso de los corintios, pero también que había que discernir el Cuerpo del Señor. Cuando nació en el mundo, el mundo no lo supo. Y nació en un rudo pesebre, entre los animales, pero todos los ángeles de Dios le rindieron culto. Ahora también Él está presente sobre una mesa, sencilla tal vez en su hechura, y no suficientemente honorable en sus detalles, y la fe adora, pero el mundo pasa de largo.

Orémosle, pues, para que ilumine los ojos de nuestro entendimiento, de modo que podamos pertenecer al Huésped Celestial y no a este mundo. Así como la mente carnal no le percibiría aún en el cielo, así el corazón espiritual puede acercarse, poseerlo y verlo, aún en la tierra.

Traducción P. Fernando María Cavaller

* La Santa Misa, en el lenguaje habitual anglicano.

Verses On Various Occasions CX

THE POWER OF PRAYER

*There is not on the earth a soul so base
But may obtain a place
In Covenant grace;
So that his feeble prayer of faith obtains
Some loosening of his chains,
And earnests of the great release, which
rise
From gift to gift, and reach at length the
eternal prize.*

*All may save self; but minds that
heavenward tower
Aim at a wider power
Gifts on the world to shower.*

*And this is not at once; by fastings
gaind,
And trials well sustaind.
By pureness, righteous deeds, and toils
of love,
Abidance in the Truth, and zeal for God
above.*

EL PODER DE LA ORACION

*No existe sobre la tierra un alma
Tan vil que no pueda recibir
Un lugar en la gracia de la Alianza;
Tal que esta débil plegaria
De fe consigue un cierto
Distender de sus cadenas, y prendas
De su liberación grandiosa,
Que surge de don en don, y finalmente
Alcanza el galardón eterno.*

*Todos pueden salvarse, mas recuérdese:
La torre que nos lleva al cielo
Se tensa hacia un poder más alto
Que hace llover sus dones sobre el
mundo.*

*Y esto no es súbito; ganado en peniten-
cias
Y pruebas bien sufridas, en pureza,
actos virtuosos
Y penas de amor,
Un constante morar en la Verdad
Y, sobre todo,
Fervor por Dios.*

En el mar
24 de junio de 1833

Traducción Jorge Ferro

Historical Sketches, vol. II.
La Iglesia de los Padres.

San Juan Crisóstomo

Tercera Parte *

EL EXILIO

1

Al fin nuestro gran confesor llegó al lugar de exilio que le fuera asignado. Llegó abatido y agotado en cuerpo y alma; empero, como le era habitual, no tardó en restablecerse comenzando a colorear todas las cosas de su entorno con su temperamento dulce, alegre y benevolente. A los dos días había recobrado su equilibrio. Se complacía con cuanto de algún modo era placentero, sacaba el mejor provecho de lo malo, borraba de su memoria las pruebas del pasado y cultivaba en su imaginación felices esperanzas para el porvenir. En cuanto a su suerte, la aceptaba con generosidad y valentía, abrazando con ternura la cruz, y, aunque, como veremos, las penurias de Cucusa le fuesen muy pesadas, las asumió y con el tiempo hasta se apegó al lugar donde se hallaba. De veras lo amó durante su estadía y, como el rey exiliado de la tragedia, "descubrió una voz en las piedras y algo bueno en todas las cosas".

En sus cartas a Olympias (cuyos extractos di en el capítulo precedente) le escribía que el lugar le suscitaba buenos augurios; que el clima se parecía al de Antioquía; que su alojamiento era tan bueno como para no temer el invierno, y tan seguro como para no temer a los Isauros; que lo habían recibido cordialmente; que Adelfos, el obispo, era amable; que Sopater, el prefecto de Armenia, no descuidaba nada para protegerlo; que algunos amigos de Armenia habían ido a recibirlo cuando llegó; y, por último, que no dudaba de ser al fin restablecido en su sede de Constantinopla. Si rememoraba las tribulaciones de su viaje, era para mejor destacar la alegría del descanso que ahora le había sucedido, y para no pensar en desplazarse de nuevo. En consecuencia, les pedía a sus amigos que no tratasen de obtener del gobierno ningún traslado a otra parte, salvo a los alrededores inmediatos a la ciudad imperial. De todo esto hemos

* La primera y la segunda parte de este "boceto histórico" fueron publicadas en los n° 17 y 18 de *Newmaniana* (mayo y septiembre de 1996), en traducción realizada por la Dra. María Mercedes Bergadá, cuya memoria queremos recordar, tras su fallecimiento, con admiración y agradecimiento. Eminente estudiosa de la patrología, especialista en San Gregorio de Nisa, por ello muy apreciada internacionalmente, ejerció la docencia en la Universidad de Buenos Aires donde fundó el Instituto de Estudios patrísticos y medievales y la revista *Patrística et Medievalia*, y brindó hasta su muerte sus conocimientos en contactos personales así como en sus estudios y traducciones, en los Congresos de Patrística y en el Instituto de Estudios Clásicos de la UCA.



dado cuenta a través de sus propias palabras, y en lo que sigue sabremos más.

A Olympias

"...Todos los males se han evaporado. Al llegar a Cucusa me sentí descargado de todo residuo de enfermedad y en perfecta salud; me he librado del temor a los isaurios al tener aquí un fuerte destacamento de soldados dispuestos e impacientes para combatir; aquí hay de todo en abundancia y de todos lados me llega lo necesario, todos los partidos me acogen con la mayor deferencia, a pesar de la extrema desolación del lugar. Mi señor Dioscoros se encuentra aquí, y hasta me ha enviado un doméstico a Cesarea con el fin de invitarme, suplicándome incluso que aceptase su casa y no otra; muchos han hecho lo mismo. Yo aproveché su ofrecimiento, sintiéndome obligado, y fui a alojarme con él. Me brindó de todo, al punto de tener que protestar constantemente por el gasto excesivo que le ocasioné. Llegó a dejar su casa por mí y se mudó a otra parte. Con el objeto de demostrarme todas las atenciones posibles, puso además la casa en condiciones de afrontar el invierno, y a este efecto se prodigó de todas formas. En una palabra, no dejó de hacer nada de lo que podía para atenderme. Asimismo muchos otros, agentes o intendentes, han recibido cartas de sus superiores ordenándoles que me visitasen, de modo que no han dejado de hacerlo ni de proveer a mi bienestar de todas maneras. Y ahora os he referido todo lo concerniente a mí —el pasado deprimente, y el favorable presente—, no vaya a ser que algún amigo se moleste para que manden a otro lado. A esos amigos que desean agradarme, sólo les aceptaría el favor si me permitiesen elegir a mí

el lugar, en lugar de encargarse de asignármelo. Pero si me sacan de aquí para enviarme fuera, y tuviese que padecer otro viaje y otro exilio, me sería más doloroso que la presente condición; primero, porque podría suceder que me releguen a una zona más alejada y peor, y luego, porque los viajes me resultan más penosos que mil destierros. En efecto, las molestias del último casi me llevaron a las mismas puertas de la muerte, mientras que ahora en Cucusa me estoy reponiendo en un reposo y una calma ininterrumpidos, gracias a los cuales puedo ir curándome de mis miserias, mis huesos rotos y mi carne cansada.

"...Mi señora diaconisa Sabiniana llegó aquí el mismo día que yo, quebrantada y cansada en verdad, pues a su edad avanzada viajar es agotador, pero con la energía de una joven, y, sin tener en cuenta lo padecido, dice que está dispuesta a seguir hasta Escythia ya que corre el rumor de que van a deportarme allí. Dice que está resuelta a no volverse nunca y a acompañarme adonde sea. Aquí, los eclesiásticos la acogieron con mucha deferencia y amabilidad. Con mayor razón debería estar ya aquí mi honorable Señor, el piadoso sacerdote Constancio. Me escribió, en efecto, para pedirme autorización, pues dice que no se aventuraría a viajar sin mi consentimiento, por más que él lo desee sabiendo que no puede quedarse donde está. Es blanco de tantas vejaciones que debe esconderse. Siendo así las cosas, os ruego que no os molestéis para que yo cambie de residencia, pues me encuentro tan aliviado que en sólo en dos días me he olvidado de las molestias del viaje." (Ep. 43).



San Juan Crisóstomo

Pocos días después, escribió nuevamente a la misma Olympias en respuesta a una carta de ésta que le trajo Patricios:

“¿Por qué me compadecéis? ¿Por qué os golpeáis el pecho y os abandonáis a la tiranía de la desesperación? ¿Por qué entristeceros por no haber logrado sacarme de Cucusa? Menos aún tras haberlo intentado todo en la medida de vuestras posibilidades, sin descuidar nada para conseguirlo. No, no hay ninguna razón para entristeceros de vuestro fracaso. Quizás a Dios le ha parecido bien acordarme una carrera más larga para que sea más resplandeciente mi corona. Deberíais saltar, danzar y exultar de gozo, al ver que me ha hecho digno de este designio que por cierto excede con creces mi mérito. ¿Os aflige mi actual soledad? Al contrario, ¿qué más agradable que mi estadía aquí? Tengo tranquilidad, calma, excelente salud. Es verdad que en la ciudad no hay mercado ni nada que vender, pero esto no me afecta. De

hecho todo fluye hacia mí en abundancia como viniendo de una fuente. Igualmente tengo aquí a mi Señor el obispo del lugar y a mi señor Dióscoro, cuya solicitud no tiene más propósito que hacerme agradable la vida. Este hombre excelente, Patricios, os contará con qué buen humor y alegría de espíritu, y entre qué amables atenciones, estoy pasando el tiempo.” (Ep. 14).

2

Del mismo tenor son las informaciones que les envía a sus amigos de Cesarea; idénticas sus expresiones de gratitud y afecto hacia ellos. Al presidente de Capadocia, Carterios, se dirige con estas palabras:

“Cucusa no podría ser más solitaria; sin embargo, no padezco mucho su desolación, aliviado como estoy por el reposo y el tiempo del que disfruto. He encontrado, por tanto, una especie de puerto en esta soledad mía y en ella me he instala-

do para respirar tras las desgracias del viaje, aprovechando la calma para liquidar a la vez lo que resta de mi enfermedad y de las demás molestias que me sobrevinieron. Cuento esto a Vuestra Señoría sabiendo bien la alegría que tendréis al saberme en calma. Jamás olvidaré lo que hicisteis en Cesarea cuando, en la medida de vuestras posibilidades, reprimisteis los ataques furiosos e insensatos que allí se manifestaron y os esforzasteis tanto por ponerme a salvo. Lo proclamo públicamente por todas partes, pues siento una viva gratitud, muy venerable Señor, por la gran solicitud que me habéis demostrado." (Ep. 236)

A Hymnetios, que se ocupó de él durante su enfermedad en Cesarea, le dice:

"Nunca dejaré de alabaros en todas las asambleas como a un hombre de bien, el mejor de los médicos y un verdadero amigo. Siempre que hablo de mi enfermedad, vuestro nombre, naturalmente, forma parte del relato. Mi boca desborda de todos los beneficios que obtuve gracias a vuestra habilidad y a vuestra bondad, prueba de mi mayor agradecimiento. Y agrega: "Aunque estoy bien, daría una buena suma para atraeros acá, tan sólo por el gusto de veros." (Ep. 81)

A Firminos (de Cesarea también):

"El solo hecho de haber estado una vez en vuestra compañía contribuyó a este sentimiento amistoso que os tengo. Vos lo habéis causado al testimoniarme, desde el primer momento, un afecto grande y entusiasta; así me conquistasteis del todo y me siento estrechamente ligado a vos. Por eso os escribo y digo lo que impacientemente estáis esperando. Que gozo de buena salud, que mi viaje terminó sin accidentes; que disfruto de perfecta calma y paz; que he hallado gran amabilidad en todas partes; que mi consuelo es indecible." (Ep. 80)

A Leontios: "Bien pudieron apartarme de vuestra ciudad, pero no del amor que os tengo. Aunque de otros dependa que me dejen o me echen de aquí, este amor depende de mí y nadie podrá quitarme este privilegio. Sea cual sea el lugar al que me lleven, llevaré conmigo la miel de mi amor a vos y me deleitaré pensando en vos." (Ep. 83)

A Faustinus: "Llegué a Cucusa con salud, encontrando un sitio al abrigo del tumulto, muy tranquilo y calmo, donde nadie hay que me moleste o me eche. No me asombran estas ventajas, después de haber atravesado sin inconvenientes y sin

desventuras la ruta que va desde donde vos estáis hasta aquí, no obstante ser tan desolada, peligrosa y mal reputada. Me satisface hallar aquí más seguridad que en las ciudades mejor organizadas." (Ep. 84)

Con su fina sensibilidad, Juan Crisóstomo se detiene a considerar la amabilidad de que fuera objeto durante su viaje, mientras no conserva recuerdo alguno del mal que le hicieron. En cuanto a sus enemigos, apenas se hallará una palabra negativa en las numerosas cartas que se han conservado. Ya vimos con qué gozosa confianza hablaba de los militares que lo escoltaron a Nicea; en Cucusa vuelve a hablar de ellos con satisfacción, por más que en Cesarea no habían dado pruebas de bondad ni de valentía. Era demasiado humilde para exigir mucho, demasiado resignado para contentarse con poco. Más sorprendente aún es su actitud hacia Evethios, quien se presenta como instrumento de su obispo para expulsar al santo —al parecer so pretexto de una falsa alarma— de su morada hospitalaria de Seleucia, y sacarlo en la oscuridad, a medianoche, ardiendo de fiebre, a fin de que tropezase en las montañas y se cayese de su litera. Algunos estudiosos consideran que aquel sacerdote, en realidad, no era un cualquiera en Cesarea, sino un amigo del santo que lo había acompañado desde Nicea. Es cierto que tal amigo estuvo con él en Cucusa, pero me parece que llegó en fecha posterior. También es cierto, por otra parte, que Crisóstomo conoció a dos personas de ese nombre y que una de ellas vivió en Cesarea. Por eso creo que Evethios era uno de los sacerdotes que se portaron correctamente con él hasta el momento en que el obispo prohibió tal corrección y entonces hizo causa común con éste. Crisóstomo recuerda lo primero más que su actitud final, como lo muestra la carta siguiente. Tanto en ésta como en la que cité antes, el santo ha olvidado las "alarmas y riesgos", lo mismo que el rudo comportamiento del sacerdote. Quizás, reflexionando, piensa que fue demasiado duro para con él en su carta a Olimpias, si bien allí no hacía más que relatar la cosas tal cual sucedieron.

A Evethios: "No por estar corporalmente alejado de vos, estoy menos unido a vuestra alma por la caridad, habiéndoo ganado mi amistad por la mucha atención y amabilidad que me demostrasteis en nuestra ciudad. Por eso no dejo de expresaros mi agradecimiento en todo lugar donde me encuentro. Os pido que me escribáis con fre-

cuencia dándome noticias de vuestra salud. En lo que a mí respecta, he finalizado mi viaje sin problemas ni peligros y estoy viviendo ahora en Cucusa, reconfortado por la tranquilidad y tiempo de que dispongo, y regocijándome de las atenciones y amabilidades que sus habitantes me dispensan" (Ep. 173).

Una prueba todavía mayor de su espíritu misericordioso es el tono que utiliza para hablar hasta del vil Pharetrios, en carta a un amigo que, según parece, ocupaba un alto cargo en Constantinopla y que se había prodigado defendiendo al santo de sus enemigos. También es de notar aquí la prudencia de que da muestras.

A Paenios: *"El caso de Pharetrios es muy doloroso, en verdad. Sin embargo, teniendo en cuenta que sus sacerdotes no estuvieron en connivencia con mis enemigos, como vos decís, ni tampoco mostraron ningún deseo de hacer causa común con ellos, sino, al contrario, afirman siempre que están de mi parte, no hagáis nada en su contra. Aunque la actitud de Pharetrios para conmigo sea imperdonable, ello le ha dolido a su clerecía, y lo ha demostrado poniéndose enteramente de mi parte. Os aconsejo pues silencio sobre este asunto, no vaya a ser que provoque reacción entre dichos sacerdotes y los vuelva violentos. Tratadlos lo más amistosamente posible y, ya que aprecio vuestra discreción, también decidles de mi parte que he sabido cómo se arrepintió el obispo de lo ocurrido y que está dispuesto a reparar a cualquier precio todos los actos escandalosos que puedan haberse cometido.*

"Me encuentro bien, y del todo repuesto de mi enfermedad; cuando pienso en las preocupaciones que ella os ha causado, el solo hecho de haber hallado en vos un amigo tan afectuoso es un remedio para mí. Que Dios os recompense, tanto en este mundo como en el otro, por el ardor, el amor, el celo y el cuidado que me demostrasteis. Que Él os defienda, guarde y proteja, a más de acordaros Sus secretas bendiciones. Que me conceda a mí contemplar pronto vuestro querido rostro, gozar de la delicadeza de vuestro espíritu y celebrar así con vos la mejor de las fiestas. Pues bien sabéis que realmente será para mí una fiesta, un día especial, poder gozar una vez más de vuestra agradable y provechosa conversación." (Ep. 204)

3

De manera que el santo olvidaba siempre las enemistades en pro de las amistades. Su pecu-

liar carisma fue conquistar siempre nuevos amigos, aunque no por ello perdía los antiguos. Sus primeros fieles de Antioquía competían en servicialidad con sus partidarios de Constantinopla y con los recién conocidos en Cesarea. Vinieron a verlo y se volvieron cantando a coro sus alabanzas. El entusiasmo que inspiraba franqueó las fronteras de Siria y de Cilicia. Para su subsistencia le ofrecieron fuertes sumas, provenientes tanto de Antioquía como de gentes ricas de los alrededores de Cucusa. Una o dos cartas de esa época dan prueba de ello.

A Diógenos: *"Cucusa es sin duda un lugar desolado y, peor, poco seguro, por el continuo peligro de los bandidos. No obstante, vos lo habéis convertido en un paraíso para mí, aunque estéis lejos, pues cada vez que me entero de vuestras muchas muestras de celo y caridad, tan verdaderas y cálidas (bien me doy cuenta, a pesar de la lejanía), tengo la impresión de poseer, con tal afecto, un gran tesoro y una riqueza inaudita, y siento que estoy viviendo en la más segura de las ciudades por la alegría que me colma y los grandes consuelos de que gozo."* (Ep. 144).

Diógenos, uno de los amigos que le enviaban subsidios, le responde a su vez:

"Bien sabéis que siempre he sido uno de vuestros fervientes admiradores; os ruego entonces que no os ofendáis de que os devuelva vuestros regalos. Me he jactado y he brindado por la honra que ellos me han significado, y si os los estoy devolviendo, no es porque os desdeñe o dude de vos, sino porque no los necesito. Lo mismo he hecho con otros muchos que, con generosidad semejante a la vuestra, por su serviente amistad, me hicieron regalos parecidos, atreviéndome a darles los mismos argumentos que ahora os ruego aceptéis de mi parte. Si fuera necesario, os los reclamaré de nuevo y con mayor libertad aún, como si se tratara de mi propiedad. Tened entonces a bien retomarlos y guardadlos cuidadosamente, para que, si los pido luego, pueda contar con ellos." (Ep. 50)

Como pareja a la anterior, añadido la epístola a Carteria: *"¿Cómo decís que vuestros continuos achaques os han impedido venir? Pero sí, habéis venido, estáis aquí presente. Por el solo hecho de vuestra intención, tengo todo eso y no necesitáis excusaros. Vuestra caridad cálida y verdadera, tan vigorosa y constante, basta para hacerme feliz. Lo que siempre he declarado en las cartas, lo declaro de nuevo ahora: que esté donde esté, incluso si me llevan a un sitio más desolado que éste, jamás os*

olvidaré ni a vos ni a lo que os concierne. El tiempo no podrá borrar ni disminuir esas prendas de vuestra ferviente y sincera amistad que me tenéis reservadas. Al contrario, lejos o cerca, apreciaré siempre esa caridad, seguro de la lealtad y sinceridad de vuestro afecto que siempre me ha reconfortado." (Ep. 227)

Nadie como San Juan Crisóstomo vivía tan íntimamente con sus amigos. El severo desapego monacal no lo volvió indiferente ni a la presencia, ni a las cartas, ni a las acciones, ni a la salud corporal y espiritual de quienes eran hijos de la misma gracia y de la misma promesa que él. Se nota que consideraba que cuanto más religioso es uno, más sensible es a la separación de los amigos en religión. Por los términos que emplea para tratar de esta prueba en una de sus cartas a Olympias, demuestra qué agudo era el sufrimiento que le causaba. El pasaje es demasiado largo, pero trataré de resumirlo:

"No es poco el esfuerzo —dice—, sino exige un alma enérgica y un gran esfuerzo soportar la separación de alguien al que amamos en la caridad de Cristo. Lo comprenderá quien no ignore lo que es amar sinceramente, quien conozca la fuerza del amor sobrenatural. Ved al bienaventurado Pablo, que se había despojado de su carne y andaba casi desencarnado por el mundo; que había desarraigado de su corazón toda mala inclinación, imitando en ello la serenidad exenta de pasión de las substancias inmateriales; que vivía en las alturas con los Querubines, participando de sus conciertos místicos; que había soportado cárceles, cadenas, deportación, latigazos, lapidaciones, naufragios y toda clase de sufrimientos. Y sin embargo, el hecho de verse separado de alguien a quien ama en la caridad de Cristo, lo trastorna tanto y lo pone tan fuera de sí, que en seguida se va de la ciudad en la que no encuentra al amigo que esperaba. 'Cuando fui a Tróade por el evangelio de Cristo y por caridad al Señor, no hallé reposo mi espíritu pues no encontré a mi hermano Tito, y, despidiéndome de sus habitantes, me fui a Macedonia' (II Cor., 2,13)." (Ep. 2)

"¿Es Pablo el que dice esto? —continúa Crisóstomo—, ¿Pablo quien, aún atado a la picota, encerrado en un calabozo, desgarrado por el látigo hasta desangrarse, no dejó con todo de convertir, bautizar, y ofrecer el sacrificio, dispuesto para cualquiera que buscara la salvación? Y ahora que llegaba a Tróade, y veía el campo limpio de malas

yerbas y listo para la siembra, el terreno abundante al alcance de la mano, de repente dejaba de lado tales ventajas aunque había ido expresamente para aprovecharlas. 'Sí, así es' —me contesta—, 'sí, una tristeza tiránica me dominaba, porque Tito estaba lejos, y tanto me pesaba que me compelia a esa determinación'. Es que los que tienen la gracia de la caridad no se conforman con estar unidos solamente en espíritu, sino buscan la presencia personal del que aman. "Prestad atención una vez más a este doctor de la caridad y comprobaréis que es así. 'Hermanos míos —dice—, nosotros que por espacio de una hora estuvimos privados de vosotros, por la vista, no por el corazón, nos hemos precipitado con gran anhelo por ver vuestro rostro. Pues ya os habríamos visitado más de una vez, si no fuese que Satanás no los impidió. Por eso, no pudiendo aguantar más, creí conveniente quedarme solo en Atenas y os hemos enviado a Timoteo' (I Tes. 2, 17 a 3,2). ¿Qué fuerza en cada una de esas expresiones! Esa llama de caridad que alienta en su alma se manifiesta con singular luminosidad. No llega a decir 'separado de vosotros', o 'arrancado', o 'aislado', o 'abandonado', sino tan sólo 'privado'; y más, no dice 'por cierto período', sino simplemente 'por espacio de una hora'; y separado 'no de corazón, sino de presencia solamente'; y además 'me precipité para ver vuestro rostro'. ¿Cómo? ¿La caridad, al parecer, os subyugaba tanto que deseabais la vista directa de vuestros hermanos? ¿a tal punto que anhelabais contemplar su semblante terrestre y carnal? 'Así es en verdad —contesta—, no me avergüenza decirlo, pues en esta visión se juntan al unísono todos los canales de los sentidos. Yo deseo ver vuestra presencia, porque allí está la lengua que emite sonidos y anuncia secretos sentimientos; allí está el oído que recibe palabras, allí están los ojos que reflejan los movimientos del alma.' Pero esto no es todo: no contento con escribirles cartas, les envía realmente a Timoteo, que estaba con él y que era mucho más que una carta. Y diciendo 'decidí quedarme solo', estaba diciendo que cuando uno se separa de un hermano, se queda solo, por más que tenga tantos otros más con él".

El tono del pasaje anterior deja en claro que cuando el santo les reclama cartas con tanto anhelo a sus amigos, es por él mismo que las pide, para

suplir de este modo la dura privación —poena damni— que su ausencia le causa. Este sentimiento de aislamiento se pone de manifiesto en la carta siguiente:

A Briso:

"Hace casi setenta días concluyó mi viaje, que pasé obsesionado desde todos lados por el miedo a los Isaurios y luchando con una fiebre intolerable; al fin llegué a Cucusa, el sitio más desolado del mundo. Al decir esto no quiero que nadie se moleste por mí tratando de sacarme de acá, ya que mi peor sufrimiento fue ese duro trayecto; pero os pido el favor de escribirme con frecuencia, para que la distancia al menos no me prive de este consuelo. Porque ya sabéis cuánto me conforta, aún en estas malas condiciones y aflicciones, tener noticias de vosotros a quienes tanto amo, y saber que tenéis buen ánimo, salud y tranquilidad. Sabiendo que desearías lo mismo para mí, hacedme llegar con frecuencia una palabra con esas noticias, que serán para mí el mayor sostén. Bien sabéis cuánto gozo me proporciona vuestra prosperidad." (Ep. 234)

Obviamente su deseo de noticias obedecía también a otra razón, en ese época en que muchos de sus amigos, por ser sus amigos, se encontraban bajo el peso de una dura persecución. Enumerar los padecimientos de sus amigos significaría escribir la historia de esos años de su propio destierro. Mientras él atravesaba la Bitibia, dos obispos que estuvieron de su parte, primero fueron encarcelados, y después proscriptos, so pretexto de haber tenido que ver con el incendio que quemó la catedral y el senado. Bajo la misma acusación, un tierno jovencito que era uno de sus lectores, fue puesto en el potro, desgarrado con ganchos, azotado, y luego quemado con antorchas hasta morir. Tigrius, el que mencionamos en el capítulo anterior, tras ser azotado y empotrado, fue proscripto. Poco después, la persecución alcanzó a cuantos no aceptaron estar en comunión con los obispos intrusos que sucesivamente se instalaron en la sede de Constantinopla. Un decreto imperial precisó que todo obispo que no estuviese en comunión con el usurpador perdería sus bienes y sería desterrado. "Los ricos que se aferraban a sus bienes —dice Fleury— entraron en comunión con Atticus por política; y los pobres y flojos en la fe se dejaron seducir por soborno. Pero hubo otros, más nobles, que despreciaron sus bienes, su país y sus ventajas, y se alejaron para evitar la persecución. Algunos se fueron a Roma, y otros se retiraron a las monta-

ñas o a los monasterios. El edicto contra los laicos ordenaba que quienes ocupaban cargos fueran desposeídos de los mismos, que los oficiales y militares fueran degradados; al resto de la población y de los comerciantes se los condenaba a pagar fuertes multas y a la proscripción. Pero a pesar de estas amenazas, los que se mantuvieron fieles a San Juan Crisóstomo, antes que entrar en comunión con Átticos, prefirieron orar habitualmente en público, expuestos a muchas molestias."

Fue así como Ciriacos, obispo de Emesa, fue deportado a Persia, Palladios a Syene, Demetrios a Oasis; los soldados los llevaban tratándolos de manera indigna y cruel. Serapion, obispo de Heraclea, que se hizo especialmente odioso al partido cismático, fue azotado, torturado y desterrado. Hilarios, un anciano asceta, azotado y deportado al extremo límite del Ponto. Los sacerdotes eran enviados a lugares lejanos como Arabia, Mesopotamia, Tebaida, África. El monje Esteban fue azotado, encarcelado y luego deportado a Pelusium. Las santas mujeres que estuvieron de parte del santo, en Constantinopla o donde sea, compartieron desde el comienzo los sufrimientos de su causa. Olympias, en particular, a pesar de su alto rango y de sus relaciones, fue convocada ante el prefecto de la ciudad imperial que le impuso una fuerte multa; se retiró a Cysicus. La diaconisa Pentadia, viuda de un cónsul, fue multada y encarcelada. Nicareta tuvo que abandonar la ciudad.

No es de extrañar que tales ultrajes lo colmasen a Crisóstomo, no sólo de horror, sino también de inquietud acerca de lo que pudiese suceder ulteriormente, y que estuviese ansioso de conocer sin demora, por correspondencia, el curso de los acontecimientos. Poseemos varias cartas suyas a obispos y demás perseguidos; otras en las que interviene en su favor ante personas influyentes; y cuando se entera que fueron liberados de la cárcel, hace pública la noticia. Muy características del escritor son las exhortaciones que les dirige. Los llama "campeones que están luchando noblemente por la paz del mundo" (Ep. 148). Y él conoce bien lo que es ser un campeón. Sabe bien que su cárcel no es meramente un edificio, una habitación o un patio con un fuerte portón, o una prisión honorable custodiada por un oficial. "Vosotros, prisioneros —escribe— estáis rodeados de cadenas y encerrados con gente sucia e infecta. ¿Podría haber entonces gentes más favorecidas que vosotros? ¿Qué habitaciones relucientes y espaciosas podrían superar el valor de esta prisión lóbrega, sucia, fétida-

da en que os atormentan por causa de Dios?" (Ep. 118). Y les ruega que no se desanimen, sino que "día a día prosigan trabajando por las iglesias del mundo a fin de que la situación pueda arreglarse de la manera más conveniente, y que no abandonen su causa so pretexto de ser tan pocos y tan vaporeados por todos lados." (Ep. 174)

5

El mismo daba ejemplo de lo que predicaba; nunca se le ocurrió eximirse de velar por su Iglesia como de costumbre, en la medida de lo posible, por más que lo hubiesen relegado –según dice– a los confines del mundo romano. Llega incluso a preocuparse por las negligencias privadas de los eclesiásticos de Constantinopla. Varias cartas suyas están dedicadas al caso de dos de sus sacerdotes que, durante su ausencia, ya sea por temor a la corte u otra razón, apenas habían predicado o asistido a las ceremonias del culto. A uno de ellos le escribe: *"Suma pena me ha dado que vos y el sacerdote Theófilos hayáis aflojado en vuestras obligaciones. Me han informado que uno de vosotros ha predicado solamente cinco homilias desde octubre, y que el otro ninguna. Estas noticias me han dolido más que la desolada situación en que me hallo. Por favor, decidme si estoy equivocado, y si no, reformaos. ¿Qué excusa tendríais si, mientras otros son perseguidos, exiliados, y hostigados de todas formas, vosotros no acudís con vuestra presencia y prédica en ayuda de vuestro pueblo afligido?"* (Ep. 203).

Igualmente duras son las amonestaciones que le hace a Theóphilos: *"Ahora –dice– es la ocasión de adquirir gloria y ganancia. El comerciante no hace negocio quedándose sentado sobre el barco, sino aventurándose en alta mar"* (Ep. 119). Y a un amigo le escribe quejándose de no haber sido informado sobre el estado de cosas: *"Me dicen que, uno por indolencia, otro por cobardía, no han concurrido a la santa asamblea. Yo ya le escribí severamente a Teófilo; a vos os lo encargo a Sallusto por que sé, y me alegra saber, cuánto afecto le tenéis. Y me duele que a mí no me hayáis informado siquiera, y que a él no reencauzarais como debierais. Ahora os ruego, por mí y por vos, que tengáis la bondad de darle una buena reprimenda, y no permitirle que se duerma y se esté ocioso. Pues si él no da muestras de valentía en nuestra actual tormenta, ¿de qué nos servirá cuando vuelvan la paz y la calma?"* (Ep. 210)

A la vez que mantenía el ojo atento sobre el clero de su diócesis, estaba desplegando por la conversión de los paganos el mismo celo que le hemos visto por los de Nicea. En ese momento se había prodigado para extender la religión en Fenicia; y aunque Cucusa estaba –según dice– en el confín del Imperio, por eso mismo resultaba el punto más central para las empresas misionales en la amplia línea de zonas de fronteras. En lo referente a Fenicia, obtuvo fondos para los misioneros, envió reliquias para sus nuevas iglesias, los alentó a perseverar bajo la persecución, y los proveyó de nuevos obreros. Una de sus cartas a un amigo es para recomendarle un santo sacerdote que había logrado convertir a los paganos del Monte Amanos –la Montaña Negra que se extendía entre Cucusa y Antioquía– y que había implantado entre ellos iglesias y monasterios. También se interesaba por la conversión de los Godos, quienes en ese entonces ocupaban la costa izquierda del río Don y que todavía conservaban sus costumbres nómadas. Se esforzó por conseguirles un obispo para suceder al que poco antes falleciera, sobre lo cual les escribe a unos godos que estaban en un monasterio de Constantinopla. A ello alude también en una carta a Olympias donde detalla los padecimientos de su viaje. Por más punzantes que éstos fueran, no llegaban a apartar su espíritu un solo instante de sus deberes apostólicos como Patriarca. En la misma carta habla también de la perspectiva de convertir a los Persas, que por entonces se le estaba ofreciendo, y menciona a San Maruthas, quien al mismo tiempo estaba haciendo mucho por la extensión de la fe entre ellos. Maruthas, mal informado, se había aliado con los enemigos de Crisóstomo, y éste estaba tan deseoso de ganárselo como de favorecer su obra. Le había escrito dos cartas a Maruthas, sin obtener respuesta y, como este afanoso misionero se hallaba en ese momento en Constantinopla, le escribió a Olympias para que lo contactase. Le dice: *"No dejéis de demostrar toda la atención que podáis al obispo Maruthas a fin de sacarlo de ese pozo. Lo necesito mucho para los asuntos de Persia. Tratad en lo posible de saber de su boca qué logros ha obtenido allí"* (Ep. 14). Y en medio de esos proyectos expansivos, el santo no se olvida del bienestar de los pobres de su entorno inmediato. Habiendo rechazado sumas de dinero que le ofrecían sus amigos, se le ocurrió derivar dicha liberalidad canalizándola para subvenir a las necesidades de los pobres que tenía alrededor, especialmente durante una hambruna que so-

brevino mientras se hallaba en Cucusa. Además pagó para rescatar de la esclavitud a muchos que habían sido llevados como prisioneros por los ladrones isaurios, y los devolvió a sus hogares.

6

Entre esas variadas obras de fe y de misericordia, San Juan Crisóstomo no había descuidado las obligaciones que le imponía la causa por la cual estaba padeciendo destierro. Su deber era recobrar la Cristiandad en su favor, y en este sentido había actuado con presteza y vigor. Tenemos las cartas que escribió a los obispos de Tesalónica, Corinto, Synnada, Laodicea, Mopsuesta, Jerusalén, Cartago, Milán, Brescia y Aquilea. Por encima de todo se remitió a la Santa Sede, y el llamado que él inició fue proseguido con celo por sus amigos, muchos de los cuales habían huido a Roma. Y aunque el papa Inocencio no se definió en seguida sobre los puntos principales de divergencia entre el santo y sus enemigos, no tuvo inconveniente en reconocerlo como obispo de Constantinopla y estando así en comunión con él, rechazaba en consecuencia las pretensiones del partido cismático que se había apropiado de su sede. Inocencio no podía hacer más por el momento, pero era fácil prever cuál sería su decisión final. Todo entonces parecía concurrir en favor del santo. Su reputación, su celebridad, su influencia, se habían incrementado a raíz de las medidas que sus enemigos habían tomado para arruinarlo. Él estaba haciendo en Cucusa cosas mayores que las realizadas en Constantinopla. Habiendo sido privado del ejercicio de su principal don, su voz elocuente, estaba conmoviendo con mayor fuerza los corazones de los hombres por el hecho de su desaparición del escenario del mundo. Tenía la oportunidad de demostrar qué poco dependía del soplo del favor popular, y cuánto en cambio de él y de Dios, por ese vigor y energía que en su vida pública lo habían caracterizado.

Su temperamento animoso le hacía creer, junto con sus amigos, que el triunfo de su causa estaba cercano. Así como no guardaba resentimiento con respecto a sus perseguidores, tampoco dudaba de su próxima victoria sobre ellos; y si esta esperanza impide que se lo elogie por buen profeta, no obstante pone en evidencia su gracia más excelsa, la de la paciencia y la confianza. Tan tranquilo ante el futuro estaba en Cucusa como lo había estado en Nicea. Así le escribe a Olympias:

"No desespero de ver tiempos más felices cuando considero que Él tiene el timón del universo, Aquel que domina la tormenta, no con humana astucia, sino con Su fiat. Si no lo hace enseguida, es porque Su regla es dar tiempo; y cuando los males han crecido y llegado al tope, y la mayoría desespera de que haya un cambio, entonces obrar Él su obra maravillosa y sorprendente, manifestando ese poder que le es propio, habiendo ejercitado mientras tanto la paciencia del afligido. Por tanto, no os desaniméis nunca, pues sólo una cosa es de temer, el pecado" (Ep.1). Y agrega: "Manteneos en la total convicción de que me veréis de nuevo, de que os sentiréis aliviada de vuestra actual aflicción, y que obtendréis, ahora y hasta entonces, la gran ganancia que de todo ello resulta" (Ep.2).

Más impresionante aún es el interesante y conmovedor pasaje, de años más tarde, cuando el exiliado ya no estaba en Cucusa: "No hablo con el propósito de consolaros, pero sé con absoluta certeza que el consuelo vendrá. Porque si así no fuese, creo que, con tantas pruebas como he tenido que soportar, ya hace mucho que no estaría yo aquí. Pues, dejando de lado todo lo que sufrí en Constantinopla, fácil os será comprender cuántas cosas me han sucedido desde que dejé esa ciudad, durante mi largo y penoso viaje hasta aquí, muchas de las cuales hubiesen bastado para causarme la muerte; y cuántas después que llegué aquí, cuántas después que me desalojaron de Cucusa, cuántas durante mi estadía en Arabissos. No obstante, las he superado todas, y estoy ahora sano y salvo, para asombro de todos los armenios, al ver que una armazón tan débil como la de la araña haya podido soportar este frío tan insoportable, haya podido respirar en él cuando les afecta incluso a los que están acostumbrados a crudos inviernos. Sin embargo no me ha dañado hasta hoy, y he escapado de las manos de los bandidos en sus numerosas incursiones; y he sido preservado a través de tantas carencias de lo indispensable para vivir, ni siquiera pudiendo darme un baño, aunque constantemente lo necesitaba en Constantinopla; y aquí estoy, en un estado corporal como si jamás hubiese ansiado tal alivio, y tan saludable como nunca. Ni lo insalubre del aire, ni lo desolado del lugar, ni la ausencia de provisiones, ni la escasez de remedios, ni la falta de competencia de los médicos, ni la dificultad de bañarme, ni mi absoluto confinamiento, o mejor dicho, encarcelamiento en una sola habitación, ni la falta de ejercicio, que siempre

me fue necesario, ni la atmósfera de humo, ni las alarmas de ladrones, ni el estado de sitio, ni ninguna otra dificultad, han logrado destruirme. Estoy más sano que cuando estaba con vos, a pesar de que entonces me cuidaba tanto. Pensad en todo esto, y sacaos de encima el abatimiento que mis pruebas os han causado; descargaos de todas vuestras innecesarias y dolorosas inquietudes" (Ep.3).

Y a continuación le recomienda leer un tratado que le adjunta, cuyo título es esta noble máxima: "Sed sincera con vos misma, y nadie podrá dañaros".

Aquí hago una pausa en mi boceto sobre los últimos años de este santo tan poli-dotado, la más natural y humana de las creaciones de la gracia sobrenatural.

Cuarta Parte

LA MUERTE

¿De dónde me viene esta devoción a San Juan Crisóstomo que me empuja a adentrarme en su recuerdo y que me inflama ante su nombre, en tanto que tantos otros grandes santos, cuyas festividades vuelven a lo largo del año, si bien reclaman por cierto mi veneración, no ejercen ese atractivo personal en mi corazón? Muchos santos han muerto en el exilio, muchos han sido predicadores afamados; y ¿qué más podríamos agregar en memoria de San Juan Crisóstomo a esto, que fue elocuente y que sufrió persecución? No se trata de un Atanasio, expositor del sagrado dogma con una luminosidad poco menos que inspirada, ni del mismo Atanasio en lo que se refiere a sus románticas aventuras a lo largo de su vida, a su sublime

soledad, a su ascendiente sobre toda clase de gentes, a la serie de triunfos que obtuvo sobre la fuerza material y la tiranía civil. Tampoco nos recuerda, a no ser por contraste, a ese Ambrosio que mantuvo obstinadamente su puesto en una ciudad imperial y que se defendió frente a la herejía de una corte contando con la muralla viviente de su pueblo devoto. Tampoco es un Agustín, que consagraba largos años a la elaboración de una obra maestra de pensamiento, y que en sucesivas controversias iba poniendo los fundamentos de la teología. No se asemeja a Gregorio ni a Basilio quienes, ricos de literatura y filosofía griega, embellecieron a la Iglesia con los despojos del paganismo. Ni es un Jerónimo, tan muerto al mundo



Tumba de San Juan Crisóstomo

que podía permitirse imitar las puntas y agudezas de aquellos escritos sin peligro para él ni escándalo para sus hermanos. El Crisóstomo no aplastó la herejía, ni combatió con emperadores, ni embelleció la casa o la liturgia de Dios, ni trató de juntar las partes desunidas de la Cristiandad, ni fundó una orden religiosa, ni elaboró un sistema de doctrina, ni expuso la ciencia de los santos. Sin embargo yo lo amo, como amo a David o a San Pablo.

¿Cómo explicarlo? No me ha sucedido a mí como a otros, que haya dedicado tiempo y trabajo a estudiar sus escritos y su historia, y reclame lo que ello me ha costado, ni es que ame lo que se me ha vuelto familiar. Puede darse a veces que nuestra admiración por un autor sea solamente admiración de nuestros propios comentarios sobre el mismo, o también, que nuestro amor por un viejo conocido sea solamente apego a nuestro pasado. En mi caso, no he escrito la vida de Crisóstomo, ni he traducido sus obras, ni he estudiado la Escritura en sus exposiciones, ni he forjado armas de controversia a partir de sus dichos o hechos. Su oratoria es tal que no podría entusiasmar a quien haya tenido poco contacto con la oratoria de Grecia y Roma. No se trata de la fuerza de las palabras, ni de la lógica del argumentación, ni de la armonía de la composición, ni de la hondura o riqueza del pensamiento, lo que constituye su poder. ¿De dónde, pues, esa influencia, tan misteriosa y sin embargo tan fuerte?

Yo creo que el encanto de San Crisóstomo reside en su íntima simpatía y comprensión para con el mundo entero, no sólo en su fuerza, sino en su debilidad; en su mirada tan viva que le hace ver cada cosa que se le presenta, concretamente, ya sea en lo que tiene de propio por naturaleza o en lo que le viene dado como regalo por encima de la misma. Ciertamente, ningún hombre religioso —y sobre todo, ningún santo— trataría de separar el amor a la obra del amor a su Hacedor, ni podría sentir por las cosas terrenas una ternura que no procediese de su amor por el Cielo; y amaría cada cosa justo hasta el grado con que la ama el Creador, y de acuerdo a la medida con que el Creador la ha dotado, y, sobre todo, por amor a Él. Esto es característico de todos los santos. Pero no estoy hablando aquí de lo que San Crisóstomo tiene en común con los demás, sino de lo que le es especial; y esta especialidad suya, según creo, es el interés que se toma en todas las cosas, y no en cuanto a

lo que Dios les otorgó de semejante, sino en cuanto a lo que les dio de diferente. Me refiero a ese afecto suyo que discrimina, gracias al cual acepta a cada uno por lo que hay de personal en él y es distinto de los otros. Me refiero a que reconoce a los hombres con sus matices, uno por uno, valorando la parte de bondad, mayor o menor, de orden más alto o más bajo, que ha sido colocada en ellos; a esa apasionada contemplación de las muchas cosas que hacen, efectúan o producen, también de todas sus grandes obras en cuanto naciones o estados; incluso cuando están corrompidas o desfiguradas por el mal, en la medida en que ese mal pudiese ser separado imaginariamente de su propia naturaleza, o pudiera ser visto como un mero desorden material aparte de su carácter formal de culpa. Me refiero al bondadoso espíritu y genial temperamento gracias a los cuales él mira en torno a todas las cosas que este maravilloso mundo contiene; a la gráfica fidelidad con que las anota en las tablillas de su mente; y a la rapidez y propiedad con que las convoca como argumentos o ilustraciones durante sus enseñanzas según la ocasión lo requiere. Por más poseído que esté por el fuego de la divina caridad, no pierde ni una fibra, no deja escapar ni una vibración, del complicado conjunto del sentimiento y de la afectividad humanas; así como la milagrosa zarza en el desierto que, envuelta toda por las llamas, no por ello se consumía.

Con toda reverencia podemos suponer que así fue —en trascendente perfección— la mirada con la que el amoroso Padre de todo observó en la eternidad, hasta en los más mínimos detalles, este universo que había decretado crear; así también el complaciente amor con que pronunció la palabra cuando llegó el momento, y comenzó a modelar y siguió modelando lo finito con Sus manos infinitas; así también la atenta solicitud con la que ahora cataloga los innumerables pájaros del cielo, y cuenta día a día hasta los cabellos de nuestra cabeza y los ritmos de nuestra respiración. Así, con más razón, es la respetuosa contemplación con la cual acompaña incesantemente cada una de nuestras almas sobre las que acumula Sus misericordias aquí, para convertirlas en sus íntimas asociadas después en Su propia eternidad. Y también nosotros, en nuestra medida, estamos llamados a imitarlo en nuestra exacta y vívida aprehensión de Él mismo y de Sus obras. En lo que a Él respecta, lo amamos, no simplemente en Su esencia, sino en

Sus tres personas, so pena de volvernos panteístas. Y así también, nosotros escogemos a nuestros santos patronos, no por lo que tienen en común entre sí (no habría lugar a elección en este caso), sino por lo que les es rigurosamente peculiar. Y esto, que a mis ojos garantiza las devociones particulares, es a la vez mi razón para ser devoto de San Crisóstomo. En él reconozco un modelo especial de ese gran don de discriminación. Verdaderamente puede decirse en cierto sentido que él tuvo una manera propia de dedicarse a cada uno que se le acercara –tanto a las personas, como a las clases y rangos, sociedades, consideradas como obras de Dios y merecedores de su atención y benevolencia–, y por lo tanto yo le tengo devoción a él.

Es esta atenta benevolencia la que confiere a su exposición de la Escritura su principal característica. En la literatura eclesiástica se lo conoce como el que expone, sobre todo, su sentido literal. En cambio, en los comentarios místicos, lo que el escritor tiene en vistas, como objeto directo, es el propio Autor Divino de la Palabra escrita; ve en la Escritura, no tanto las obras de Dios, como Su esencia y atributos, ve más al Maestro que una enseñanza definida, o que sus instrumentos humanos con sus vueltas y sus motivos, sus pensamientos, circunstancias y peculiaridades personales. Se le pierde la creatura ante la gloria que envuelve al Creador. El problema de tal comentarista no es saber lo que el escritor inspirado quiere decir directamente y por qué, sino determinar, entre las miríadas de significados presentes al Ser Infinito que lo inspiró, cuál es el que mejor ilustra los santos atributos y solemnes disposiciones del Todopoderoso. Por ejemplo, en el Salterio, dejará de lado a David, Israel y el Templo, no viendo en ellos sino las sombras de esas grandes verdades eternas. Según esto, el comentario místico tendrá un carácter objetivo, mientras que un escritor que gusta de sopesar la naturaleza humana y sus asuntos, analizar el trabajo de la mente, y contemplar lo que tiene de personal, se verá llevado espontáneamente a investigar el sentido dado por el propio escritor sagrado, órgano de la revelación, es decir, el sentido literal. En el caso de San Crisóstomo, ocurre que esa exposición literal es la característica histórica de la escuela antioquena en la que se formó; de modo que le es natural ese método. Empero, aunque hubo muchos expositores literales, no hay más que un Crisóstomo. No es el método el que da encanto a Crisóstomo, sino Crisóstomo quien da encanto al método.

Tal encanto reside, como he dicho, en su don habitual de introducirse en las mentes de los demás, de imaginar con exactitud y simpatía las circunstancias y escenas que no tiene ante los ojos, y de exteriorizar lo que ha comprendido, por medio de palabras tan directas y vívidas como dicha comprensión. Su página es como la cámara lucida, como la linterna mágica que nos muestra la viviente acción e interacción de todo lo que pasa a nuestro alrededor. Esa amorosa minuciosidad con la que sigue a los apóstoles tal como se nos revelan en sus escritos, la practica en variados modos para con todos los hombres, vivos o muertos, grandes o pequeños, admirables o lamentables. Escribe como quien siempre ha mirado el mundo de los hombres y su historia con ojos agudos pero amistosos. De allí que siempre tenga algo para revelarnos sobre ellos, viejo o nuevo, en apoyo de su argumento, sea proveniente de los libros o de la experiencia de la vida. Su cabeza y su corazón estaban llenos hasta desbordar de una corriente, mezcla de “vino y leche”, de pensamiento rico y vigoroso y de ternura afectuosa. Por ello su manera de escribir es tan rara y especial; por ello es también inconfundible.

2

Mas debo proseguir la historia de su destierro, que había dejado para explayarme acerca del carácter de su mente y su enseñanza. Los males que por primera vez denunció en Antioquía desembocaron en una crisis en Constantinopla, de la cual fue él la víctima principal. La causa que defendía era la de la estricta ortodoxia de la Iglesia, y el fuego de envidia y malicia contra las cuales había hablado lo alcanzó a él y a sus partidarios. Durante un tiempo, en esa ciudad que se jactaba de no haber sido nunca pagana, el edificio del Cristianismo fue poco menos que un montón de ruinas. La proscripción de su obispo fue la señal de un cisma que costó años reparar; peor aún, fue el triunfo del partido secular, y esta situación no ha cambiado hasta nuestros días. El estado actual de la Iglesia griega muestra la consecuencia del conflicto en que se comprometió San Crisóstomo. Por ello, resulta una coincidencia muy significativa el que, el mismo día en que él fue arrastrado a Asia, el fuego ardió literalmente en la catedral donde hasta entonces había predicado, y en su mismo púlpito. “Entonces –dice Fleury– apareció un gran fuego en la iglesia, desde el púlpito en el que acostumbraba predicar. El fuego subió hasta

el techo, y luego se expandió hacia afuera, de modo que el edificio se incendió hasta el piso. Las llamas, empujadas por un viento impetuoso, cruzaron la plaza como un puente, y alcanzaron el palacio donde el senado estaba reunido y lo quemaron en tres horas. Los católicos vieron esto como un milagro; algunos acusaron al partido cismático. A su vez éstos, y tras ellos los paganos, lo imputaron a los católicos. Sea cual sea el origen del fuego, éste simbolizaba la devastación espiritual de la iglesia de Constantinopla.

El partido de la Corte habrá dado quizás otra explicación a la catástrofe, viendo en ella una imagen del destino del mismo San Crisóstomo. Así llamaba y se consumía —dirían— la gloria de ese elocuente predicador que había sido precipitadamente enviado a la ciudad imperial. Lástima grande que hubiese dejado Antioquía pues ¿qué había hecho desde entonces sino crear confusión en la Iglesia? Nadie negaba sus dotes oratorias, pero no poseía ni discreción ni paciencia, y después de dos o tres años, he aquí cómo todo ello había terminado. Como un brillante meteoro, había fulgurado y desaparecido. Por cierto que él pensaba volver del destierro, pero esto no habría de suceder jamás. Sus enemigos eran demasiado poderosos y estaban demasiado decididos a no permitirle. Estaban totalmente resueltos a borrar su nombre y su memoria; sería como si hubiese escrito en la arena; la posteridad no lo conocería, sino como a alguien que había causado grandes escándalos y por ello había merecido castigo.

Estas previsiones, por más plausibles que fueran, fueron desmentidas por la realidad: la causa de la verdad y de la santidad no puede ser derrotada del todo, aunque incluso por mucho tiempo se la juzgue injustamente. El santo, como hemos visto, fue demasiado optimista en sus expectativas. Es cierto que al final fue traído triunfalmente de vuelta a su sede, pero en su ataúd. Aquel primer presentimiento momentáneo que tuvo cuando se despedía de sus discípulos, resultó el verdadero. Su carrera terrestre iba a llegar a su fin. Aquí, pues, volvemos al punto del que partimos, desde el cual retomo la narración.

3

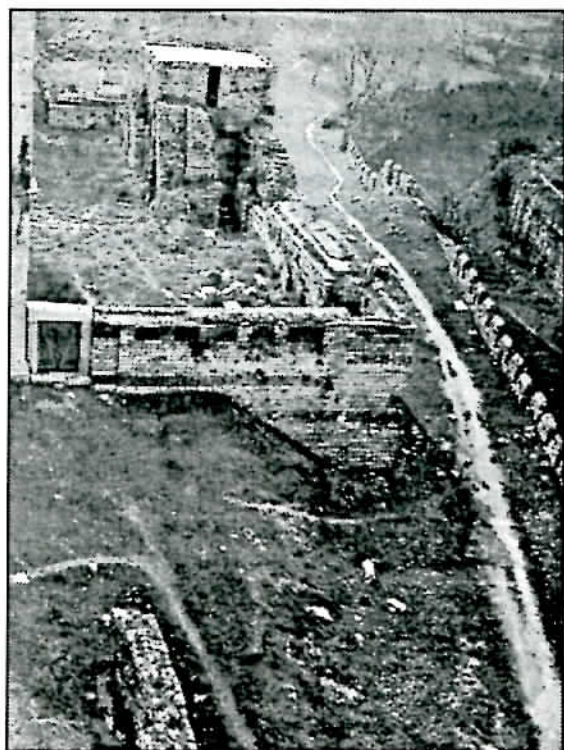
El lector recordará que San Juan Crisóstomo llegó a Cucusa en otoño. Sus enemigos, al parecer, esperaban que el invierno completaría la obra que ellos habían empezado; él, en cambio,

miraba hacia adelante con ánimo. Pero ambos se decepcionaron: el invierno no lo mató, pero le infligió grandes penurias; por su parte, de ello infirieron sus enemigos que posiblemente no podría soportar más pruebas de esta índole.

A principios de la primavera del año siguiente —405— le escribe a Olympias:

*“Os escribo tras haber regresado de las mis-
mas puertas del infierno; por eso me alegro mucho
de que vuestros sirvientes no hayan llegado hasta
este momento en que vuelvo a puerto, ya que si
hubiesen venido mientras todavía iba mar afuera
sacudido y navegando por las pesadas olas de mi
enfermedad, no me habría sido fácil engañaros
con buenas noticias, cuando sólo había malas. El
invierno fue más rudo que lo habitual y para peor
me produjo dolores de estómago, y durante dos
meses mi estado no fue mejor que el de un muerto,
o peor. Al punto que vivía para vivir las penurias
que me sitiaban; mañana y tarde, todo era noche
para mí, confinado en la cama todo el día. Un mil-
lar de inventos no alcanzaron a impedir el daño
que me hizo el frío; aunque tenía fuego, y el humo
me sofocaba, y me confinaba en la habitación, con
innumerables mantas, y no me aventuraba nunca a
pasar el umbral, sin embargo solía padecer muy
penosamente de vómitos, dolores de cabeza, asco
por la comida, y obstinados insomnios a lo largo
de noches interminables. Pero no os afligiré más
con este relato de mis sufrimientos; ya me he librado
de todos.”* (Ep.6)

Ya más avanzada la primavera, cuenta que las bandas de merodeadores han hecho su aparición otra vez. A Theodotos: “No es poco alivio en este lugar desolado poder escribiros con frecuencia, pero hasta este recurso me ha sido quitado por el hecho de estas perturbaciones de los isaurios. Pues apenas llegó la primavera, con ella surgieron los bandidos y se expandieron por todas las rutas interrumpiendo el tránsito. Raptaron a mujeres libres y a los hombres les cortaron la cabeza. Sé bien que estáis ansioso por tener noticia de mi salud. Después de graves sufrimientos en el invierno pasado, ahora empiezo a mejorarme un poco, aunque todavía me afectan los cambios de temperatura. Aún dura el invierno; no obstante, confío que se me pasarán los restos de mi enfermedad cuando el verano haya llegado del todo. Realmente, nada me perturba más que el frío, y nada me hace tanto bien como el verano y el alivio de sentirme caliente.” (Ep.140)



Muralla de Teodosio II

Hablar así, confiando en el verano que se aproximaba, no era sino una muestra de su animoso temperamento, porque cuando llegó de veras, se vio forzado a confesar a algunos amigos: "El verano me es tan penoso como el frío" (Ep. 146). Es que la tierra y el mar nos atemperan y mantienen la atmósfera en un debido "medio" de calor y frío. En cambio Crisóstomo se hallaba en una zona desértica que no le protegía de ningún clima, ni del sol ni de la helada.

Así y todo, su espíritu no se hundía bajo la desalentadora experiencia del clima, tal como lo demuestra esta carta a Castor:

"Sé que apreciaréis mucho saber cómo estoy. Me he sacado de encima los dolores de estómago; me encuentro bien, y a pesar de los asaltos, irrupciones, soledad, y un montón de desventuras, no me siento deprimido ni turbado, y disfruto de seguridad, de tiempo libre, de calma, recordando diariamente vuestros asuntos y hablando de ellos con cuantos me visitan" (Ep.130).

Sin embargo, a medida que avanzaba el otoño y se cumplía el primer año, la faz de las cosas cambió. Sea que los bárbaros se volvían más fuertes, o que la guarnición de Cucusa se había debilitado o había sido suprimida, sea que los enemigos

del santo habrían planeado darle muerte, cosa que antes no habían logrado, el hecho es que a principios del invierno lo persuadieron, o él se dio cuenta, de que no estaba seguro en Cucusa; le fueron abiertas las puertas de la ciudad, y le aconsejaron o lo obligaron a abandonarla por la zona montañosa de los alrededores. A su edad, debilitado por la enfermedad, desconociendo la región y sensible al clima, y, al parecer, sin compañía, tuvo que enfrentar el crudo invierno lo mejor que pudo, y errar de aldea en aldea, de aquí para allá según lo empujaba el peligro de los isaurios. De este modo avanzó a una distancia de sesenta millas de Cucusa, hasta una ciudad llamada Arabissos. Conocía al obispo de la misma, que estaba defendida por una fortaleza, la cual al menos le serviría para su propia defensa. Allí se metió. Era más una prisión que un lugar de refugio, pero al menos era segura; y cuando se enfermó de nuevo a causa del frío, consiguió algún tipo de ayuda médica, si bien no le procuraron medicamentos. En este momento escribió lo siguiente a Nicolás:

"Últimamente he andado huyendo de un lado a otro, en pleno invierno, ya en poblados, ya en hondonadas y bosques, empujado de acá para allá por las incursiones de los isaurios. Cuando este acoso se aplacó un poco, dejé esos lugares desolados y me fui a Arabissos; no a la ciudad, que es casi tan insegura como aquéllos, sino a la fortaleza que, aunque más segura, es peor que una prisión para quedarse. Y, además de la inminente perspectiva de muerte que proviene día a día de los isaurios, quienes atacan por todas partes, destrozando a fuego y espada seres humanos y casas, también temo el hambre porque escasean los recursos y por la cantidad de gentes que se han refugiado aquí. Y he tenido que soportar una tediosa enfermedad, causada por el invierno y mis incesantes desplazamientos, cuyos restos acarreo aún, por más que he escapado a su violencia." (Ep.69)

Y a Polybios:

"Deploro el verme separado de vos, prueba más dura que esta soledad, mi enfermedad y el invierno. En verdad, el invierno se ha agregado para privarme del intercambio epistolar que era mi único alivio a vuestra muy penosa ausencia; pues las rutas han estado bloqueadas por vastos torbellinos de nieve, y el paso interrumpido tanto desde allá como desde acá. Y ahora la misma obstrucción es causada por temor a los isaurios, y peor, al aumentar la desolación, acrecer la confusión, la huida y el exilio de toda la población. Nadie aguanta ya quedarse en su casa; todos abandonan sus hogares y se escapan. Las ciudades no son más que paredes y techos, y las hondonadas y bosques son ciudades. Los que vivimos en Armenia nos vemos obligados a correr de sitio en sitio, día tras día, viviendo como nómades y vagabundos, de miedo a quedarnos en un lugar, sea el que sea. Tal es la confusión reinante. Cuando llegan los saqueadores, masacran, queman, esclavizan; basta un simple rumor para poner en fuga a los habitantes, y así y todo los degüellan. En cuanto a los niños pequeños que debieron escapar de súbito de sus casas, como si el humo los echara, en plena oscuridad nocturna, a veces en medio de una dura helada, no han tenido necesidad de la espada de los isaurios, sino se han muerto de frío en la nieve." (Ep.127)

A otro amigo le dice: "En cualquier dirección que vayáis, veréis torrentes de sangre, montones de cadáveres, casas derribadas, ciudades saqueadas." (Ep.68). Al parecer fue sitiado en Arabissos, según el siguiente pasaje. A Theodotos:

"Las pruebas del sitio aumentan cada día, y aquí estamos sentados en este fuerte como en una trampa. Justo a medianoche, cuando nadie se lo esperaba, una banda de trescientos isaurios se diseminó por la ciudad y estuvieron a punto de apoderarse de mí. Sin embargo, la mano de Dios les hizo retirarse antes de que me diera cuenta, así que me escapé tanto de la alarma como del peligro; y recién a la mañana supe lo que hubiera podido ocurrir." (Ep.133)

Finalmente la tormenta pasó, y se halló en relativa calma, permaneciendo en el lugar durante casi el segundo año entero de su exilio —406—. Le fue posible ocuparse de enseñar a esas pobres gentes, y, como dije antes, gracias al dinero que le enviaban los amigos, contribuyó a aliviar sus necesidades durante una hambruna. Antes de cumplirse el año, retornó a Cucusa.

Sobrevino un tercer invierno y trajo consigo los acostumbrados rigores. A principios del año 407 hallamos de nuevo al santo débil y sufriente, pero por entonces estaba en cierta medida aclimatado al lugar, y en condiciones de decirse contento en cuanto a salud. A Elpidios:

"Al fin he aprendido a soportar el invierno armenio, con algunos sufrimientos, sin duda, como era de esperar en el caso de mi tan débil constitución, pero con éxito de veras. Esto se debe al estricto confinamiento adentro mientras el frío es intolerable. En cuanto a las demás estaciones, las encuentro más agradables y deleitosas, al grado que me permiten reponerme cómodamente de la enfermedad que me trajo el invierno." (Ep.142)

Y a Olympias:

"No os inquietéis por mí. Es verdad que el invierno ha sido lo que es en Armenia; no cabe decir más; pero no me ha causado ningún daño grave desde que tomo grandes precauciones contra él. Mantengo constantemente el fuego y cierro por todos lados mi pequeño cuarto. Me pongo mucha ropa y jamás salgo afuera. Hace poco no retenía nada en el estómago a causa del rigor de la temperatura. Entre otros remedios, tomé el que me envió Syncletios, y después de utilizarlo, me sentí bien al tercer día. Tuve un segundo ataque, lo usé de nuevo y me curé del todo. No os inquietéis, pues, por estar yo invernando aquí, porque me siento más adaptado y mejor que el año anterior." (Ep.4)

Fue por entonces que San Juan Crisóstomo escribió a la misma corresponsal la sorprendente carta que cité en parte en el capítulo anterior, en la cual le predice confidencialmente su retorno del exilio, en base al hecho de haber sido milagrosamente preservado hasta entonces y de haber podido salir victorioso del cúmulo de pruebas que lo debilitaron físicamente, de las estaciones, de sus desplazamientos y privaciones. Así —estando él tan esperanzado, y tan insatisfechos sus enemigos— empezó el tercer año de su exilio en aquella zona destinada a ser la de su muerte.

En efecto, cuanto más bellas eran sus perspectivas, tanto más cierta era la desilusión que le esperaba. Estaba en sus manos, lo habían sentenciado a muerte y sólo vacilaban en cuanto al modo de provocarla. No deseaban realizarla ellos mismos, si fuera factible que se produjese sin ellos, pe-

ro lo harían si las circunstancias mismas no lo hacían en su lugar. Cucusa prometía evitarles el odioso asesinato; y sin duda se enteraban con complacencia de las quejas sobre sus penurias e indisposiciones que de tanto en tanto él comunicaba a Constantinopla. Les era fácil interpretarlas como señales de un espíritu quebrantado y presagios del fin que deseaban, cuando en realidad no eran sino sus protestas contra la injusticia y crueldad y simples expansiones de un alma demasiado grande como para preocuparse de ser mal interpretado. Mas como el tiempo pasaba y el fin no llegaba, como ni siquiera sus desplazamientos en las montañas y su huída a Arabissos acabaron con él, se aprestaron a emplear procedimientos más violentos y expeditivos. Debía ser transportado a una región más inhospitalaria aún, debía sufrir la lenta tortura de un viaje todavía más agotador. Frío y calor, viento y lluvia, mal alojamiento, agua mala, largas marchas a pie, mulas de paso áspero: éstos habrían de ser los instrumentos de su martirio. Habría de morir de a poco. Falta de sueño, falta de descanso, falta de comida y remedios, y la certera depresión que de ello resultaría, habrían de extinguir al valiente espíritu que hasta entonces se había mostrado superior a todas las tristezas. Consiguieron del emperador Arcadio un decreto deportándolo a Pytios sobre la costa noreste del Euxino.

Con esta sentencia cae el telón sobre la historia del santo. Cesa su correspondencia. Esa carta tan luminosa a la que me referí varias veces, al parecer fue la última. Nos deja con el lenguaje de la esperanza en sus labios. Está bien cerrar así el gran drama del que fue protagonista. Tan sólo pensamientos brillantes y agradables, y nada que no sea radiante, animoso y consolador, nos vincula a la memoria de San Juan Crisóstomo. Empero, el corazón devoto trata de levantar el velo, deseando, hasta en los cambios de lo que es mortal, notas audir y reddere voces —oír las voces conocidas y responderle—: de buena gana uno se acercaría para confortarlo en su agonía y oír su último llanto.

Pero es imposible. Las cartas que hubieran sido más preciosas nos han sido negadas. En el caso de nuestro santo quedamos librados a la fe, a diferencia de otros. En los primeros años del siglo XIX hubo un misionero protestante —Henry Martyn— que, tras intentar convertir un país mahometano, fue entregado a un rudo guardián tártaro, no para ir al exilio, sino para regresar a Inglaterra su patria. A marchas forzadas y

padeciendo una enfermedad mortal, gradualmente sucumbió bajo el cruel castigo y exhaló su alma agotada en el mismo lugar que, 1400 años antes, había presenciado la muerte de Juan Crisóstomo. Confiemos que ese celoso predicador haya experimentado el influjo del Doctor Católico, que haya tocado los huesos de Eliseo, y así perdonados sus errores, viva con Dios gracias a la intercesión del Confesor con quien compartió el lugar y el modo de muerte. Ahora bien, los amigos de Henry Martyn poseen el diario que éste escribió hasta casi diez días antes de su muerte, mientras nosotros hemos de aguardar hasta ser admitidos en el Cielo en compañía de San Crisóstomo para conocer los últimos sufrimientos, los últimos pensamientos, las oraciones y consuelos, la paciencia, dulzura, gentileza y caridad de la muerte de este espíritu grandioso.

5

Recojamos lo que podamos de la historia y de la tradición acerca de aquel último viaje. Primero, sabemos que Pytios queda en el último confín del imperio romano, al norte de la Cólquide, cerca de Sarmatia y al pie del Cáucaso. Un siglo antes había sido una ciudad vasta y rica, situada en una zona limítrofe típica donde, al igual que en Dioscurias, un poco más al sud, se hablaban no menos de setenta lenguas o dialectos. Entre una y otra mediaban unas cincuenta millas, y Dioscurias distaba 280 millas de Trapezos. Descontaban que esta parte del viaje acabaría con el santo, y no llegó a Trapezos. Aún más nos interesa considerar cómo hizo la travesía. Hasta allí había tres rutas desde Cucusa, la más directa atravesando Melitene y Satala; pero no ha de haber tomado ésta, pues de ser así no hubiese muerto en los alrededores de Neocesarea. Para encaminarse a Neocesarea, debe haber pasado a través de Sebaste, a la cual se llegaba por dos rutas, por Cesarea y por Melitene. Ambas eran grandes rutas militares, y más allá de Sebaste habrá podido seguir por otra gran ruta al menos hasta Sebastópolis, que dista unas 365 o 330 millas de Cucusa por la ruta elegida para el santo. De manera que podemos decir que costó más o menos 400 millas matarlo. El relato que voy a transcribir ahora dice que su travesía duró tres meses, lo que es poco concebible a menos que se haya detenido de tanto en tanto en el camino por enfermedad u otras causas. En cuanto al lugar de su muerte, la historia nos informa que murió en Comana, en el

Ponto, desde donde su sagrado cuerpo fue transportado hasta Constantinopla algunos años después. Sobre el día, Sócrates nos cuenta que fue el 14 de septiembre, fecha que más adelante sería elegida, por causa de acontecimientos históricos posteriores, como fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Hasta aquí podemos hablar sin vacilación; pero cuando nos ponemos a trazar las circunstancias de sus últimos meses y los detalles de su viaje, nos hallamos sin materiales para hacerlo. No tenemos ni documentos públicos ni cartas privadas suyas o de sus amigos para auxiliarnos en la tarea. El relato aceptado comúnmente, y por grandes autoridades, como auténtico, está escrito por uno de sus contemporáneos y amigos, pero no fue testigo ocular de lo que narra ni tampoco nos dice de dónde tomó la información. No obstante, lo presento al lector tal cual está:

6

“El rescripto” —dice Palladios— “ordenaba que debía ser trasladado a Pytios, uno de los sitios más salvajes de los Tyanianos, situado sobre la costa del Euxino. Y los soldados pretorianos que lo conducían lo apuraron tanto en su viaje, diciendo que era según las órdenes, que ello hace pensar que se confiaba en esta premura para provocarle la muerte durante su traslado. Ciertamente que uno de ellos, menos ávido de éxito terrenal, le demostró secretamente cierta amabilidad; pero la brutalidad del otro llegó al punto de tomar por una afrenta las atenciones que le demostraron muchos extraños con la esperanza de ablandarlo hacia el prisionero, pues no le interesaba más que Juan muriera miserablemente. Así, cuando la lluvia arreciaba, aquel individuo seguía adelante sin importarle, de modo que el agua caía a baldes sobre la espalda y el pecho del obispo; y también se deleitaba cuando los fieros rayos del sol asaeteaban la cabeza calva del bienaventurado Eliseo. Además, cuando atravesaban una ciudad o aldea donde pudiese haberse refrescado con un baño, el malvado no consentía detenerse ni un momento. “Y el santo soportó todos estos sufrimientos durante tres meses, recorriendo este muy arduo camino cual una estrella resplandeciente, quemado por el sol como una fruta en lo alto de las ramas de un árbol. Al llegar a Comana, la atravesaron como si su calle no fuese sino un puente y se detuvieron afuera de los muros, cinco o seis millas más adelante, en la tumba

de un santo. Esa noche misma se le apareció este mártir del lugar, llamado Basilisco, que había sido obispo de Comana y que había sido martirizado en Nicomedia bajo el reino de Maximino, junto con Luciano de Bitynia, que fue sacerdote de Antioquía. Aquel bienaventurado le dijo: ‘Ánimo, hermano Juan, que mañana estaremos juntos’. Se cuenta que ya le había hecho un anuncio similar al sacerdote del lugar: ‘Prepara el sitio para mi hermano Juan, pues está llegando’. Y Juan, confiando en el divino oráculo, a la mañana les rogó a sus guardias quedarse allí hasta la hora quinta. Ellos se negaron y prosiguieron, pero ni bien hicieron unos treinta estadios, él se puso tan mal que volvieron a la tumba del mártir de donde habían partido. Allí pidió hábitos blancos, como correspondía al tenor de su vida pasada, y se envolvió en ellos de pies a cabeza, tras quitarse las ropas de viaje y dejárselas a sus acompañantes. En ayunas comulgó en los misterios del Señor y recitó la oración final ‘sobre las necesidades presentes’. Pronunció sus acostumbradas palabras, ‘Gloria a Dios por todas las cosas’ y al concluir con su último ‘Amen’, extendió sus piernas, que tan bellamente le habían servido para correr a salvar a los penitentes o reprobar a los empedernidos...Y reuniéndose con sus padres, sacudiendo su polvo mortal, pasó a Cristo.”

El traslado de sus reliquias a Constantinopla tuvo lugar algo más de treinta años después. “Una gran multitud de fieles” —dice Teodoreto— “colmaba el mar en embarcaciones, alumbrando con antorchas una parte del Bósforo cerca de la desembocadura de la Propóntide. Estos sagrados tesoros fueron llevados a la ciudad por el entonces emperador, Teodosio el Joven, quien puso su rostro sobre el ataúd y suplicó que sus antecesores fueran perdonados por haber perseguido tan desconsideradamente al Obispo.”

Así murió y fue enterrado San Juan Crisóstomo, uno de aquellos del selecto grupo a quienes los hombres empiezan a comprender y honrar cuando les son arrebatados. Es la ley general del mundo, que la nueva ley del Evangelio no ha revertido: “Virtutem incolumen odimus, sublatam ex oculis quærerimus, invidi” (“Detestamos la virtud viviente; cuando nos es quitada, la buscamos con la mirada, celosos” (Horacio, Carmina, III, 24,31).

Traducción de Inés de Cassagne

Recensiones

CONOCERE NEWMAN, Introduzione alle opere
Urbaniana University Press, Ciudad del Vaticano, 2002

El Centro Internacional de Amigos de Newman, en Roma, nos ha enviado un ejemplar de este libro, integrado por exposiciones en el Coloquio Internacional sobre Newman, que tuvo lugar con motivo del 200° aniversario de su nacimiento, en febrero de 2001, en la sede de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma.

Está prologado por el Padre Hermann Geissler FSO, sacerdote de la familia espiritual The Work, que dirige el Centro Internacional de Amigos de Newman, con sede en Roma, y también en Littlemore-Oxford, donde custodian el lugar en que Newman se convirtió al catolicismo, verdadera meta de peregrinación. Nuestra Asociación de Amigos de Newman en la Argentina ha estado desde su origen vinculada al Centro Internacional. El padre Geissler es también miembro de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

El libro presenta un mosaico interesante de artículos que tratan de abarcar la vida y el pensamiento de Newman a través de sus grandes obras, para darlo a conocer al público menos versado. Dividido en tres partes, la primera nos presenta a Newman como testigo de la esperanza, tema que afronta el obispo irlandés Philip Boyce, carmelita descalzo que hizo su tesis doctoral en teología sobre la perfección cristiana en los escritos de Newman y enseñó teología espiritual durante veinte años en la Teresianum de Roma. Su última publicación ha sido *La Virgen María en la vida y escritos de John Henry Newman*. Su exposición aquí, titulada *La relevancia perdurable de la visión de Newman sobre la esperanza*, anclada en una sólida fe en la cruz de Cristo y en la Providencia de Dios, interpela al mundo actual caracterizado por el relativismo nihilista.

En la segunda parte hay varias contribuciones, cada una de las cuales remite a una de las grandes obras de Newman. Primero, para comenzar con su vida, sin la cual no puede abordarse su obra, el padre Hermann Geissler habla sobre la *Apología por vita sua*, la autobiografía de Newman donde nos describe su itinerario hacia la fe católica.

Este camino tuvo su último tramo en el esfuerzo teológico-histórico de Newman por precisar desde los orígenes la fisonomía doctrinal que había adquirido la Iglesia a través de los siglos, como respuesta a las objeciones que se hacían contra Roma, por lo cual el libro presenta la exposición sobre la obra de Newman, *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, a cargo del Prof. Roman A. Siebenböck, miembro de la Facultad de Teología en Innsbruck, Vice-presidente del Centro newmaniano alemán, autor de muchas publicaciones al respecto.

La siguiente exposición estudia las *Conferencias sobre la Justificación*, obra anglicana de Newman donde analiza el problema de la justificación del pecador desde la óptica romana y protestante, para encontrar una vía media, desde la Escritura y los Santos Padres, poniendo en el centro la inhabitación divina. El autor es el Prof. Fortunato Morrone, sacerdote de Crotona, que enseña teología sistemática en Catanzaro, en la Universidad de la Santa Croce en Roma y en Crotona, y cuyas obras newmanianas principales han sido sobre *La encarnación en el pensamiento cristológico de Newman*, y la traducción al italiano de la *Apología pro vita sua* y estas *Conferencias sobre la Justificación*, además de numerosos artículos.

Luego aparecen los *Sermones Universitarios*, donde Newman aborda las relaciones entre la fe y la razón, en el marco de un análisis que podría llamarse fenoménico, desde la persona concreta que razona

y realiza en acto de fe. Escribe la Hermana Brigitte M. Hoegemann, tan allegada a nosotros, miembro de la familia The Work, a cargo del Centro Newman en Littlemore, Oxford, estudiosa de la filosofía y teología de Newman, con cursos dictados en la Universidad Urbaniana de Roma.

Seguidamente el padre Ian Ker diserta sobre la obra de Newman *Ensayo sobre la Gramática del asentimiento*, un clásico que aborda también fenomenológicamente el acto de asentimiento de la mente humana a la verdad revelada, como se da en el hombre simple, y como respuesta a una visión racionalista que busca probarlo todo. La certeza, según Newman, deviene por varios caminos convergentes, y en la obra nos expone su famosa diferenciación entre asentimiento real y nocional, el sentido ilativo de la mente y cómo ésta asiente a los dogmas de la fe. El padre Ker es hoy el estudioso más importante sobre Newman, Tutor en Champion Hall en Oxford y miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Oxford. Ha hecho ediciones críticas de varias obras de Newman, y ha escrito una importante biografía de Newman, y numerosas obras sobre la teología de Newman. Es desde 1990 el habitual organizador de los Congresos Newmanianos Internacionales en Oxford.

Finalizando la segunda parte del libro, se nos presenta a Newman, no ya como intelectual sino como hombre de oración. Se trata de una obra editada después de su muerte, que recopila escritos varios espirituales: *Meditaciones y Devociones*, verdadero tesoro de experiencia religiosa. Aquí la analiza el padre Giovanni Velocci, redentorista, profesor de Historia de la Teología en la Universidad Lateranense de Roma e Historia de la Iglesia en la Universidad de Casimiro. Es especialista en Newman con un último libro titulado *Newman, el coraje de la verdad*. Ha traducido al italiano precisamente las *Meditaciones y Devociones*.

La tercera parte del libro recoge intervenciones más breves durante del Coloquio Internacional. Una Homilía con ocasión del cumpleaños 200 del Cardenal Newman, a cargo del Cardenal Jozef Tomko, que pone de relieve la santidad de Newman, como tes-

tigo del primado de la conciencia, como teólogo y como predicador ejemplar. Una intervención del Cardenal José Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, titulada *Influjo de John Henry Newman*, donde hace referencia a la recomendación de los últimos Papas sobre la ejemplaridad de la vida de Newman e invita a rezar por la pronta beatificación. Otra intervención sobre *El diálogo según John Henry Newman*, a cargo del Cardenal Zenon Grocholewsky, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, y la disertación breve sobre *Newman y la Urbaniana*, que resume la experiencia y las impresiones de Newman durante los siete meses que vivió en el Colegio Urbano de Propaganda Fide preparándose para su ordenación sacerdotal en Roma, a cargo del padre Willi Henkel. Finalmente está el saludo de parte de la Confederación del Oratorio de San Felipe Neri a los participantes del Coloquio, ya que Newman, como sabemos ingresó después de su ordenación a esta fundación filipina y fundó el primer Oratorio en Inglaterra. Como cierre el libro presenta una relación interesante en la que el padre Francesco Pavese anuncia que el Colegio Urbaniano de Roma, conserva, como preciosa reliquia, el altar en el que Newman celebró su primera Misa el 3 de junio de 1847, que estaba entonces en el edificio de Propaganda Fide, en Piazza Spagna. Ahora está desde 1935 en la sede del Colegio Urbano en el Gianicolo en una capilla especial pintada por el pintor romano Barberis, y llamada Capilla Newman, donde se respira la presencia del Venerable Cardenal.

En fin, el libro promete ser para los lectores italianos un buen resumen de aproximación a Newman, de la mano de estudiosos insignes actuales.

Nunca hemos hecho recensión de libros en **Newmaniana**. La ocasión de este libro enviado desde Roma, y que nos acerca el último gran acontecimiento newmaniano a nivel internacional, nos mueve a hacer lo mismo con otras publicaciones futuras.

F.M.C.

International Centre of Newman Friends, Roma, Febrero 2002
Suplemento a "NEWMAN NEWSLETTER", Febrero 2002

Bibliografía sobre Newman

I. WORKS OF NEWMAN, TRANSLATIONS, NEW EDITIONS, ANTHOLOGIES, EXTRACTS

- NEWMAN John Henry, *The Idea of a University*, Gateway Editions, Regnery Publishing, Washington D.C. 1999, 472 pp.
- NEWMAN John Henry, *La Coscienza*, A cura di Velocci G., Gallo B., Morrone F., Obertello L., Jaca Book, Milano, 1999, 153 pp.
- NEWMAN John Henry, *Heart Speaks to Heart, Prayers and Reflexions for Lent*, Creative Communications for the Parish, Fenton, MO 2000, 31 pp.
- NEWMAN John Henry, *Callista*, new edition with an Introduction by Alan G. Hill, Notre Dame University Press, Notre Dame, IN 2000, LII + 382 pp.
- NEWMAN John Henry, *Méditations sur la doctrine chrétienne*, Ad Solem, Geneve 2000, 160 pp.
- NEWMAN John Henry, *Sermon Notes of John Henry Newman*, Introduction and Notes by James Tolhurst, vol. 2, Millenium Edition, gracewing, Leominster - University of Notre Dame Press, Notre Dame, IN 2000, LIV + 362 pp.
- NEWMAN John Henry, *Taking on the Heart of Christ, Meditations & Devotions*, Dimension Books, Denville, New Jersey 2000.
- NEWMAN John Henry, *Apologia pro vita sua*, A cura di Morrone Fortunato, Paoline, Milano 2001, 510 pp.
- NEWMAN John Henry, *The Dream of Gerontius*, Introduction by Gregory Winterton, Family Publications, Oxford 2001, 74 pp.
- NEWMAN John Henry, *Mary, The Virgin Mary in the Life and Writings of John Henry Newman*, Introduced and edited by Bishop Philip Boyce, Gracewing, Leominster - Eerdsman's Publishing Company, Grand Rapids, MI 2001, 439 pp.
- NEWMAN John Henry, *Apologia pro vita sua*, Hungarian Translation of Balázs Zoltan, Európa Könyvkiadó, Budapest, 2001, 471 pp.
- NEWMAN John Henry, *Rise and Progress of Universities and Benedictine Essays*, Introduction and Notes by Mary Katherine Tillman, Vol. 3, Millenium Edition, Gracewing, Leominster - Notre Dame University Press, Notre Dame, IN 2001, LXXVI + 513 pp.
- NEWMAN John Henry, *Consulta a los fieles en materia doctrinal. Documento Newman-Perrone de 1847 sobre la evolución del Dogma. Documento Newman-Flanagan de 1868*, Edited by Fernando Rodríguez Garrapicho, vol. 26, Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis, Universidad Pontificia de Salamanca 2001, 169 pp.
- NEWMAN John Henry, *Der Traum des Gerontius*, english-deutsch, Übersetzung von P. Pattloch, Nachwort von Rudolf Voderholzer, Johannes Verlag, Einsiedeln - Freiburg 2001, 99 pp.
- NEWMAN John Henry, *The Arians of the Fourth Century*, Introduced and edited by Archbishop Rowan Williams, Vol. IV, millenium Edition, Gracewing, Leominster 2001, 480 pp.
- NEWMAN John Henry, *Chemin de Croix*, Ad Solem, Geneve 2001, 48 pp.

II. STUDIES ON NEWMAN AND RELATED SUBJECTS

1. Books and Monographs

- BARSI Balázs, *John Henry Newman*, Az Eletszentség Mesterei 2, Alfadat-Press Nyomdaipari Kft., Tatabánya 2001, 35 pp.
- BLEHL Vincent Ferrer, *Pilgrim Journey: John Henry Newman 1801-1845*, Burns & Oates, London 2001, 256 pp.
- CABRERO PICO Francisco J., *La "otra" racionalidad: el conocimiento real en la obra de John Henry Newman. La distinción nocional/real como clave interpretativa de la obra de John Henry Newman*, vol. 28, Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis, Universidad Pontificia de Salamanca 2001, 334 pp.
- CALLEGARI Lina, *Newman. La Fede e le sue ragioni*, Paoline, Milano 2001, 196 pp.

BIBLIOGRAFICAS

- CHISNALL Peter, *John Henry cardinal Newman. A man of courage, conflict and conviction*, St. Pauls Publishing, London 2001, 293 pp.
- DAVIES Michael, *Lead Kindly Light. The Life of John Henry Newman*, The Neuman Press, Long Prairie, Minnesota, 2001, 248 pp.
- DAWSON Christopher, *The Spirit of the Oxford Movement and Newman's Place in History*, Introduced by Peter Nockles, with a biographical note by Christina Scott, The Saint Austin Press, London 2001, 153 pp.
- DUNNE Joseph, *Back to the Rough Ground Practical Judgment and the Lure of Technique*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, IN 2001, 492 pp.
- HONORE Jean, *Fais paraître ton jor, Newman, poète de l'au-delà*, Les Editions du Cerf, Paris, 2000, 251 pp.
- KEATING Karl, *Controversies, High-Level Catholic Apologetics*, Ignatius Press, San Francisco 2000, 214 pp.
- JAKI Stanley L., *Newman to Converts. An Existential Ecclesiology*, Real View Books, Pinckney, MI 2001, 530 pp.
- LÜCHINGER Adrian, *Päpstliche Unfehlbarkeit bei Henry Edward Manning und John Henry Newman*, Okumenische Beihefte 40, Universitätsverlag, Freiburg-Schweiz, 2001, 368 pp.
- RANDLE Guillermo, *La lucha espiritual en John Henry Newman*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2000, 173 pp.
- SUGG Joyce, *Snapdragon on the Wall*, New Edition, Gracewing, Leominster 2001, 192 pp.
- TREVOR Meriol, *John Henry Newman. Apostle to the Doubtful*, revised and expanded by Caldecott Léonie, Catholic Truth Society, London 2001, 80 pp.
- WILBERFORCE Henry, *Why I became a Catholic*, edited by Jaki, Stanley L., Real View Books, Pinckney, MI 2001, 70 pp.

2. Dissertations

- ABUH D. Julius Okai, *Ex umbris et imaginibus in veritatem: A critical Evaluation of the Universal Call to holiness in the Life and Writings of John Henry cardinal Newman*, Pontificia Studiorum Universitas a S. Thoma Aquino in Urbe, Roma 2001.
- BALELA SOLOR Yoseph, *The concept of Knowledge in the idea of a University of J. H. Newman: Ist Philosophical Background and its Revelance today (extractum)*, Pontificia Universitas Urbaniana, Roma 2000, 66 pp.
- DA SILVA SANTOS Eduardo, *O desenvolvimento do dogma da Ressureiçao dos Mortos na teologia do século veinte. Uma análise segundo a criteriologia de John Henry Newman*, Universidade de Navarra, Pamplona 2000, 307 pp.
- GREGORIS Nicholas L., *Mary's Cooperation in the Oeconomia Salutis according to the Theology and Spirituality of the Venerable John Henry Newman; a Perspective from wich to view the Contemporary Discussion regarding the Marian Titles of Co-Redemprix, Mediatrix, and Advocate*, Pontificia Facultas Marianum, Roma 2001, 603 pp.
- KOCHALUMKAL Peter P., *The indivisibility of suffering and joy in the Christian Life according to the Sermons of John Henry cardinal Newman*, Pontificia Studiorum Universitas a S. Thoma Aquino in Urbe, Roma W001, VI + 102 pp.
- LAFONTAINE Raymond, *The Development of a Moral Doctrine: Religious Liberty and Doctrinal Development in the works of John Henry Newman and John Courtney Murray*, Pontificia Universitas Gregoriana, Roma, 2001, 782 pp.
- LEMOINE Bernadette, *"Bible" et la Prédication catholique dans les "Sermons Preached on Various Occasions (1850-1873)" par John Henry Newman*, Presses Universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Ascq 1999, 445 pp.
- RUPERT, M Jane, *John Henry Newman on Education*, Grad Department of English, University of Toronto 1998, 200 pp.
- MORGAN Drew Philip, *Conscience in the Writings of John Henry Newman: a Test cas for the Possibility of a Distinctively Christian Ethic*, Duquesne University 1997, 546 pp.
- WARNER David Brian, *John Henry Newman's idea of a Catholic Academy. Contribution from his life and works. Towards a Theology of Eduction with Reference to recent documents of the Catholic Church*, Maryvale Institue - University of Oxford 2001, 324 pp.

3. Collections of Essays

- MERRIGAN Terrence, KER Ian (eds.), *Newman and the Word* (Papers - 2nd. Oxford Int. Newman Conferencia -

Oriel College, Oxford, 10-13 august 1998), vol. 27, Peeter Press, Louvain 2000, 260 pp.

MERRIGAN Terrence, *The Image of the word: Faith and Imagination in John Henry Newman and John Hick*, 5-47.

DALY Gabriel, *Newman, Divine Revelation, and the Catholic Modernist*, 49-68.

KER Ian, *Newman and the "consensus fidelium" as "the voice of the infallible church"*, 69-89.

MCGRATH Alister E., *Newman, Hutton and Unitarianism*, 109-136.

GILLEY Sheridan, *Newman and the Neoplatonic Tradition in England*, 137-154.

KERR Fergus, *"In an isolated and philosophically, uninfluential way". Newman and the Oxford Philosophy*, 155-179.

MYERS William, *"What do you want?". Newman's Ocean of Interminable Scepticism*, 181-210.

WRIGHT T.R., *Newman on the Bible: a "Via Media" to Postmodernity?*, 211-249.

Association Française des Amis de John Henry Newman (eds), *Actes du Ville Colloque (Novembre 2000), La prédication de Newman*, Etudes Newmaniennes N°17, Lyon 2001, 152 pp.

D'HAUSSY Christiane, *Panorama du Sermon Anglais au XIXe siècle*, 9-17.

BEAUMONT Keith, *Newman prédicateur et guide spirituel*, 19-31.

VAISS Paul, *Les sermons de Newman entre 1829 et 1832, reflets de sa perplexité*, 33-49.

DENIS Yves, *Les Sermons paroissiaux de Newman: "Foi et Raison" après les Lumières*, 51-58.

GAUTHIER Pierre, *L'emploi du mot "earnest" dans les Sermons paroissiaux de Newman*, 59-74.

CANEVET Mariette, *Réflexions sur l'interprétation newmanienne de l'Ancien Testament à travers quelques sermons des Parochial and Plain Sermons*, 75-90.

HONORE Jean, *La prédication de Newman sur le purgatoire*, 91-95.

BIEMER Günter, *"Cet irrésistible retour à la vie", J. H. Newman proclame l'oeuvre de l'Esprit Saint*, 97-116.

LEMOINE Bernadette, *Aspects de l'herméneutique newmanienne d'après les Sermons preached on various occasions*, 117-133.

MONTABRUT Maurice, *Newman éloquence du silence et fécondité de la parole selon Conventry Patmore*, 135-142.

Maritain-Studies-Etudes-Maritaines 16 (2000)

TROTT Elizabeth, *Newman, Maritain, and Thoughts on Education*, 24-34.

DEWAN Lawrence, *Some Philosophers on the University*, 35-58.

D'SOUZA Mario O., *Intellectual Unity, Intellectual Virtues, and Intellectual Culture*, 59-70.

GOYETTE John, MATHIE William, *The Idea of a Catholic University: Newman on the Role of Theology in a Liberal Education*, 71-91.

TOURPE Emmanuel, *Intuition vs Conceptualisation? Vers une solution Blondelienne au débat épistémologique classique sur l'idée d'université*, 92-106.

KILLORAN John, *Approaches to Wisdom: Newman and Maritain on the University*, 131-144.

Die Tagespost (forum) Dezember 2000

MÜLLER Gerhard Ludwig, *"Denn der Erlöser hat sein Werk nicht halb getan", John Henry Newman und seine Entdeckung der einen Kirche Jesu Christi*, 1-2.

BIEMER Günter, *Gewissensfreiheit - kein Recht auf Eigensinn*, 3.

GEISSLER Hermann, *"Der Heilige in ihm wird überleben", John Henry Newman als Mensch und Christ; ein Wegweiser für unsere Zeit*, 5-6.

HOEGEMANN Brigitte, *"Die Zeit ist kurz, der Tod gewiss - und die Ewigkeit ist lang", Gedanken des Gelehrten über Kürze, Fülle, und Geschenk der Zeit*, 6.

GOVAERT Lutgart, *Ein Netz von Freunden und Gefährten. Die geistliche Familie "Das Werk" und ihre Newman: Zentren in aller Welt*, 8.

- Internationale Katholische Zeitschrift *Communio* 30 (2001).
 HENRICI Peter, *Newman und de Lubac, Erneuerung aus der Geschichte*, 393-396.
 BIEMER Günter, *John Henry Newmans Aktualität*, 397-411.
 BRÜSKE Martin, *Zur Theologie der Dogmenentwicklung*, 412-423.
 SILLER Hermann Pius, *Newmans Rede von der Providenz*, 424-433.
 GERL-FALKOVITZ Hanna-Barbara, *Die Newman-Rezeption in den 20er Jahren in Deutschland. Edith Stein im Umkreis von Maria Knoepfler, Romano Guardini und Erich Przywara*, 434-449.
- Doctrine and Life, vol. 51 (2001)
 HURLEY Paul, *Newman's Lonely Furrow*, 68-75.
 MURRAY Placid, *Newman's Theology of the Cross*, 76-83.
 NORRIS Thomas, *Newman and the Act of Believing*, 84-90.
 MCCARTNEY Donal, *Newman and the Catholic University of Ireland*, 91-98.
- The Newman Rambler V 1 (2001).
 CROSBY John F., *The Personalism of John Henry Newman*, 1, 4-10.
 GEORGE Robert P., *On Faith and Reason*, 11-22.
 RYAN Claude, *Christians in Public Life*, 23-31.
- The Newman Rambler V 2 (2001)
 SCHMITZ Kenneth, *Newman: Echoes from the Essay on the Development of Christian Doctrine*, 3-7.
 RUTLER George W., *Newman's Personalism and the Call to Holiness*, 8-12.
 OLSON R. Micheal, *Newman's Patient Mind*, 13-17.
 RYAN Claude, *Gleanings from the Parochial and Plain Sermons*, 18-25.
 SWEET William, *Faith and Reason in Newman's Thought*, 26-30.
 LANGAN Janine, *Newman and the Catholic Imagination*, 32-36.
 LAFONTAINE Raymond, *Conversion and Development in Newman*, 37-43.
- The Newman Rambler VI 1 (2001)
 KER Ian, *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, 1, 3-7.
 MCCARREN Gerard, *Newman's Loss and Gain in Relation to Fides et Ratio of John Paul II*, 8-12.
- Newmaniana (Tigre, Argentina) X 30 (2000).
 CAVALLER, Fernando María, *Newman y el indiferentismo religioso*, 2-3.
 CAVALLER, Fernando María, *Newman en la universidad*, 12-23.
- Newmaniana (Tigre, Argentina) X 31 (2000)
 DE CASSAGNE Inés, *Newman y la literatura en la universidad católica*, 10-23.
- Newmaniana (Tigre, Argentina) XI 32 (2001)
 CAVALLER Fernando María, *Newman sacerdote*, 4-34.
 SACCHI, María Enrique, *Newman y la crisis modernista*, 36-40.
- Newmaniana (Tigre, Argentina) XI 33 (2001)
 CAVALLER Fernando María, *La fe en el pensamiento de John Henry Newman*, 4-30.
- International Journal for the Study of the Christian Church, edited by Geoffrey Rowell and Christine Hall, T&T Clark, Dorset 2001.
 VAISS Paul, *Newman's Ecclesiology in his pre-Oxford Movement Years - a Historical and Critical View*, 9-25.
 MCGRATH Francis, *Newman and the Dispensation of Paganism*, 26-42.
 WEIDNER Hal, *Prophet, Priest and King - Newman's Application of the Offices of the Church in the Search for a Reformed Catholicism*, 43-54.

- BOYCE Philip, *Holiness as a Mark of the Church in the Writings of John Henry Newman*, 55-69.
- BROWN David, *Epistemology and Ecclesiology: Phronesis and Doctrinal Definition*, 70-85.
- PEREIRO James, *Newman and Manning: Ecclesiological Issues*, 86-102.

4. Articles

- ATTARD Fabio, *John Henry Newman. Advocacy of conscience - 1833-1843*, Salesianum LXIII (2001), 315-340, 521-536.
- BERTRAM Jerome, *John Henry Newman and the English College*. The Venerable, Venerable English College Rome 2001, 3-8.
- BIEMER Günter, *Theodor Haecker: In the Footsteps of John Henry Newman*, New Blackfriars 18 (2000), 412-431.
- BORGONOVO Graziano, *Coscienza, ragione, Chiesa. Note sul pensiero di John Henry Newman*, Rivista Teologica di Lugano 2 (1997), 59-76.
- BURRELL David B., *Freedom and Creation in the Abrahamic Traditions*, International Philosophical-Quarterly 40 (2000), 161-171.
- CAROLA Joseph, *Augustine, Newman and the Lectures on Justification*, The Venerable, The Venerable English College Rome, 2001, 9-16.
- CONNOR Charles P., *John Henry Newman. The Oxford Movement's most famous convert*. Classic Catholic Converts, Ignatius Press, San Francisco 2001, 35-44.
- GRAULICH Markus, *Una vita alla ricerca della verità*. La Nuova Alleanza 1 (2001), 36-41.
- GALLAGHER Michael Paul, *Newman: Sulla disposizione per la Fede*, La Civiltà Cattolica 152 (2001), 452-463.
- GALLAGHER Michael Paul, *Il pensiero di Newman (1801-1890) su immaginazione e fede*. Rassegna di Teologia 42 (2001), 645-658.
- GEISSLER, Hermann, *El Cardenal John Henry Newman en el bicentenario del nacimiento*, Ecclesia XV (2001), 319-329.
- GREGORIS Nicholas, *Our Lady and Cardinal Newman*, Book of Mary. Our Sunday Visitor Publishing Division, Huntington, 2000, 68-80.
- HILL, Roland, *Zwie Lebenshälften. John Henry Newman (1801-1890) in seiner Zeit.*, Herder Korrespondenz 55 (2001), 205-209.
- HODGSON Peter E., *Newman and Science*, Sapientia 54 (1999), 395-408.
- HONORÉ Jean, *Un événement significatif dans la vie de John Henry Newman*, La vie spirituelle 740 (2001), 385-400.
- JUAN MORADO Guillermo, *Newman y el problema de la fe*, Teología Actual 39 (2001), 23-32.
- KER Ian, *Newman the preacher*, Priests & People XV (2001), 259-264.
- LOGAN Jan, *Newman and Rahner on the Way to Faith - And Wittgenstein came toll*. New Blackfriars 82 (2001), 579-596.
- MANN Josef, *Natürliche Religion - universale Offenbarung im Denken John Henry Newmans: Anknüpfungspunkte für die Glaubensverkündigung in Moderne und Postmoderne*, Zeiten des Übergangs, Benno Verlag, Leipzig 2000, 233-242.
- MANDLE W.F., *Newman and His audiences 1825-1845*, Journal of Religious History XXIV (2000), 143-158.
- MÜLLER Gerhard Ludwig, *John Henry Newman-eine ökumenische Konversion*, Mit der Kirche denken, Johann Wilhelm Naumann, Würzburg 2001, 231-240.
- NAGAKURA Reiko, *A Life of Leo Ward. A Missionary who lived cardinal Newman's*. Bulletin of Yamanashi Women's Junior College XXX (2000), 1-30.
- NAGAKURA Reiko, *Leo Ward's Letters of the Last Twelve Years*. Bulletin of Yamanashi Women's Junior College XXXIV (2001), 1-29.
- NEWMAN Jay, *The Illative Sense vs Interpretation: D'Arcy's Critique of Cardinal Newman's Approach to Insight and Inference*. American-Catholic-Philosophical-Quarterly 73 (1999), 179-191.
- TOLKSDORF Wilhelm, *Gewissheit im Glauben? Analysis fidei - Vom Anliegen und den Schwierigkeiten eines theologischen Lehrstücks*, Theologie und Glaube 91 (2001), 493-506.
- VELEZ G. Juan R. *Newman's Theology in the Dream of Gerontius*, New Blackfriars 82 (2001), 387-398.
- VIVES Josep, *La sombra nos hace ver la luz. Analogía de la fe y racionalidad en el pensamiento de J. H. Newman*, Pensamiento 55 (1999), 3-34.

“Es de sentido común que quien no se haya acostumbrado al lenguaje del cielo no estará preparado para habitar en él. Es un caso parecido al de los diversos modos de hablar en este mundo: distinguimos perfectamente a un extranjero de un nativo...; igualmente, el hábito de rezar, la práctica de ponerse de cara a Dios y al mundo invisible en cada momento, lugar y situación, dejando ahora a un lado su efecto sobrenatural de hacernos permanecer en Dios, tiene lo que podríamos llamar un efecto natural: espiritualizar y elevar el alma. La persona ya no es la que era antes; gradualmente, de una forma imperceptible para ella misma, ha sido introducida en un conjunto de realidades que no conocía y ha asumido unos principios nuevos ”

(Parochial and Plain Sermons, IV, pp 229-230)